UN GUARDAESPALDAS PARA Navidad



Natalia Olmedo

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Natalia Olmedo*, Un guardaespaldas para Navidad*
Diseño de portada: Natalia Olmedo
Maquetación: Natalia Olmedo

Un guardaespaldas para Navidad

Prólogo

Hay momentos en la vida en los que una persona piensa: *Ojalá me trague la tierra.*

Te suena, ¿no?

Bien.

Yo, en cambio, pensé: *Ojalá me trague el escenario entero.*

Tranqui, me vas a entender enseguida porque sí, me derrumbé.

En directo.

JE, JE.

Con unas veinte mil personas mirándome como si fuera un espécimen extraño dentro de un acuario gigante y con cámaras grabándome desde ángulos que ni siquiera sabía que existían.

Se viralizó, por supuesto, ¿cómo no iba a viralizarse tal y como están las redes sociales hoy en día?

Además, era famosa.

Bueno, soy famosa.

Mira, yo ya no sé.

El caso es que me dio un chungo que te cagas sobre el escenario.

Al principio fue solo un mareo, ¿sabes?.

Nada que no hubiera sentido antes: ese vértigo leve, esa punzadita en el estómago… Lo normal cuando llevas meses sin dormir más de cinco horas, comes fatal y finges que el mundo no te pesa encima.

Por no hablar de los tics en los ojos y en la boca…

Un poco más y me convierto en un muñeco de ventrilocuo.

Suerte que con el micro delante y al cantar no se nota; truquitos que tiene una, ya te contaré.

No obstante, luego llegó el hormigueo en los dedos, los pies dormidos, la respiración como si fuera ajena a mí, el pulso cabreado, acelerado, insistente y esa voz interior desagradable y muy poco diplomática, que me dijo: *Sky, te vas al suelo.*

Quise negarlo, obviamente.

Soy cantante, llevo años sobre escenarios, sé fingir como si me hubieran dado un máster en aparentar que todo va bien.

Pero no hubo máster que valiera: di dos pasos hacia atrás, luego uno más, luego otro.

Y en medio de la tercera nota de la canción —que por cierto, era la más difícil— mis rodillas hicieron chop y tuve que agacharme para no caer de morros.

Un desastre.

Con lentejuelas, porque el vestido era monísimo, pero desastre igualmente.

—¿Sky? —se escuchó por mi pinganillo. Marc, mi mánager, tenía la voz distorsionada, como si estuviera tragando clavos. Tragando clavos estaba yo, diantres—. Dime que esto es fingido. Por favor.

No conseguí responder, como para hacerlo… me estaba muriendo, lo juro, solo era capaz de respirar como si hubiera corrido la maratón más larga del planeta.

La banda de instrumentos se calló, la gente gritó y yo intenté no morirme.

En cuestión de segundos, el escenario pasó de ser un lugar mágico a un sitio donde no sabía si apoyar las manos, si cerrar los ojos o si abandonar mi propio cuerpo y volver el lunes, cuando todo se calmara.

—Parad —ordenó Marc desde algún punto invisible—. ¡Paraaaaad!

Las luces cambiaron, los bailarines se apartaron y un técnico me tendió una botella de agua que no fui capaz de agarrar.

Lo peor es que dentro de mí, estaba preocupada por la imagen que estaba dando en ese momento.

ENCIMA.

Si mi cuerpo se moría, tanto daba, pero mi imagen… por el amor de Dios, mi imagen debía quedar intacta.

Mis manos temblaban tanto que parecía que estuvieran intentando independizarse de mí. Ese día mi cuerpo decidió que tenía opiniones muy fuertes sobre mi nivel de agotamiento y quiso dejarlas claras.

Público incluido.

Alguien me agarró de debajo de los brazos, por todo mi sobaquillo.

Apunte: yo rezando para que no me oliese a rata muerta, porque el sudor que se me había pegado por toda la piel me estaba dejando chopada.

Cuando por fin me llevaron al *backstage*, yo parecía un fideo cocido: blandita, inútil y con la dignidad colgando de un hilito.

Iba a morirme.

O a atascar el WC, porque mi estómago se había descompuesto totalmente.

Me sentaron en un sofá, me pusieron un ventilador delante, y Marc apareció en mi campo de visión con la cara de quien está considerando seriamente cambiar de profesión.

Yo solo quería un Lorazepam.

—Esto no puede seguir así —dijo, señalándome como si yo necesitara que me identificara en una rueda de reconocimiento—. Estás agotada. Cansada. Fundida. Rota.

Gracias por el diagnóstico, doctor Obviedad, pensé, pero no tuve fuerzas ni para soltarle ese comentario mordaz.

Marc suspiró, apoyó las manos en las rodillas y me miró preocupado y desesperado a partes iguales.

¿En serio?

Pues yo también comenzaba a estarlo.

—Te vas a descansar —dictaminó—. Y no digo un par de días, me refiero al tiempo que necesites hasta que vuelvas a ser una persona sana. Fuera de aquí, de todo esto. Un sitio tranquilo donde nadie te pida nada, nadie te persiga y… —me miró la cara— …donde no parezcas a punto de evaporarte. Porque te han grabado cientos de personas, Sky. Qué digo cientos… ¡miles, joder!

—Marc —dijo Stacy, su ayudante, acercándose con un teléfono móvil en la mano—, las redes están ardiendo. Todo el mundo está al tanto de lo que acaba de pasar. Se ha viralizado.

Marc fulminó a la pobre chica con la mirada, como si ella tuviera la culpa.

¿Lo ves?

Te he dicho que me hice viral.

Más atención, más metida dentro del foco, más likes, más seguidores, comentarios…

Que qué me había metido, decían…

Santo Dios…

Yo parpadeé, tragué saliva e intenté pronunciar algo:

—¿Y… dónde…? —susurré.

—Ya me ocuparé yo —respondió Marc—. Pero desde ya, Sky Harper, estás oficialmente fuera de combate. Ahora, vas a tomarte un orfidal, tienes que pensar en ti y sanar, YA.

La frase sonó como una sentencia, pero para mí fue algo así como una liberación, una especie de rendición incómoda.

Mientras me daban agua y trataban de quitarme el maquillaje corrido, pensé: *Genial. Justo lo que necesitaba: desaparecer.*

Aunque claro… lo que no sabía entonces es que desaparecer no siempre es perderse, sino volver a donde, sin darte cuenta, dejaste un trocito de ti.

1
Jack

10 de diciembre de 2025

Cojo la chaqueta de cuero, la misma que llevo desde hace años, la cual ha sobrevivido a ciudades, misiones y errores que todavía llevo tatuados en la memoria. Me la pongo despacio, como si vestirla fuera un recordatorio de lo que soy y, más importante, de lo que ya no puedo ser.

Busco las llaves con la otra mano; siempre me pasa igual: las dejo en el mismo sitio y, aun así, cada mañana creo que han desarrollado piernas y se han largado a vivir su propia vida.

Al final las encuentro donde siempre: en el cuenco de madera junto a la entrada: una rutina tan absurda como reconfortante.

Mi piso es pequeño, funcional, silencioso.

Las paredes blancas, los muebles oscuros, el olor a café recién hecho.

Pearl llega hasta a mí con fuertes pisadas y se sienta mirándome.

Es un pastor alemán adorable que llegó a mi vida en el peor momento.

—Ya has comido, chica. No tardo en volver, esperáme aquí.

Pienso que no me apetece una mierda ir al banco a hablar de mi maldita hipoteca, y es entonces cuando mi móvil vibra en la mesa: Marc Davenport.

Suspiraría si tuviera esa costumbre pero no la tengo, así que solo levanto una ceja y contesto.

—Ey —digo, escueto.

—Jack, menos mal —su voz suena como si hubiera dormido tres horas y trabajado treinta—. Necesito verte. Hoy.

—¿Qué pasa?

—Te lo diré mejor en persona.

Traducción: caos.

Conozco a Marc desde niños y si se pone críptico, normalmente es porque algo grande ha explotado.

O está a punto de hacerlo.

Me apoyo en el marco de la puerta, mirando por la ventana. Fuera los coches empiezan a circular y una mujer pasea a un perro que es más grande que ella y tira de la correa como un loco.

—Vale —digo—. ¿Dónde?

—En mi despacho. Media hora.

Cuelga sin despedirse porque Marc no se despide de nadie; tiene la agenda tan llena que, si pudiera, se despediría por nota de voz automatizada.

Me paso una mano por el cuello y salgo del piso.

A tomar por culo el banco.

El ascensor baja despacio, como siempre, y me miro en el espejo metálico que tiene dentro.

Ojeras, barba de dos días, la mandíbula apretada sin darme cuenta.

Miedo.

Aún está ahí: ese peso constante que se clava en el esternón y te recuerda que fallaste cuando no podías fallar.

No pude protegerlo, esa es la realidad.

Mi último cliente la palmó delante de mis narices porque cometí un error.

Desde entonces no he vuelto a trabajar, mis ahorros tiritan y desde el banco me están apretando con subirme la hipoteca.

Y una mierda.

Pero Marc parece necesitarme ahora mismo, así que me obligo a respirar hondo.

Una vez.

Dos.

Tres.

La culpa ya no es un incendio, se ha convertido en una brasa que nunca termina de apagarse. Por eso, aunque no he vuelto a trabajar porque no me ha surgido la ocasión otra vez, necesito una segunda oportunidad.

Una que quizá no merezco, pero que busco igual.

Cuando llego al edificio de la oficina de Marc, todo es cristal, frío y eficiencia y una recepcionista que te mira como si pudiera ver tu historial médico solo con observarte dos segundos.

Subo en otro ascensor, este mucho más rápido que el mío, y antes de que me dé cuenta estoy llamando a la puerta.

—Adelante —dice Marc desde dentro.

Me cuelo en el interior y observo que tiene cafés sobre la mesa, papeles desordenados y el aura de alguien que no ha parado desde que salió el sol.

—Gracias por venir tan rápido —dice, sin rodeos.

Me siento.

Él no: camina de un lado a otro como un gato nervioso.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

Marc se detiene, me mira y suspira.

—Jack, necesito hacerte una propuesta… y quiero que pienses antes de contestar.

Bien. Empieza la función.

—Dime —respondo.

Se rasca la sien, coge un vaso de agua, no bebe y lo vuelve a dejar. Luego respira hondo.

—Ayer, durante un concierto, Sky Harper se vino abajo en el escenario —dice al fin.

WOW.

La conozco. No personalmente, claro. Pero he oído su música en gimnasios, taxis, aeropuertos.

Voz potente.

Sonrisa constante.

Demasiado constante para ser real, si me preguntan.

—¿Se desmayó? —pregunto.

—Ataque de ansiedad fuerte. En directo. Fue… feo. Se ha hecho viral, lo que implica más fama y toda esa… mierda. En fin —se pasa la mano por la barbilla, pensativo.

Asiento despacio, eso no es nada nuevo en la gente famosa, se oyen historias así.

Somos humanos, aunque el público lo olvide.

—Y aquí es donde entras tú —continúa Marc—. Quiero ofrecerte un trabajo. Personal. Privado. Y con una urgencia importante.

No digo nada.

Él sigue:

—Sky necesita desaparecer del mapa durante unas semanas. Su salud mental está tocando fondo. Necesita un lugar tranquilo, sin cámaras, sin fans y sin estrés. Pero, precisamente por eso, necesita protección. Alguien que no solo sepa mantener lejos a la prensa y a los curiosos, sino que también sepa lidiar con… esto.

Hace un gesto vago, como si "esto" fuera una categoría emocional que aún no tiene nombre. Y quizá así sea.

—¿Y por qué yo? —pregunto.

—Porque eres el mejor. Y porque, después de lo del último cliente… —baja la voz, sin acabar la frase— sé que necesitas una segunda oportunidad. Un nuevo comienzo.

Ahí está la frase que esperaba: la puñalada disfrazada de motivación.

Aprieto la mandíbula.

—¿Dónde va a estar? —pregunto.

Marc me mira como si hubiera ganado una apuesta.

—Snowpine Ridge —dice—. Un pueblo pequeño. Muy pequeño. Tan tranquilo que me temo que te vas a aburrir más que protegiendo una piedra.

Un pueblo pequeño.

Sin ruido.

Con alguien que está rota por dentro.

Y yo, con mi historial, mis errores y una segunda oportunidad que me da miedo aceptar por mucho que, en realidad, la estuviera buscando.

Genial.

Marc me observa, ansioso, esperando mi respuesta.

—¿Qué dices, Jack?

Trago saliva.

Siento el peso familiar en el pecho, ese que siempre me recuerda que fallé, que no protegí a quien debía y que quizá… quizá ahora tenga la oportunidad de hacer lo correcto.

—Acepto —digo.

Marc sonríe, aliviado.

Yo no, porque no tengo ni idea de que esta decisión va a cambiar mi vida, ni de quién es realmente Sky Harper cuando se apagan las luces, ni de lo que nos espera en ese pueblo perdido.

Solo sé una cosa: Esta vez no voy a fallar.

2
Sky

Estoy sentada en el sofá del despacho de Marc, bebiendo un té que sabe a rayos porque dicen que calma los nervios. Yo creo que lo único que calma son las ganas de vivir.

Me han mandado infusiones relajantes naturales, caminar, cero móvil y unas pastillitas para dormir.

De la terapia online no voy a hablar, porque llevo un tiempo posponiéndola por mucho que Marc me haya repetido desde que apareció la ansiedad que debía consultar un profesional.

La cosa era… ¿CÚANDO?

¡Si vivía entre focos, micros, acordes y todas esas cosas!

Él me mira como si fuera una bomba que está a punto de estallar y hubiera olvidado el manual de instrucciones en casa.

—Necesito que escuches sin interrumpir —dice, alzando una mano.

—Adelante —respondo, cruzando las piernas como si estuviera completamente tranquila y no al borde de otro colapso.

Marc respira hondo.

Malo.

Siempre que respira así, pasa algo que voy a odiar.

—Te vas de aquí, Sky.

—¿Cómo? —me inclino hacia delante—. ¿Cómo que me voy?

—De Los Ángeles. De tu apartamento. De las entrevistas. De los ensayos. De todo. Te vas a desconectar unas semanas. Lo hablamos el otro día, ¿te acuerdas?

—No estaba yo muy católica en ese momento, la verdad… —dije rodando los ojos hacia arriba.

—Lo sé… No estarás mirando las redes, ¿no?

—No —miento.

Claro que las he mirado, somos esclavos de ellas.

¿Me han dado ganas de desvivirme? Pues sí.

¿Lo voy a hacer? No, joder.

¿Mi cabeza no para, no para, no para? Efectivamente.

¿Mi corazón tampoco, tampoco, tampoco?

Ajá, otra realidad de la que no pienso hablar.

—¿A dónde? —pregunto, aunque una parte de mí ya sabe la respuesta o la intuye, más bien.

Marc me mira con cara de no querer decirlo, lo cual es ridículo, porque lo va a decir igual.

A veces me parece tan idiota.

—A Snowpine Ridge.

Mi estómago se encoge, ese nombre me golpea más fuerte que cualquier foco del escenario.

—No —negó con la cabeza—. Ni loca. Ese pueblo… Marc, por favor.

—Es tu casa —responde él, pero no suena condescendiente; suena casi… cariñoso—. Tu tía Terry está encantada. Dice que prepara tu habitación ahora mismo.

Mi tía.

Mi persona favorita… y al mismo tiempo, la última que quiero que me vea así: vacía, frágil, rota por dentro como un jarrón mal pegado.

Mi tía se ocupó de mí cuando mis padres murieron en un accidente de coche y me ha apoyado en todo lo que he querido hacer en la vida, incluso si eso incluía dejar mi pueblo y venirme a Los Ángeles a vivir de mi música.

—No puedo volver —susurro, aunque suena más a gruñido—. La gente me conoce.

—Precisamente por eso —dice Marc—. Porque te conocen de verdad, nadie te pide fotos ni te exige nada. Nadie quiere nada de ti más que estés bien.

Resoplo.

Llevo meses sin estar bien, pero no pienso admitirlo.

—¿Y qué hago yo allí? ¿Recoger piñas? ¿Hornear pasteles? ¿Hablar con señoras que me conocen desde que tenía brackets? ¿Escuchar a mi tía decir "te lo dije" cada dos minutos?

Marc me ignora.

—Planazos.

—Lo dudo —murmuro.

Él se sienta frente a mí, junta las manos y me mira como si fuera su proyecto final de carrera.

—Y vas a ir acompañada —añade.

Ahí sí que me dan ganas de reír.

Reír y luego gritar.

—¿Acompañada por quién? ¿Un equipo de televisión? ¿Un terapeuta? ¿Mi propio doble para que cante por mí?

Marc cierra los ojos un segundo, seguramente esté pensando que soy insoportable.

Bueno, pues es lo que hay, cuando recibe su salario no se queja, el zopenco.

Luego los abre, decidido.

—Por un guardaespaldas.

Al principio creo que he oído mal.

¿Qué ha dicho?

¿Qué dice?

¿Qué puto ha dicho?

—¿Un qué?

—Un guardaespaldas —repite, como si la palabra fuera algo razonable—. Privado. Personal. A tiempo completo.

—Me estás vacilando —me enderezo—. ¡Marc! ¡¿Qué necesidad hay?!

—Después del ataque… —no termina la frase. No hace falta—. El mundo está pendiente. Los paparazzi también. Quieren pillarte a ti y a tu declaración.

Mi mandíbula se aprieta.

La fama es maravillosa hasta que un día deja de serlo, y lo que antes eran aplausos se convierten en dientes afilados.

Justo lo que me ha pasado a mí, vaya.

—No quiero a nadie pegado a mí —espeto—. No quiero que un tío me vigile mientras tomo café. O mientras duermo. O mientras… existo.

—Es de mi confianza, te lo aseguro. He hablado con Terry y no es negociable —dice Marc.

—Pues yo lo hago negociable —me levanto—. Voy a volverme insoportable. Le voy a hacer la vida imposible. No durará ni un día. Vas a ver. Me da igual que sea tu amiguito, Marc.

Marc me observa con la paciencia de un hombre que ya ha vivido este nivel de drama antes.

Obvio.

No soy fácil.

¿Lo dudabas?

—Sky, por favor…

—¡No! No quiero un guardaespaldas. No quiero a nadie. Solo quiero largarme, dormir y no tener que pensar en nada ni en nadie.

—Por eso mismo —dice él—. Por eso necesitas uno.

Le quiero gritar, decirle que no entiende nada, que no necesito protección, que lo que necesito es silencio.

Pero estoy tan cansada que solo puedo darme la vuelta y apoyar la frente en la ventana.

Desde ahí veo la ciudad: grandes edificios, luces, coches, un mar de gente.

Mi vida.

El lugar donde se supone que debo brillar.

Y, aun así, siento que me ahogo.

—¿Cuándo me voy? —pregunto sin girarme.

—Mañana.

Mañana.

Genial.

Ni tiempo para procesar me da el imbécil de Marc.

—Y él… —mi voz sale amarga—. ¿Ese guardaespaldas?

Marc duda, mala señal.

—Es bueno. Muy bueno y discreto, Sky, te lo aseguro.

—¿Cómo se llama?

—Jack Hale.

El nombre no me dice nada.

Mejor así.

—Pues que esté preparado —digo, mirándolo por encima del hombro—. Porque no pienso ponérselo fácil.

Marc sonríe, cansado.

—Lo sé.

—Y tampoco pienso caerle bien.

—Claro, lo sé.

—Y voy a ser una auténtica pesadilla.

—Eso también lo sé —contesta.

Me cruzo de brazos.

—Entonces estamos de acuerdo.

Pero no lo estamos, obviamente, porque yo no estoy de acuerdo con nada de esto.

No quiero volver a Snowpine Ridge.

No quiero ser observada.

No quiero estar rota.

Solo quiero que mi vida vuelva a ser mía.

Aunque algo en mi pecho —algo que no quiero escuchar— me dice que mi pueblo y ese desconocido llamado Jack Holland o Holder o lo que sea… van a cambiarlo todo.

3
Jack

11 de diciembre de 2025

El despertador suena a las seis, pero llevo despierto desde las cinco.

Otra noche corta.

Otra noche con demasiados recuerdos dando golpes en la puerta de mi cerebro.

Me siento en el borde de la cama y, al hacerlo, escucho el sonido inconfundible de uñas grandes contra el suelo.

Ahí viene.

Pearl aparece en la habitación moviendo la cola con ese entusiasmo que solo tienen los perros que creen firmemente que su humano es recuperable.

—Buenos días, chica —murmuro, pasándole la mano por la cabeza.

Ella apoya el hocico en mi rodilla como si confirmara que sigo entero. No estoy seguro de que tenga razón, pero agradezco que no me cuestione.

Pearl no es pequeña.

Ni suave.

Ni delicada.

Es grande, fuerte, protectora… y tiene un olfato infalible para detectar cuándo estoy al borde del colapso, incluso antes que yo.

Ella había sido entrenada para servicio, pero la descartaron por ser demasiado sensible al estrés.

Nos entendimos en un segundo: dos descartes con demasiado instinto protector y un historial que preferimos no explicar.

Después de ducharme y preparar café, me pongo la chaqueta de cuero y preparo su arnés. Ella se acerca sola, se sienta y levanta una

pata para ayudar.

Una profesional.

A las ocho en punto, llegamos a la oficina de Marc. Ella camina a mi lado con paso firme, imponente y la recepcionista le dedica una sonrisa nerviosa; a mí, una mucho más neutral.

Normal.

—Puedes pasar —me dice.

Golpeo la puerta con los nudillos y entro.

Marc está rodeado de papeles, pantallas y un café que claramente lleva muerto horas.

—Llegas pronto —dice.

—Siempre llego pronto —respondo.

—Ya lo sé.

Pearl se acerca despacio a él, olfatea su rodilla y apoya la cabeza: es su forma de evaluar humanos.

Marc se rinde y le acaricia la oreja antes de volver a ponerse serio.

—Bueno —empieza—. Vamos al grano.

Me siento y *Pearl* se echa a mis pies, en modo guardia personal.

—Sky sale esta tarde —dice Marc—. Tú llegarás antes para preparar todo.

Asiento.

—Se llama Snowpine Ridge. Te lo dije, ¿cierto? —continúa y yo asiento con la cabeza—. Pueblo pequeño y tranquilo. El señor Hopper, un vecino del pueblo, te recogerá en el aeropuerto de Missoula con su camioneta y te llevará a casa de Terry, la tía de Sky, os alojaréis allí.

No respondo y él sigue.

—Sky… —hace una pausa como si buscara la palabra exacta— … está mal.

—Ya me lo imaginaba.

—No —niega él—. No te lo imaginas. Está irritada, cansada, saturada. Lo va a pagar contigo. Va a probarte. A provocarte. A ver dónde está tu límite.

Pearl levanta la cabeza, alerta.

Yo mantengo la mirada fija en Marc.

—Puedes con eso, ¿no? —pregunta.

—Puedo con lo que sea —respondo.

No es arrogancia, es necesidad.

Marc junta las manos.

—Quiero que entiendas una cosa, Jack —su voz baja un par de tonos—. Sky no es un producto. Es una chica que ha crecido conmigo. Le debo más de lo que puedo explicar. Y ahora mismo… está tocando fondo. En serio. Necesita desaparecer un tiempo. Respirar. Pensar.

Asiento una sola vez.

Él continúa:

—¿Estás seguro de que puedes hacerlo? —pregunta.

No miento, pero tampoco doy discursos épicos.

—Voy a hacerlo bien —respondo.

Marc suelta un suspiro, mitad alivio, mitad miedo.

—Ella te va a odiar al principio —dice.

—Eso significa que está viva.

—No lo dices en serio.

—Lo digo totalmente en serio. Prefiero que me odie a que no sienta nada.

Marc deja caer el bolígrafo.

—Tu trabajo es protegerla —dice despacio—. Incluso si ella hace todo lo posible por impedírtelo.

—Descuida, puedes confiar en mí.

Marc asiente con la cabeza, suspirando.

—Por supuesto, tendrás unos buenos honorarios y… ¡Ah! El billete de avión —dice sacando un sobrecito del cajón de su mesa de trabajo—. Para ti y para la perra, porque imagino que no vas a dejarla aquí.

Sonrío y Pearl mueve la cola.

—Imaginas bien —contesto.

Me levanto y *Pearl* también.

—Jack —me llama él antes de que abra la puerta.

Me giro.

Marc me mira hundido, sincero, sin máscaras.

—Cuídala. Aunque ella no quiera que lo hagas. Te mando enseguida un PDF con todo lo que considero necesario para esto.

Asiento y *Pearl* ladra una sola vez, como si diera el visto bueno a la misión.

Salimos de la oficina, bajamos al coche y conduzco directamente hasta mi casa.

Anoche preparé la maleta, solo necesito cogerla y partir hacia el aeropuerto.

Marc se queda en Los Ángeles: viajará con Sky en el avión privado por la tarde para acompañarla.

Yo voy antes porque mi trabajo es preparar el terreno, segurar la casa, conocer el pueblo, localizar rutas de escape y evaluar posibles riesgos, incluso si el mayor riesgo ahora mismo es que Sky me lance un zapato a la cara.

No lo digo yo, lo dice el PDF de Marc que leo mientras volamos hacia Montana.

Aterrizamos en Missoula y *Pearl* y yo bajamos del avión tras recogerla de su compartimento.

Fuera ruge ese tipo de frío que te pellizca los pómulos y te recuerda que tienes sangre circulando.

La perra avanza delante de mí mientras yo me cuelgo la mochila al hombro.

Camino hacia la salida del pequeño aeropuerto; Marc me dijo que alguien vendría a recogerme: un tal señor Hopper, enviado por Terry.

No sé qué esperar, no quiero saberlo.

La puerta automática se abre y lo veo: un hombre mayor, alto como un poste, barba blanca que le llega casi al pecho, gorro de lana rojo, camisa a cuadros que parece sobrevivir al tiempo y unos tirantes verdes que podría distinguir desde un helicóptero.

Es imposible no verlo.

Está apoyado en una camioneta azul oxidada que tose y tiembla incluso estando aparcada y claramente ha sobrevivido guerras, tormentas y probablemente dos matrimonios.

Debe ser él, pienso mientras me acerco, *si no, haŕe el mayor ridículo de mi vida.*

El hombre me mira, me examina y al final levanta una mano.

Sí, es él.

—¡¿Jack Hale?! —grita, como si yo estuviera a dos kilómetros.

—Sí —respondo, llegando por fin a él.

—¡Perfecto! —dice él, dándome dos palmadas en el brazo que me mueven medio metro hacia atrás. *¡La leche!,* pienso.—. Soy Hopper. El Hopper de Snowpine Ridge. Que no se te olvide, porque en el pueblo hay dos: mi primo y yo. Pero él está muerto, así que solo quedo yo. Terry me ha enviado. Bueno, más que enviarme me ha ordenado venir. ¿Tú eres el guardaespaldas?

¿Es que todo el pueblo sabe ya de mi existencia?

Maldita sea.

En mis trabajos anteriores todo era más… discreto.

Pero recuerdo que Marc me advirtió de que era un pueblo pequeño, así que, por esa parte, entiendo que todo el mundo sepa absolutamente todo del resto de vecinos.

Digo yo.

—Sí —acierto a responder.

Pearl huele su bota derecha y Hopper la mira con la misma seriedad con la que se mira a un águila.

—¿Y tú quién eres, muchacha? —pregunta él, inclinándose—. ¿La novia del guardaespaldas? ¿O la jefa?

—Es mi perra —aclaro, como si no fuera obvio.

Por Dios… esta conversación me está pareciendo de besugos.

—¿Muerde?

—Solo si hace falta.

Hopper sonríe y me apremia:

—Pues sube, que se nos enfría el café.

Abre la puerta del copiloto y *Pearl* me pasa por delante para saltar al asiento como si la camioneta fuera suya.

Cuando yo me apeo tras guardar mis cosas en el maletero, el peldaño chirría como si se quejara de vivir.

Me acomodo como puedo en el asiento del copiloto y observo que el cinturón parece una reliquia.

Hopper se sube también, golpea el salpicadero dos veces —gesto que probablemente evita que el motor explote— y arranca.

La camioneta tose, ruge, protesta… y finalmente se pone en marcha.

—Así que vienes a cuidar de la pequeña Sky —dice mientras nos metemos en la carretera—. Pobre chica.

—¿La conoce?

—Todos la conocemos —responde, encogiéndose de hombros—. Aquí los niños nacen, crecen y nadie se olvida de ellos. Aunque se hagan famosos y salgan en la tele vestidas con brillo y tacones que mi mujer no usaría ni amenazada.

Pearl asoma la cabeza por la ventana y el señor Hopper sonríe.

No sé si reír o pedir que me dejen en la siguiente gasolinera.

Conducimos en silencio unos minutos y observo la carretera rodeada de árboles altos y montañas, y ese cielo gris que anuncia nieve.

—¿Has estado alguna vez en Snowpine Ridge? —pregunta Hopper.

—No.

—Pues prepárate. Aquí todo el mundo cree que tiene derecho a saber tu vida. Y probablemente lo tengan. No es que la vida de nadie sea tan interesante. Bueno, excepto la tuya, por lo visto.

—No es interesante.

—Ah, eso dirá un guardaespaldas de verdad. Los que no lo son presumen. Tú no presumes. Eso es buena señal.

Pearl ladra una vez desde el asiento trasero, como si secundara la opinión.

Hopper sigue hablando, encantado de escucharse:

—Dice Terry que Sky está volviendo hecha polvo. Que necesita luz. Y tú, bueno… tú no tienes cara de luz. Pero igual sorprendes.

—Estoy aquí para trabajar —respondo.

—Ya, ya —dice él, riendo—. Siempre dicen eso al principio. Luego se enamoran del pueblo. O de alguien del pueblo. O del perro del pueblo. Esto engancha. Además, ¡ya casi estamos en Navidad!

Yo miro por la ventana: carretera larga, bosques infinitos y montañas blancas al fondo.

Pearl apoya la cabeza en mi hombro desde el asiento trasero y Hopper canta algo que no reconozco, y por primera vez desde que

acepté este trabajo, siento que estamos entrando en un sitio que no sé si voy a poder controlar.

Conduce el último tramo sin hablar y cuando finalmente vemos el cartel de Snowpine Ridge, bajo la ventanilla y el gesto me trae el olor a madera, a chimeneas encendidas y a algo que no reconozco: algo parecido a hogar.

Hopper estaciona la camioneta delante de la cabaña de Terry y apaga el motor.

—Hemos llegado —dice, dándome un golpecito en el brazo.

Asiento, bajo de la camioneta, cojo mis pertenencias del maletero y *Pearl* salta al suelo con la seguridad de quien ya ha conquistado el pueblo.

Y yo… respiro hondo cuando el señor Hopper se despide de mí frente a la puerta de la que será mi casa los próximos días.

Snowpine Ridge: mi misión, mi segunda oportunidad o mi próximo error.

Todavía no lo sé.

Pero me armo de valor y toco a la puerta.

Un segundo más tarde comparto una mirada con *Pearl*, que está tan expectante como yo.

La tía Terry me recibe en la puerta con un batín rojo, rulos en el pelo y una energía que me descoloca de inmediato.

—Tú eres Jack —dice, señalándome con una espátula—. Bien. Necesito que subas tres cajas, arregles una luz y me digas si esta cesta de galletas está bonita o demasiado triste, es para Sky. Todo tiene que estar perfecto antes de que llegue.

Intento responder, todavía desde la puerta, pero no me deja.

—Y tienes que saber una cosa —añade, bajando la voz—. Mi sobrina está… regular. O peor. Así que más te vale tener paciencia. ¿La tienes?

—Algo —respondo.

—Pues más te vale encontrar el resto antes de que llegue, cariño.

Pearl observa a Terry como si fuera un fenómeno natural fascinante.

Normal, yo también.

Tras dejar mis cosas apartadas en un rinconcito, porque Terry no me deja opción a más, al menos de momento, la ayudo con lo que me ha pedido y después paso las horas revisando seguridad, accesos, ventanas, paisaje, rutas, puntos ciegos.

El pueblo me mira.

Literalmente.

Todo el que pasa saluda a *Pearl* primero, a mí después.

Y a media tarde, mientras ajusto una cerradura, la alarma de mi móvil para recordarme la hora en la que debo estar en el aeropuerto, suena.

Muy bien.

Respiro hondo y *Pearl* ladra impaciente.

Este es el momento: voy a conocer a Sky Harper y, a juzgar por todo lo que me han contado… va a ser un terremoto.

Un terremoto que no quiere que la protejan y yo, el idiota que ha aceptado protegerla.

—Vamos, *Pearl* —murmuro—. Empieza la misión.

Para, para, para, para.

¿Cómo diantres voy a ir al aeropuerto si no tengo coche?

—Terry —la llamo frotándome las manos.

La encuentro sentada en el sofá, con la lengua sacada al tiempo que clava los ojos con fuerza en unas agujas de ganchillo rosa y un ovillo de lana.

—¡Nada, que no! —exclama de pronto, lanzando la lana y las agujas por los aires, cosa que hace que *Pearl* dé un saltito hacia atrás.

—¿Ocurre algo? —le pregunto.

—¡En mi vida he podido dominar las malditas agujas! ¡Ni para hacerle peuquitos a Sky cuando nació! ¡Que se me resisten, chico! ¡Yo es que para esto no sirvo!

—Bueno, no… —intento decirle frotándome la nuca— no creo que Sky le dé importancia.

Terry niega repetidas veces con la cabeza, algo exasperada.

—Mi pobre niña —hace como que solloza y se limpia una lágrimas imaginaria—. ¿Y tú qué querías? ¿No deberías ir ya a por ella?

—Eso intentaba decir… eh… ¿sabes si puedo alquilar algún coche o si puedo encargar un Uber para poder llegar al aeropuerto?

Terry me mira muy seria, después parpadea varias veces, sus pupilas fijas en las mías.

Madre mía.

—¿Uber? Aquí no hay de eso. ¿Es que no has acordado con el señor Hopper nada?

—Pues… no.

—Ay, por Dios, es que todo tengo que hacerlo yo —dice moviendo la cabeza, y yo rezo para que los rulos incrustados en su pelo todavía, no salgan volando en distintas direcciones—. Dame un segundo.

Pearl mueve sus patitas delanteras de posición y yo… yo espero, porque no me queda de otra.

Es entonces cuando Terry coge su móvil y dice:

—Oye Siri, llama a Hopper. ¿Ves, cielo? Ahora mismo el señor Hopper te acerca.

Ruedo los ojos hacia arriba y pienso: *¿Cómo esta señora puede controlar las nuevas tecnologías y no el ganchillo?*

4
Sky

Aterrizar en Montana es como aterrizar en un congelador industrial. Ni siquiera he salido del avión y ya siento el aire frío colándose por debajo de la puerta como si quisiera darme la bienvenida con un bofetón helado.

Genial.

Justo lo que necesitaba: frío exterior para combinar con el frío emocional que llevo dentro desde hace meses.

Aunque la realidad es que no me sorprende, mi pueblo natal es un trocito de Polo Norte en invierno, solo que la Navidad me ha dado bastante igual los últimos años.

He estado de gira, haciendo conciertos en escenarios llenos de renos, nieve falsa y con trajecitos cortos navideños y provocativos porque formaba parte del show tras grabar en el estudio un EP con cinco canciones navideñas versionadas por mí.

Marc se levanta del asiento a mi lado, revisando papeles como si el trabajo de su vida dependiera de que no me fugue por la pista.

—Recuerda —dice, dándome su tonito de voz paternal—: vamos a ir directos al coche. Sin fotos. Sin prensa. Sin distracciones.

—Perfecto —respondo, metiendo mis gafas de sol un poco más en la nariz—. Estoy deseando esconderme como si fuera un testigo protegido.

—Sky…

—¿Qué? —me giro—. ¿No es eso, básicamente?

Marc suspira por décima vez desde que despegamos.

Descendemos por la escalerilla del avión y, al tocar el suelo, el viento me azota la cara como si estuviera enfadado conmigo por existir.

De verdad, qué maravilla de clima, mi congelada chirivía lo agradece mucho.

Nota 1: vuélvelo a leer con tono irónico.

Nota 2: llámalo chirivía, chirla, conejito… yo qué sé, pero tú ya me entiendes.

El aeropuerto parece sacado de una postal: pequeño, de madera, pintoresco, tal y como lo recuerdo aunque lleve años sin venir.

Pobre tía Terry, en realidad, pienso con un ápice de amargura que me hace contraer el rostro.

—¿Estás bien? —me pregunta Marc.

—Sí, es solo que… llevo tanto tiempo sin venir aquí que…

Marc me da un apretón cariñoso en el hombro y observo a la gente de mi alrededor con bufandas gigantes y botas de montaña.

Es todo tan… normal que me entran ganas de llorar, más no lo hago; mi dignidad está colgando de un hilo, pero todavía queda.

Caminamos buscando la salida y es entonces cuando la voz de Marc me hace salir de mis pensamientos.

—Ahí está —dice Marc, señalando hacia la puerta principal del edificio.

Yo sigo la dirección que marca su dedo y lo veo.

Durante los primeros dos segundos, me niego a aceptar que ese hombre es mi guardaespaldas. Porque, sinceramente, parece más bien el protagonista de una serie de policías corruptos que no saben si deben abrazarte o arrestarte.

La verdad, si no tuviera la cabeza llena de pensamientos intrusivos de mierda, me costaría decidir cuál de las dos opciones me apetece más.

Porque es guapo, maldita sea, guapo de verdad.

Está apoyado contra una columna, con las manos en los bolsillos de una chaqueta negra que parece hecha a la medida exacta de sus hombros absurdamente anchos.

DIOS.

Tiene el pelo oscuro y corto. Un poco despeinado, como si lo hubiera pasado por viento o por preocupaciones, y la barba de uno o dos días que en otra persona sería dejadez, pero en él parece estrategia militar.

Le miro la cara.

Error.

Sus ojos son azules.

No azul cielo, no azul mar; es un azul como el de un lago que puede tragarte vivo si te confías demasiado.

Intento tragar saliva, pero siento la boca seca y no puedo.

Y por si no fuera suficiente, junto a él está un pastor alemán gigante, sentado, recto, vigilante, como si también hubiera firmado un contrato para protegerme de mí misma.

Uff.

—¿Ese es Jack? —pregunto, frenada por la sorpresa.

—Sí —dice Marc.

—¿Y la bestia? —señalo a la perra.

—*Pearl* —responde él—. No la toques sin que Jack te dé luz verde.

—Ah, es una hembra —apunto.

Como si tuviera pensado acercarme, esa perra parece capaz de descifrar mis traumas con solo oler mi maleta.

Cuando nos acercamos, Jack levanta la vista lentamente, muy lentamente, pero su expresión no cambia, porque no sonríe, no hace ningún gesto de saludo, solo me analiza. Me evalúa como si fuera un problema matemático sin resolver o un incendio que acaba de activar todas sus alarmas internas.

—Señorita Harper —dice con una voz grave que me recorre como un escalofrío por la espalda.

—Niñero —respondo con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Qué bonito todo.

Marc me fulmina con la mirada, pero Jack no reacciona ni pestañea.

Aguanta, Sky, aguanta este pulso, pienso.

—Jack Hale —se presenta él—. Encargado de su seguridad desde este momento.

—Pues lo siento por ti, Jack Hale —digo, subiendo el mentón—. Te aviso de que soy una compañera de viaje espantosa. Y no pienso cambiarlo.

Jack no parpadea, no frunce el ceño, no se inmuta.

¿Acaso es de piedra?

¡Me exaspera y no han pasado ni diez minutos a su lado!

—Ya me lo habían advertido —responde como si le hubieran pasado un informe de seiscientas páginas titulado "Sky Harper: manual de uso y explosiones imprevistas".

Pearl me mira y ladea la cabeza. Supongo que ella también ha detectado mi inestabilidad emocional.

—El coche está ahí—dice Jack, señalando con la cabeza hacia una zona del aparcamiento—. No toque a la perra y mantengase cerca de mí.

—¿Perdona? —pregunto, ofendida—. ¿"Mantente cerca"? ¿Soy un globo en una ventisca o qué?

—Prefiero no comprobarlo —contesta él.

—¿Y no se supone que el que debe mantenerse cerca de mí eres tú?

Jack se despide de Marc con un asentimiento de cabeza y un apretón de manos.

Luego me mira.

Dios.

No puedo con él.

No puedo con este tipo de hombre que parece que tiene todos sus sentimientos guardados en una caja fuerte del Pentágono.

Marc interviene, como siempre, haciendo de mediador profesional:

—Sky, súbete al coche. Por favor. Cuantos menos dramas aquí, mejor.

Yo me quedo mirando a Jack.

Y él a mí.

Y por un segundo, creo que ninguno de los dos quiere estar al lado del otro.

—Genial —digo finalmente—. Estupendo.

Jack suelta un leve, casi imperceptible:

—No, señorita Harper. Esto no es "estupendo". Esto es trabajo.

Y con esa frase, da media vuelta y camina hacia el coche, mientras *Pearl* lo sigue con la elegancia de quien sabe exactamente quién manda aquí.

Spoiler: no soy yo.

5
Jack

Le hago un gesto con la mano para que me adelante haciendo chirriar las ruedas de su maleta.

Sky Harper no camina, desfila, pero no como en la alfombra roja; no, no. Desfila como quien entra en una sala llena de exnovios y paparazzis armados con comentarios pasivo-agresivos.

La sigo a un par de metros porque, sinceramente, estar más cerca me parece un deporte extremo.

Pearl se mueve entre nosotros dos como un árbitro en un partido que sabe que acabará en tarjeta roja.

Pues quizá no va muy desencaminada.

Sky abre la puerta de la camioneta de Hopper —que cruje con sonido de dinosaurio artrítico— y se sube sin mirar atrás, dando un portazo que deja sorda a media Missoula.

Me imagino la mirada de Marc pidiéndome paciencia y asiento para mí mismo como si tuviera depósitos infinitos de ella.

Spoiler: no estoy muy seguro.

Subo al asiento del conductor mientras *Pearl* se acomoda en el espacio que queda entre los dos asientos delanteros.

Sky la mira como si fuera un oso pardo al que han dejado pasear por el supermercado.

La entiendo, *Pearl* impone, pero es totalmente inofensiva, a no ser que yo dé una orden contraria.

—¿De verdad tiene que ir ahí? —pregunta.

—Sí —respondo, abrochándome el cinturón—. Si le molesta, puedes cambiarse de asiento.

—Estoy perfectamente aquí —responde, crispada—. Solo estoy preguntando.

Mmm. Ya, claro, pienso.

No está "solo preguntando", está midiendo límites, evaluando control y buscando algo que le permita escupir la ansiedad sin

admitir que es ansiedad.

La camioneta protesta al arrancar, igualita que yo por dentro, pero finalmente lo hace.

Sky mira por la ventana con la misma expresión que tendría alguien al que han obligado a mudarse a Marte.

—Vaya —dice al cabo de un minuto—. No recordaba que Missoula fuera tan… blanca.

—Montana es así. No creo que tarde en nevar.

—Ya, pero… no sé. Creía que después de tantos años fuera, todo se vería… diferente.

No digo nada, pero mentiría si dijera que no escucho la mezcla de nostalgia y rabia en su voz.

—¿Y la camioneta? —pregunta, señalando el salpicadero—. ¿También es parte del paquete de secuestro que habéis decidido imponerme?

—Me la ha prestado el señor Hopper —digo—. Su tía le pidió que viniera a buscarme al aeropuerto esta mañana. Y ahora me la ha prestado para llevarla a casa.

Sky rueda los ojos.

—Claro. Terry. Por supuesto.

No sé si está enfadada con la camioneta, conmigo, con su tía, con Montana… o con todo a la vez.

—Esto no es un secuestro, señorita Harper.

—Claro que no —dice cruzándose de brazos—. Solo me vigila un hombre que parece haber sido fabricado en un laboratorio para no sonreír jamás.

Me obligo a coger aire un par de veces y soltarlo lentamente.

Paciencia, Jack.

—Ha vuelto muchas veces a ver a su familia, ¿no? —pregunto, intentando entender su respiración acelerada y cambiar de tema.

—En los últimos años no —susurra—. No con una crisis encima. No con un guardaespaldas. Y desde luego no con mis nervios colgando de un hilo dental.

Pearl levanta la cabeza, percibe el tono.

Siempre lo hace.

—¿Por qué me mira así, piensa atacarme? —pregunta.

No puedo evitar que un atisbo de sonrisa se me escape.

—No, a no ser que yo se lo ordene.

Sky frunce el ceño, pero no dice nada.

—Tranquila, somos su protección, no sus enemigos —le recuerdo, porque he notado cómo se ha removido en el asiento, incómoda.

—Yo no quería desaparecer, Jack Hale. Yo quería un descanso.

—Estoy seguro de que este tiempo le vendrá muy bien para descansar.

Sky guarda silencio y al cabo de un rato soy yo el que interviene:

—No tiene que hablar si no quiere. Y no tengo por qué caerle bien, tampoco. Solo vamos a trabajar juntos unas semanas. Eso es todo.

Ella me observa en silencio durante tres segundos.

Tres segundos que parecen veinte.

—¿Siempre hablas así? —pregunta.

—Así, ¿cómo?

—Como si estuvieras narrando un documental de animales salvajes.

—No.

—Pues suena como que sí.

Pearl suelta un gruñido suave y Sky se echa hacia atrás.

—¿Qué le pasa a tu perra? —pregunta, tensa.

—Percibe el tono —respondo.

—¿Mi tono te molesta, *Pearl*? —le pregunta a la perra directamente, con ironía.

Pearl ladea la cabeza y parpadea muy lento, como si estuviera evaluando si Sky es una amenaza real o solo un manojo de nervios mal envuelto.

Probablemente lo segundo, entonces ella bosteza, como diciendo: *No, señorita Harper, solamente está usted insoportable.*

El silencio vuelve al coche y solo se oye el motor y la respiración irregular de Sky, que intenta desesperadamente parecer más entera de lo que está.

—¿Falta mucho? —pregunta finalmente.

—Cuarenta minutos.

—Genial. Tiempo suficiente para odiar esto aún más.

No respondo.

Pero pienso algo que no debería pensar: no está odiando el pueblo, ni el avión, ni a mí. Está odiando la sensación de no tener control y eso es mucho más peligroso que la irritabilidad puntual.

Hasta ahora había tenido el control sobre el escenario, pero también ha perdido ese dominio, así que supongo que piensa que ya no le queda nada.

Mientras avanzamos entre carreteras bordeadas de pinos, miro de reojo su reflejo en la ventanilla: gafas de sol enormes, mandíbula apretada, pelo algo despeinado del viaje.

Parece fuerte, pero no lo está.

Parece enfadada, pero lo que veo es miedo.

Sky Harper es un edificio en llamas intentando convencer al mundo de que solo son luces decorativas.

Cuando llegamos al desvío de Snowpine Ridge, ella se endereza un poco, respira hondo y se prepara para algo, seguramente para el recibimiento de su tía Terry.

—¿Cuánto queda? —pregunta otra vez.

—Cinco minutos.

—Perfecto —susurra—. Tiempo suficiente para mentalizarme de que mi tía Terry me va a examinar la cara tres veces antes de que pueda decir "hola".

—Su tía parece… energética —respondo.

Sky suelta una risa seca.

—La palabra que buscas es "pesadilla adorable". Aunque depende del día: a veces es solo pesadilla.

Nos adentramos en el pueblo y las casas de madera aparecen entre los árboles, el humo de las chimeneas sube recto por el aire frío y un par de vecinos saludan al coche.

Sky traga saliva otra vez y su mano aprieta la correa del bolso.

—Jack Hale… —dice, por primera vez sin sarcasmo—. Si alguien me reconoce, no dejes que se acerquen. No hoy. No así.

La miro un segundo.

—No lo harán —respondo muy serio, para que note la seguridad en mi voz—. Estoy aquí para eso.

Sky asiente despacio con la cabeza y desvía la mirada hacia la ventana; no dice nada más.

Pearl suspira desde el asiento, como si diera por concluida su evaluación por hoy; sé que ha dado su visto bueno.

Aparco frente a la cabaña.

Terry está en la puerta. Se ha quitado los rulos, menos mal, pero ahora lleva un delantal de flores y agita la mano con energía de huracán, como si estuviera a punto de recibir a una artista en la alfombra roja, lo cual, técnicamente es un poco cierto.

Un par de veces he visto actuaciones de Sky haciendo *scroll* en Instagram, y su puesta en escena es una pasada, todo hay que decirlo.

Sky se tapa la cara con las manos.

—Por favor, que sea un sueño. Que esto no esté pasando.

—Harper —digo, abriendo la puerta—. Bienvenida a Snowpine Ridge.

Y entonces, por primera vez desde que la conozco, Sky se queda sin palabras.

6
Sky

Mi tía Terry no saluda: ella ataca.

Literalmente.

Baja los escalones de la cabaña con los brazos abiertos y su cabello color caoba y rizado a rulos agitándose como si fueran antenas parabólicas que captan emociones ajenas.

Pongo un pie —UN SOLO PIE— fuera de la camioneta de Hopper que ha conducido Jack… bueno, tú ya entiendes la movida, y me digo: *vale, Sky, respira, solo es tu tía, no puede hacer nada demasiado…*

Y entonces ocurre: Terry abre los brazos hacia el cielo, respira como si fuera una soprano calentando la voz y, sin previo aviso, sin pedir permiso, sin piedad… canta.

CANTA.

MALDITA SEA.

—¡¡VUEEEEELVE… A CASA VUAAAALVE… VUELVE A TU HOGAAAAAR…!!

Yo dejo de respirar.

Jack deja de respirar.

Hasta los pájaros se replantean su existencia.

—No —susurro—. No puede ser. No está haciendo… esto.

Pero sí.

Sí lo está haciendo.

Y no solo lo está haciendo: lo está disfrutando. Está a punto de pedir luces y coreógrafos.

—¡¡LA FUEEERZA DEL CAAAARIÑOOOOO, TE ESPERA EN NAVIDAD!! —añade, dándole vibrato, dramática como una finalista de OT del año 2002.

Pearl ladea la cabeza hacia un lado, yo cierro los ojos.

Pero, ¿quién se cree?

Mi tía, joder, no la perra.

Trágame, suelo de Montana. Trágame ahora mismo.

Abro un ojo y veo a Jack quieto, inmóvil, atrapado en lo que sospecho es su peor pesadilla laboral.

Y yo me incluyo, que conste, porque ya le dejé claro a Marc que iba a hacerle la vida imposible a ese tío, pero es que lo de mi tía… ¿qué te digo? Terry es un caso aparte.

La perra me mira como diciendo: *yo también estoy sorprendida, tranquila.*

Punto para ella, ya me cae mejor.

Al menos, la prefiero a ella antes que a Jack Hale, eso desde luego.

Terry se acerca dando pasos largos.

No, no, no.

—¡¡*VUELVE, A CASA VUELVE*!! —sube la nota, desafía a Mariah Carey, golpea el pecho con orgullo.

Comparto una mirada con Jack en la que intento sonreír, pero solo me sale una mueca entre risa nerviosa e impulso suicida.

—Tía Terry —logro decir—. ¿Puedes…? ¿Puedes no… cantar eso? Estamos…en público… en Norteamérica… —intento decirle.

Pero Terry no escucha, Terry está poseída por el espíritu de la Navidad, pero el que tiene cero sentido del ridículo.

Pobrecita, en realidad me da pena, lo hace para hacerme reír, para darme la bienvenida.

Soy su única familia y ella es la mía.

Entonces me agarra por la cara con las dos manos y me zarandea con amor violento.

—¡¿Cómo no voy a cantar, criatura, si se me ha devuelto lo más bonito que me ha dado la vidaaa?! ¡MI ESTRELLA! ¡MI PAJARILLO CALVO!

Abro los ojos como platos.

Que alguien le ponga un bozal a esta mujer, lo digo en serio.

—¡MI NIÑAAAAA! —grita.

Y yo… yo me muero por dentro.

—No me llames así —digo rápido—. Delante de la gente. Delante de Jack. Delante de cualquier forma de vida.

—Ven aquí y calla —dice envolviéndome en un abrazo gigantesco, cálido, de esos que te aprietan las costillas y los traumas a la vez. Huelo su perfume de vainilla —el mismo de siempre— y siento cómo mis ojos amenazan con traicionarme.

No.

Ni de broma lloro.

Ni aunque me meta un rulo por el cu...

Terry me agarra de nuevo la cara con las dos manos como si fuera una magdalena recién horneada cuando se separa de nuevo de mí.

—¡Déjame mirarte! ¡Qué guapa! ¿Has comido? ¿Te han dado agua? ¿Dormías en el suelo?

—Estoy bien, tía. Perfectamente bien. Solo quiero… bajarme del musical en el que me has metido.

—No estás bien, mi pajarillo, no lo estás. Yo te vi en ese escenario, ¿tú sabes lo que me dio a mí en el corazón? Calla, calla, calla.

Me abraza con fuerza.

Fuerza de oso polar.

Fuerza de "se me ha ido la mano en el gimnasio".

—Ay, hija, cómo te he echado de menos.

—Sí, yo también, pero necesito mis costillas para vivir.

Entonces Terry se gira hacia Jack, muy seria.

—Jack, cielo, ¿tú has visto los anuncios navideños de España? ¡Son lo más! Se me pone la piel de gallina, y eso que aquí la gente solo hace anuncios de pavos y coches.

Me horrorizo, es un hobby de Terry que nunca entenderé: bichear anuncios navideños de cada país.

—Tía, por favor… —le suplico horrorizada.

No obstante, ella sigue:

—Me gustan todos ¿eh? Pero los españoles… ¡AY, LOS ESPAÑOLES! —coloca una mano dramática en el corazón—. ¡Ese anuncio del turrón! ¡El del niño que vuelve! ¡El que te hace llorar durante tres días seguidos y te deja emocionalmente triturado como un mazapán! ¿Y el de este año que lo protagoniza Mafalda Cardenal,

una chiquita así muy mona? *En estas Navidades, turrón de chocolate…* —canturrea—. Ay, qué cosa más bonita.

Es entonces cuando se gira hacia Jack, enjugando con su dedo índice una lágrima imaginaria.

Qué dramática es, pienso poniendo los ojos en blanco, pero sin poder evitar que una sonrisa se me escape.

—¿A que sí, Jack? ¿No son preciosos? ¿Tú no lloras con eso?

Hale parpadea varias veces.

—No suelo llorar con anuncios —responde, serio, para no variar.

Terry lo mira como si acabara de confesar que no tiene alma.

—Pues aquí vas a llorar, cariño. ¡Porque voy a ponerlos TODOS! —se gira hacia mí de nuevo—. ¡TODOS, Sky! ¡Esta noche MARATÓN NAVIDEÑO INTERNACIONAL!

Clavo mis pupilas en las de Jack; espero estar tranmitiéndole con la mirada mi súplica y desesperación.

—Sácame de aquí —le digo—. Te lo ruego. Haz tu trabajo. Protégeme.

Pero el estúpido de Jack Hale solo se cruza de brazos y nos observa; parece que está disfrutando con el momento.

Pearl ladra una vez, como si aplaudiera el espectáculo.

Y yo… yo no sé si quiero llorar de vergüenza, reír hasta morir o volver al avión.

Pero estoy aquí, en casa, con mi tía versionando anuncios españoles a 200 decibelios.

Y por primera vez en mucho tiempo siento algo parecido al calor.

7
Sky

—¡Madre mía, no me creo que estés aquí! —exclama Terry una vez ha terminado su espectáculo y hemos sacado mis pertenencias de la camioneta de Hopper.

Por fin estamos dentro de La cabaña del Lago, tal y como fue apodada hace un montón de tiempo por los vecinos del pueblo esta casa familiar: mi casa.

La Cabaña del Lago siempre ha sido un abrazo con forma de casa, incluso cuando yo era demasiado borde para admitirlo. Desde fuera parece salida de una postal: madera vieja, techo inclinado, ventanales que dan al lago congelado y ese olor a pino que te golpea en cuanto cruzas la puerta, como si la cabaña misma dijera "sí, cariño, has vuelto".

Por dentro es todavía más exagerada, porque Terry ha decidido que este año la Navidad no se celebra, sino que se convierte en invasora.

Hay una guirnalda de luces en cada marco de puerta, un ejército de velas con olor a vainilla y canela ocupando cada superficie plana, un árbol enorme junto a la chimenea que parece haber sido decorado por Santa después de tomarse tres cafés, y un ejército de muñecos de nieve de peluche observándolo todo desde estantes estratégicos.

Encima de la repisa, Terry ha colocado un cartel de madera que dice: "Home is where the cookies are", lo cual tiene sentido porque la casa huele justamente a eso: a galletas recién hechas, a leña ardiendo y a infancia.

A veces odio lo mucho que me cuesta quedarme enfadada en un sitio así.

—Pues la cosa ha sido —continúa Terry— que he intentado por enésima vez hacerte una bufanda, ¿sabes, pajarillo? Como regalo de bienvenida y eso, pero ¡nada! ¡Que no me sale! ¡Es que ni diciéndole

a Siri que me buscase un tutorial en Youtube! Pues nada, que he aceptado que no sirvo para eso y ya está, que no se nos tiene que dar bien todo en la vida y eso también está bien. Así que me he dicho: Terry, cántale algo. Ah, y también hay una cestita que te he preparado.

—Ha sido espectacular, tía… de eso no hay duda —murmuro mirando a Jack.

¿Está reprimiendo una sonrisa o me lo parece a mí?

—Estás delgada, a sabiendas de que este tipo de comentarios no caen bien a la gente, pero soy tu tía y solo quiero saber si te encuentras bien —dice, separándose un poco para mirarme bien—. ¿Pero qué clase de manager tienes? ¿Uno que piensa que la comida es opcional?

—Yo también te he echado de menos —digo haciendo una mueca.

Quiero evitar a toda costa el tema, en serio.

—¡Pues claro que sí! Si soy adorable —responde ella como si fuera un dato científico cogiéndome del brazo, porque me he quedado petrificada en el umbral—. Pasa, pasa. La casa está calentita, ¿no ves? Te he hecho pan de plátano y tengo chocolate caliente, aunque si quieres una tila también te la preparo porque se te ve… —me mira de arriba abajo con gesto clínico— …tensa. Más tensa que una cuerda de guitarra mal afinada.

Mis ojos ruedan solos.

Jack está cargando mis pertenencias como si pesaran lo mismo que una pluma y *Pearl* se sienta observando a mi tía con curiosidad canina.

—Y lo de este portento, tú no sé qué opinarás, pero vamos… —dice Terry, señalándolo con el dedo como si fuera un inspector del FBI intentando reconocer a un sospechoso en una rueda de reconocimiento.

Jack responde con ese tono profesional que ya me desespera:

—¿No se suponía que estaba de acuerdo en que fuera el encargado de su seguridad?

—Sí, sí, eso le dije a Marc… —dice Terry, ladeando la cabeza—. O sea, que tienes niñero, pajarillo.

Jack no se inmuta, por supuesto que no, probablemente podría derribarlo un meteorito y él pondría la misma cara.

—Guardaespaldas, si no le importa —corrige, tranquilo.

—Sí, sí, los títulos que quieras —dice Terry, dando un manotazo al aire—. Pasa, que aquí no se deja a nadie en la puerta con este frío. Ni a los gruñones serios ni a los perros con cara de entenderlo todo.

Pearl mueve la cola.

—Oh, no tiene huevines… ¡Será bonica! —exclama tía Terry—. Luego le hago pollo hervido.

Jack va a mi habitación a dejar mis pertenencias.

¿Cómo lo sabe? ¿Es que siempre lo sabe todo?

A ver, asumo que como él ha llegado esta mañana, Terry le habrá explicado todo, no sé, eso me ha dicho Marc durante el vuelo.

Es entonces cuando oteo con más calma mi alrededor y encuentro todo tan familiar que me dan ganas de arrancarme la piel para no sentir nada.

Ni culpa por no haber venido en todo este tiempo, ni tristeza por no estar tan pendiente de Terry, ni nostalgia porque este es mi hogar.

Me siento en el sofá del salón e intento quitarme pensamientos de mierda de la cabeza.

Que si por qué he tardado tanto en venir…

Que si es que no valoro el esfuerzo de tía Terry…

Que si la fama ha logrado cambiarme…

Terry cierra la puerta y se planta frente a mí, manos en la cintura.

—A ver —dice—. Cuéntame: ¿cómo estás? Y no me digas "bien" porque te juro que me enfado.

—Estoy… —empiezo, pero no termino.

Porque no sé qué decir.

Jack cierra la puerta de mi habitación tras dejar mis cosas con una suavidad sorprendente para alguien con bíceps del tamaño de mis piernas.

Terry lo mira, luego me mira a mí, luego lo mira otra vez.

—¿Y él duerme dónde? —pregunto—. En cualquier sitio que NO sea pegado a mí, espero. Jack ni parpadea.

—Dormiré en la habitación de invitados —dice. Terry asiente con la cabeza y Jack añade—: Las dejaré a solas. *Pearl,* vamos.

Jack y la perra desaparecen y Terry y yo nos quedamos a solas.

Aprovecho para hundirme en el sofá y cubrirme con una manta que huele igual que mi infancia.

Terry se sienta a mi lado.

—Has vuelto, es lo importante —dice, bajando la voz.

Y yo, incapaz de fingir delante de ella —no me sale, nunca me salió—, dejo caer mis hombros.

—Solo unas semanas —respondo.

—Las que tengan que ser —replica ella, contundente.

Escucho el crujido de la madera fundirse en la chimenea y mi propia respiración, demasiado rápida, demasiado consciente.

—Sky —dice Terry, tocándome la mejilla—. No tienes por qué ser fuerte aquí, ¿sabes?

—No estoy… —empiezo.

—Lo sé —me interrumpe suavemente—. Pero puedes dejar de intentarlo.

Me trago las lágrimas.

No lloro.

No hoy.

No delante de ella.

No todavía.

Es entonces cuando Jack, que esperaba en el porche, entra dentro.

—Ha empezado a nevar —dice.

Terry sonríe y me mira.

—Eres un cielo, Jack Hale. ¿Qué tal cocinas? —le pregunta.

Jack se queda congelado y reprimo una sonrisa triunfal, porque es la primera vez que lo veo sin guion mental.

—No cocino —dice.

Terry se palmotea las rodillas.

—Fantástico. Te enseñaré. Aquí todos comen. Hasta los guardaespaldas de catálogo.

Yo me cubro la cara con las manos.

Esto va a ser un infierno.

O una comedia.

O ambas cosas a la vez.

Jack mira a Terry.

Luego a mí.

Luego a Terry otra vez.

Y entonces dice la frase que sella mi destino:

—Estoy aquí para trabajar.

Terry sonríe como si acabara de ver un cachorro asustado.

—Cariño, aquí todos trabajamos. Pero también cuidamos. Y comemos. Y molestamos un poco, porque si no, ¿qué gracia tiene?

Jack frunce el ceño y *Pearl* suspira.

Yo también.

Mi casa, mi pueblo, mi caos, mi infierno y, según Marc, mi salvación.

Pues no lo tengo yo tan claro.

8
Jack

La cabaña parece pequeña desde fuera, pero por dentro es un laberinto decorado con luces, mantas y figuritas de Navidad y Terry es una especie de tormenta amable que auguro hará de pegamento entre Sky y yo.

Lo cierto es que me trata como si fuera su sobrino adoptivo y no un desconocido que ha llegado para vigilar a su sobrina.

No tarda en meterse en la cocina a preparar algo que, más tarde, me doy cuenta de que huele absurdamente bien.

Sky está sentada en el sofá con la misma postura que tendría un gato acorralado: espalda recta, brazos cruzados y gafas de sol puestas aunque estamos dentro de una casa.

Es una chica un tanto extraña.

Me mira, pero no me habla, aunque lo cierto es que tampoco espero que lo haga.

La observo un segundo más de lo que debo.

Está cansada: el cansancio le pesa en la mirada, en los hombros, en la manera en que aprieta los labios como si el simple hecho de existir en voz alta fuera demasiado.

Y aún así… tiene algo, una chispa pequeña, una resistencia interna que quizá sea lo único que la mantiene en pie.

Y tiene la piel bonita, eso también.

—¿Salimos a ver la nieve desde el porche? —le pregunto, no sé ni por qué.

No tiene que importarme que se divierta, yo solamente trabajo para protegerla de la prensa y esas cosas.

Fin.

Ella niega con la cabeza, coge el móvil y se mete en Instagram, lo sé porque comienza a hacer *scroll* y su dedo se desliza rápido sobre la pantalla.

—No creo que sea buena idea, no sería bueno para usted si se encuentra… algo —apunto.

Levanta la vista del teléfono, me mira y pone los ojos en blanco.

Pearl se acerca a ella, despacio, evaluando y Sky la mira como si la perra fuera a leerle los pensamientos y contarlos en voz alta.

—¿Vas a decirle que me ataque? —me pregunta entonces, jocosa.

—Aunque no lo crea, señorita Harper, ella tiene más escrúpulos que yo —respondo.

—Jack, cariño, ¿quieres pan de plátano? Lo he hecho antes. Así vamos abriendo boca —dice Terry desde la cocina.

—No, gracias —respondo.

—¿Eres de los que no comen carbohidratos? —pregunta ella, ofendida—. Porque aquí eso está prohibido. En esta casa se come. Punto.

Sky suelta un bufido.

—Déjalo, tía —dice—. Está trabajando, no participando en la fiesta de bienvenida.

Esa última frase la dice con un retintín que podría sacarme de quicio si se esfuerza un poquito más.

—¿Fiesta? —pregunto, levantando una ceja.

—Nadie dijo que no fuera a haber una —dice Terry, como si fuera la información más obvia del mundo, apareciendo en el salón al tiempo que se seca las manos en un trapo de cocina—. Sky ha vuelto. Eso merece celebración.

Sky hunde la cara entre las manos.

—Solo era una frase, no me hagas esto —murmura.

—¿El qué? ¿Querer verte feliz? —contesta Terry, teatral.

Sky abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir.

Parece un pez confundido.

—Voy a revisar de nuevo los alrededores —intervengo, porque la situación empieza a parecer una telenovela en la que me han metido sin mi consentimiento.

—Perfecto —dice Terry.

Sky me mira cuando paso por su lado y, aunque no dice nada, el mensaje es algo tipo esto y bastante claro: *No quiero que estés aquí.*

Lo entiendo, de verdad que lo entiendo, pero aquí problemas tenemos todos.

Paso un rato revisando el exterior de la cabaña, notando los copos de nieve finos y fríos caer sobre mí, y cuando el helor comienza a apretar, entro de nuevo en la cabaña.

Es entonces cuando me percato de los estantes llenos de fotografías que hay en el mueble de la entrada.

Fotos de Sky.

De pequeña, de adolescente, con su tía, con cinco dientes menos y un gorro ridículo en una foto navideña.

Con una sonrisa real, no la que usa ahora, no la impostada.

—¿Está todo bien por allí? —pregunta Terry a mi espalda.

—Sí. Solo falta reforzar una puerta trasera. Por seguridad.

—Perfecto. Dime qué necesitas y yo se lo pido a Bill, mi vecino. Bill arregla cosas, ¿sabes? Y también cotillea, pero bueno, nadie es perfecto.

Sky resopla desde el sofá.

—Tía, ¿podemos no involucrar a Bill? No necesito que medio Snowpine Ridge sepa que he llegado.

Terry se gira con una calma aterradora.

—Cielo, medio Snowpine Ridge ya lo sabe.

Sky se hunde más en el sofá y yo intento no sonreír, pero fracaso.

Terry da unas palmadas.

—Bueno, vamos a cenar. ¡Eso va a estar de rechupete!

En mi ausencia, Terry ha puesto la mesa para tres. Cuatro, si cuento a *Pearl*, que ya ha tomado asiento mental bajo la silla de Sky.

Falsa, pienso.

El olor a estofado me golpea primero: carne tierna, caldo espeso, romero, zanahoria y un punto de humo de chimenea que lo vuelve perfecto.

También hay pan de maíz recién salido del horno, aún crujiente y, cubierto con un paño, el pan de plátano que Terry ha mencionado unas cuantas veces.

—¡A la mesa! —grita, aunque estamos literalmente a un metro—. Que se enfría y la comida caliente es medicina para el alma.

Sky se deja caer en la silla como si el día la hubiera agotado físicamente.

Mi perra, desde ahora llamada: La Traidora, pone la cabeza sobre su rodilla y Sky no lo aparta.

Primera señal de debilidad adorable que puede joderme mucho.

Yo me siento enfrente y Terry se coloca en el extremo de la mesa para servir los platos con contundencia. De hecho, a mí me pone el doble sin consultarme.

—Necesitas comer, Jack, Sky no es fácil de llevar —dice llevándose una mirada reprobatoria de la susodicha—. ¿Qué? ¿Acaso no tengo razón? Tienes cara de no haber tocado un estofado casero desde 2012.

No sé qué contestar a eso, así que asiento.

Sky hunde la cuchara en su plato, prueba la comida y juro que la veo derretirse un centímetro.

—Joder… —murmura.

Terry aplaude y yo imito a Sky.

—¡Eso es! ¡Que se note que vuelves a casa!

Sky intenta disimular el efecto emocional con sarcasmo.

—Solo me gusta la comida, tía. No me pongas banda sonora triste.

—No puedo evitarlo —dice Terry—. Te miro y me salen violines.

Sigo comiendo.

El estofado está increíble, realmente increíble; tanto, que haría llorar a militares entrenados.

—Está muy bueno, Terry —digo.

Ella se lleva la mano al pecho.

—Ay, gracias, mi amor. ¿Tú ves, Sky? ¡Él sí aprecia mi talento!

—Sí, bueno, porque no ha vivido aquí contigo —responde Sky—. No ha contado cuántas veces dices "¿estás comiendo lo suficiente?".

Terry me mira, seria.

—Jack, cariño, ¿estás comiendo lo suficiente?

Sky se inclina hacia atrás en la silla.

—¿Ves? ¡Ahí lo tienes!

No puedo evitar que se me escape una sonrisa pequeña y casi inexistente, pero Sky lo nota y me fulmina con la mirada.

—No te rías —dice—. Este es el principio de tu fin. En dos días te estará metiendo tuppers en los bolsillos.

—¡¡IDEA MARAVILLOSA!! —grita Terry—. ¡Jack, cielo, mañana te preparo estofado para llevar! *Pearl*, mi amor —dice Terry inclinándose hacia la perra—. ¿Tú quieres probar un trocito pequeñito?

La perra mueve la cola de forma estratégica y Sky la mira horrorizada.

—Ni se te ocurra convertir a la perra en tu cómplice gastronómica.

—No pasa nada por un poco —apunto yo—, de hecho, mañana me gustaría ir a alguna carnicería local o algo así, ella come carne y huesos.

Pearl ladra como si firmara el pacto y Sky suspira.

—Perfecto. Uno más en mi contra.

—No estoy en su contra, señorita, se lo he dicho antes en la camioneta —le digo.

Ella baja la mirada hacia su plato y bebe un sorbo de agua.

—Hoy no puedes estar a mi favor tampoco —susurra—. Estoy insoportable.

¿Ha mentido? Lo cierto es que no, pero de algún modo me incomoda que se hable así a sí misma, que se trate con tan poco cariño, sobre todo cuando no se encuentra bien.

Terry suelta un bufido.

—No diga eso, señorita.

—Estás cansada, que no es lo mismo. Y estás en casa, que sí lo es —dice Terry.

Sky aprieta los labios.

No quiere emocionarse, pero lo está haciendo igual.

Termino mi plato y Terry se levanta y sirve el pan de plátano, caliente, humeante.

—De postreeeee… —canta—. ¡Mi famoso pan de plátano que cura traumas, separaciones y resfriados!

Sky rueda los ojos, pero sonríe: algo pequeño y rápido.

Pero logro verlo y pienso algo estúpido: *es guapa.*

Quizá este lugar, con sus rulos, su estofado, su pan de plátano y su exceso de sentimientos sea justo lo que ella necesita.

O tal vez sea yo quien necesita esto más de lo que creía.

—Pues ya que hemos terminado… ¿alguien quiere chocolate caliente?

—Yo no —responde Sky.

—No, gracias, está bien así —respondo yo.

Terry sonríe.

—Pues hago dos.

Terry desaparece y Sky y yo suspiramos al mismo tiempo.

Pero no es hasta dos minutos más tarde, cuando Sky rompe el silencio:

—No quiero estar aquí, Jack.

—Lo sé —respondo.

—Y no quiero que me sigas a todas partes.

—Lo sé.

—Y no quiero hablar.

—Lo sé.

Ella me mira, confundida y furiosa en la misma proporción.

—Entonces… ¿qué quieres tú?

La respuesta es fácil y difícil a la vez.

—Que esté bien, señorita Harper —respondo, porque ¿qué otra cosa puedo contestar?

Sky aparta la mirada y el músculo de su mandíbula tiembla un poco.

Pearl se acerca a ella, despacio, se sienta a su lado y apoya la cabeza en su pierna.

Sky la mira como si no supiera qué hacer con ese gesto.

—Traidora —murmuro sin querer admitir que le gusta.

Mi perra suspira, le ha visto el corazón, porque ella siempre ve el corazón de la gente antes que yo.

Eso hace sonreír a Sky, aunque de manera triste.

—Creo que le gusto —dice.

—Claro que le gusta, señorita Harper —le digo en un murmullo; algo extraño me atora la garganta.

—Aunque esté rota —dice ella acariciándole la cabeza.

—No está rota, señorita, solo necesita descansar, un buen caldo y amor del bueno —me atrevo a decir—. Precisamente por eso le gusta.

Y en este instante lo sé: este trabajo va a ser muchísimo más difícil de lo que imaginaba.

Y, por razones que aún no quiero admitir, también mucho más importante.

9
Sky

12 de diciembre de 2025

Despertar en la cabaña de mi tía Terry es como despertar dentro de una taza de chocolate caliente… si esa taza gritara buenos días a las siete de la mañana con rulos puestos.

De verdad, tiene obsesión con los rulos esta mujer.

Abro los ojos.

El techo de madera, las mantas gruesas y el olor a desayuno rico y a la colonia floral que Terry usa desde que tengo memoria.

Estoy en Snowpine Ridge.

No ha sido un sueño, todo lo que ha pasado es real.

Suspirito mental.

Me levanto con esa pereza emocional que arrastro desde hace meses, voy al baño, me miro al espejo y… tengo la misma pinta que un calcetín arrugado.

Fantástico.

Me pongo un chándal, me hago una coleta desordenada y bajo las escaleras con la esperanza de que Terry no esté despierta.

Spoiler: está despiertísima.

Claro, es que esa fantasía era absurda, ¿quién prepararía las tostadas, sino?

¿Jack Hale?

JA.

No.

—¡Sky, cariño! —exclama en cuanto me oye bajar—. Te he hecho tortitas. Y huevos. Y tostadas. Y fruta. Y un café tan fuerte que podría resucitar a un muerto.

—¿Por qué…? —pregunto, todavía medio dormida.

—Porque necesitas comida. Y amor. Y vitaminas. ¡Y que alguien te peine, por Dios!

Me pasa la mano por el pelo como si yo fuera un gato callejero.

La quiero mucho, en serio, pero a veces deseo teletransportarme.

Me siento en la mesa, cojo una tostada, respiro e intento aparentar que estoy integrada en esta realidad.

Es entonces cuando escucho pasos firmes y la respiración familiar de un animal grande.

Jack entra en la cocina, pero *Pearl* lo adelanta corriendo hacia mí para saludarme.

Lleva una camiseta negra y un pantalón que parece diseñado para trepar montañas o pelearse con osos, no para desayunar.

Y todavía así, está perfecto.

Qué rabia.

—¡Oh! Mira Sky, tu niñero ya ha vuelto de pasear a la perrita.

Jack y yo nos miramos, pero ninguno de los dos dice nada hasta que…

—Buenos días, señorita.

Le contesto con un movimiento de cabeza, pero no le digo hola, no estamos en esa fase, lo de anoche, esa conversación que fue un intento de sonar profunda, no fue más que un momento de debilidad.

Ya está.

—¿Cómo has dormido? —pregunta Terry, dándole a Jack una taza de café SIN preguntarle si quiere. Terry funciona por imposición cariñosa.

—Bien, gracias —responde él, imperturbable.

Por supuesto que ha dormido bien.

El hombre podría dormir encima de un volcán en erupción, que se la traería al pairo, se despertaría fresco como una lechuga.

Está hecho de piedra te lo digo yo.

Una piedra que está buena, me susurra un pensamiento intrusivo.

Es que de esos tengo muchos, ¿sabes?

Me pasa la mirada por encima un segundo, evaluándome.

—¿Lista para el día? —pregunta.

—No —respondo sin pestañear.

Se queda mirándome como si la honestidad le hubiera pillado por sorpresa.

—Perfecto —dice él—. Empezamos bien.

—No era un cumplido.

—No lo esperaba, señorita Harper.

Terry da una palmada y casi derramo el café del susto.

Ay, ¡señor! Que un día me va a dar algo.

¿Qué diantres le pasa a mi tía?

—¡Ay, vosotros dos! Parecéis dos muebles a los que hay que lijar para que encajen. En fin. Jack, cielo, hoy tenéis mucho que hacer.

Yo levanto una ceja.

—¿Perdón? ¿Tenemos?

—Claro —dice Terry, orgullosa—. Hay que comprar víveres para *Pearl,* ropa de abrigo para ti, Sky, arreglar la puerta trasera y pasar por la panadería porque quiero que probéis los bollos de arándanos de Maggie. Son tan buenos que casi me dejan viuda.

—Tu marido murió por un empacho, Terry —respondo—. ¿Y qué le pasa a mi ropa?

—¡¿Lo ves?! —grita ella, emocionada—. ¡BUENÍSIMOS! En cuanto a tu ropa… ¿piensas morirte de frío, pajarillo?

Jack, que parece estar procesando la logística del día como si fuera una misión militar, me mira.

—Empezamos por la puerta trasera —dice—. Luego a por la ropa. Luego el resto.

—¿Y si no quiero ir? —pregunto, cruzándome de brazos.

—Entonces la acompaño igual.

—¿Me vacilas?

—No es opcional.

Terry se mete una media tostada en la boca de golpe, es que siempre ha tenido la boca muy grande. Luego sonríe como si estuviera viendo su serie favorita.

Yo lo miro fijamente y Jack me sostiene la mirada sin esfuerzo.

—De verdad, voy a hacerte la vida imposible —le digo.

—Ya lo sé.

—No estás preparado.

—Lo estoy.

—No te imaginas cuánto.

—Imaginármelo es parte del trabajo.

Me dan ganas de tirarle mi tostada a la cara. ¿O mejor los huevos?

Pero Terry me frena.

—Sky, cariño —dice—, recuerda que Jack es tu ayuda, no tu enemigo.

—Todavía —respondo.

Jack suelta una exhalación que podría interpretarse como un suspiro o como "esta chica va a matarme".

Pearl apoya la cabeza en mi pierna.

Traidora nivel Dios, según Jack, pero siento una grieta pequeña en mi armadura.

La perra, no él, a él lo quiero a kilómetros de mí.

Lo que decía… una grieta microscópica.

La sensación de que quizá… solo quizá… no estoy tan sola.

Terry se queda junto a Bill arreglando la puerta trasera de la cabaña, por lo que nos pide a Jack y a mí que nos adelantemos y ya nos alcanzará.

Me levanto, cojo mi abrigo y miro a Jack.

—Vale. Vamos.

—Perfecto —dice él.

Pero yo sé, por cómo se tensa su mandíbula, que no piensa que sea tan perfecto.

Y yo tampoco.

10
Jack

Salir de casa con Sky Harper es como escoltar a un cactus con patas: parece que no pincha, pero si te descuidas, te llevas tres espinas clavadas en el alma.

Pearl va delante, olfateando el aire frío de la mañana con el entusiasmo profesional que la caracteriza.

Sky camina por el lado contrario al mío, como si la calle fuera demasiado estrecha para nuestros egos.

No digo nada y ella tampoco; supongo que es un acuerdo tácito basado en evitar un asesinato.

Yo qué sé.

—Voy por aquí —dice Sky de repente.

—Perfecto —respondo, sin cambiar el paso.

—¿No vas a preguntarme por qué?

—No.

—¿No te interesa?

—Tampoco.

Ella resopla.

Está molesta porque no he querido discutir, porque no la desafío y porque… está molesta de serie.

La calle principal del pueblo, Main Street, aparece al doblar la esquina: casas de madera, farolas antiguas, carteles pintados a mano y tiendas acogedoras de alimentos.

Huele a pan recién hecho y leña.

Demasiado tranquila para ser la calle principal, a decir verdad, pero también demasiado expuesta.

Los vecinos empiezan a asomarse y todos saludan con la mano.

Primero a *Pearl*, como si fuera el único can del pueblo, luego a mí, porque obviamente no me conocen, y por último y con una mirada de "¿es ella o estoy soñando?"a Sky.

Ella agacha la cabeza detrás de las gafas de sol, que no necesita para el sol, sino para ocultarse del mundo.

Y de ella misma, me atrevería a decir.

—¿Van a…? —empieza, en voz baja.

—Mirarla —termino por ella—. Sí. Un par de días, luego se acostumbrarán.

—¿Y si no?

—Entonces se acostumbrarán más despacio.

Sky frunce el ceño.

No sé si por mi respuesta o porque un señor mayor acaba de saludarla con un entusiasmo capaz de reventar cristales.

—¡Sky! ¡La pequeña Sky Harper! —grita el hombre desde el interior de su comercio: una tienda de ultramarinos.

Ella se gira con una sonrisa rígida.

—Hola, señor Clemon.

—¡Has vuelto! ¡Tu tía me dijo que estabas en esas cosas de música! ¡Qué orgullo!

—Gracias —dice ella, tensa.

Pearl, que detecta su incomodidad al instante, se coloca entre ambos, como si fuera un asistente personal..

El hombre suelta un suspiro.

—¡Bueno! ¡A ver si cantas algo en el festival de Nochebuena!

Sky me mira y leo en sus ojos pánico puro.

Lo disimula con sarcasmo, claro, pero está ahí.

—Dile que no voy a cantar —me ordena, como si yo fuera su portavoz oficial.

—Usted misma puede hacerlo, señorita—respondo.

—¡No! ¡Tú!

—No soy su secretario.

—Pues deberías serlo —dice, cruzándose de brazos—. No sirves solo para vigilar ventanas.

Detengo el paso y ella se ve obligada a hacer lo mismo.

—Mi trabajo es protegerla —digo, tranquilo—. No gestionar sus relaciones públicas.

—Pues sería útil.

—No soy útil para eso.

—Podrías intentarlo.

—No quiero intentarlo.

Sky se queda unos segundos mirándome como si necesitara procesar que al igual soy el único ser humano que no está dispuesto a hacer lo que ella pide.

Luego, simplemente, continúa caminando.

Llegamos a la tienda de carne, en la que también venden huevos y pasta para cocinar.

Pequeña, acogedora, riesgo bajo, pero no inexistente.

—Entramos, compramos, salimos —le digo.

—¿Siempre eres tan divertido? —pregunta.

—Solo por las mañanas.

Eso la desconcierta un segundo, creo que no esperaba que respondiera con algo que no fuera militar puro.

Nosotros entramos y *Pearl* se queda en la puerta, tumbada y obediente.

Sky avanza hacia el interior y yo me quedo mirando el mostrador, pensando en qué puedo comprar para la perra.

Me olvido por un segundo de Sky.

Muslos de pollo, huesos, hígado y corazones…

Saludo a la señora que está despachando tras el mostrador con una sonrisa y luego le pido mi lista.

Es entonces cuando observo de nuevo a Sky: está parada frente al estante de los huevos, los dedos temblándole apenas.

Solo un poco, pero lo suficiente para que yo lo note.

Me acerco despacio, sin invadir, suficiente para estar ahí.

—¿Qué pasa? —pregunto, sin tono.

—Nada.

—No parece "nada".

Ella aprieta la mandíbula.

—No sé si estoy realmente preparada para mezclarme con la gente…—dice al fin, con un hilo de voz—. ¿Y si han visto mi vídeo? Seguro que lo han visto y… ahora estoy aquí, sola… cuando debería estar de gira y… siento que corro delante de un león continuamente.

Se lleva una mano a la boca, ahora sí tiemblan sus dedos como gelatina.

Me quedo quieto.

No la toco, no la consuelo, no digo "lo siento", porque sé que odia que la traten como si fuera frágil, me lo dijo Marc.

Lo que sí que hago es:

—Fuera está *Pearl*, yo salgo enseguida.

Ella arquea las cejas, sorprendida, pero creo que ha captado lo que quiero decirle.

—Cojo la carne y salgo —le repito.

Ella asiente con la cabeza y, para mi sorpresa, obedece.

—¿Puede darse prisa, por favor? —le digo a la mujer.

—¿Esa no era la pequeña Sky Harper? —me pregunta.

—¿Sky Harper? ¿La cantante? ¡Nah! No lo creo —finjo una sonrisa—. ¿Ya lo tiene?

Miro la bolsa y la mujer se da cuenta de que no pienso darle la exclusiva que quiere.

—Ya está listo.

—De acuerdo —digo tendiéndole algunos billetes—. Quédese con el cambio, he de marcharme.

Cuando salgo al exterior, mi corazón da un vuelco al no ver a Sky ni a la perra, pero vuelve a la normalidad al encontrarlas sentadas en la acera de enfrente.

Sky la acaricia y ella se deja hacer.

—Ya estoy aquí. ¿Se encuentra mejor?

—Sí, gracias. ¿Podemos ir a casa? —me pide.

—Claro.

—Pero… ¿y el abrigo y las galletas de Maggie?

—Que lo haga Terry, usted ha venido aquí a descansar, ¿no?

—Sí, pero…

—Pues vámonos.

Ella asiente con la cabeza y se levanta torpemente de la acera.

—Camine, señorita Harper, la calle se está llenando de curiosos y no queremos eso.

—¿Sky Harper? ¿Eres tú? —pregunta una vecina.

—¡Sky! ¡Es Sky! ¡Sky! ¡Madre mía! —exclama otra.

—Sky, espera, fírmame la camiseta para mi hija.

—Lo siento, no… —intenta decir ella, pero la gente se está acercando demasiado.

Me toca actuar, y me toca hacerlo YA.

—Sky, ¿ya te encuentras bien? ¡Vimos tu caída en el escenario!

—Coja el pollo —le pido.

—¿Que coja el pollo? —repite ella como una autómata.

—Coja el maldito pollo, señorita Harper —le digo más serio.

Entiendo que no le apetezca coger las vísceras, las patas y todas esas cosas de animales muertos que *Pearl* come, pero es lo que hay si lo que quiero es que la próxima fiambre no sea ella por un ataque al corazón.

Entonces la cojo de la mano que le queda libre y me abro paso con ayuda de *Pearl,* que ladra a diestro y siniestro.

Una corriente eléctrica impacta en mis dedos y abrasa mis venas hasta llegar a mi cuello.

Es la primera vez que tengo contacto físico con Sky Harper y sus pequeños dedos aprietan con fuerza los míos, como si fuera un flotador para ella en medio de un mar rabioso.

¿Qué diantres es esto que siento?

—La señorita debe volver a casa, no la molesten, por favor —pido de forma educada, pero al tiempo soy diligente y eficaz en librarnos de los cotillas vecinos.

Pearl ladra y eso ayuda mucho.

Cuando nos alejamos de la calle principal y llegamos a una zona más tranquila, Sky puede respirar.

No obstante, no deja de apretar mi mano.

Y me pregunto por qué, aunque de forma muy fugaz, no quiero que lo haga.

—Gracias —dice.

—No hay de qué. ¿Se encuentra bien?

—Creo que sí —dice confundida.

—¿Sigue queriendo ir a casa? —le pregunto.

Ella suspira y desvía su vista hacia la derecha.

—Igual algo dulce no nos vendrá mal —dice—. ¿Quizá una botella de agua entera? Todavía me va el corazón a mil y siento la boca seca.

Giro la cabeza hacia la dirección en la que está mirando y encuentro el cartel de la panadería de Maggie.

—De acuerdo, entremos.

11
Sky

El timbre de la puerta suena antes de que pueda mentalizarme, porque Jack lo pulsa.

El sonido y el olor al entrar es imposible no reconocerlo.

La panadería de Maggie huele a infancia, a hogar, a mantequilla caliente, frutas dulces y masa fermentada con paciencia y amor, como si la tristeza tuviera prohibida la entrada.

El cartel pintado a mano sigue colgado sobre el mostrador:

"Snowpine Bakery — Pan hecho con cariño".

El local está igual que siempre.

No, en realidad no.

No está igual, está más bonito todavía.

Más luces, más adornos, más espíritu navideño.

Maggie ha decidido decorar como si la panadería fuera la sede oficial del Polo Norte.

Es brutal.

Hay un árbol chiquitito junto al ventanal con luces blancas y cintas doradas, ramas de abeto aquí y allá, guirnaldas hechas con cintas rojas y mini campanas que tintinean cuando pasa alguien.

Una hilera de calcetines navideños, bordados con los nombres de los vecinos más ancianos del pueblo, como si Maggie los adoptara simbólicamente cada diciembre.

Y en una esquina hay una casita hecha de galleta gigante que parece sacada del cuento de Hansel y Gretel.

Pero lo más bonito de todo… es Maggie.

Maggie Patterson es la mejor panadera de Montana y la segunda mejor cantante de villancicos, según Terry (la primera, obviamente, es ella).

Sonrío cuando miro su pelo rojo natural y pienso que parece que el otoño ha quedado atrapado entre sus rizos rebeldes.

Viene hacía mí y me estrecha entre sus brazos.

Huele a aceite de coco y sus ojos azules, brillantes, de esos que siempre están al borde de la risa o del llanto, nunca en gris, se posan en los míos.

—Mi pequeña Sky… estás tan guapa —me dice pasando las palmas de sus manos arriba y abajo por mi espalda, llenándome de un confort que no sabía que necesitaba tanto.

—Tú sí que estás guapa, Maggie —le digo sonriendo.

Su piel tiene pequeñas pecas repartidas por la nariz, como si alguien las hubiera salpicado a propósito y lleva el mismo delantal de siempre, de color verde menta lleno de harina, porque es físicamente incapaz de cocinar sin desatar catástrofes de polvo blanco.

Maggie y Terry han sido mejores amigas desde siempre.

No "buenas amigas": las mejores.

Y cuando digo las mejores, no exagero: revistas de recetas compartidas, secretos de juventud, lágrimas por pérdidas y risas por chistes malos.

Cuando mis padres murieron, Maggie no se limitó a "estar".

Junto a Terry y mi tío, me recogió, me alimentó, me escuchó sin preguntar y me abrazó cuando no quería abrazos.

Y por eso ahora, cuando se aparta para mirarme a los ojos otra vez, siento que estoy a salvo.

—Estás preciosa, nena, lo digo de verdad —me dice.

—Lo que estoy es hecha polvo… lo del concierto…

Ella chasquea la lengua.

—Estás viva, y eso vale más.

Me sonríe y yo asiento con la cabeza.

—Estaba deseando verte, cuando Terry me ha dicho que llegaste ayer y que pasarías a por los bollitos de arándanos, ni siquiera podía creerme que estuvieras de nuevo en el pueblo.

Me encojo de hombros y doy un par de pasos hacia el mostrador.

Siento cómo se me hace la boca agua por ver todos los dulces deliciosos que Maggie prepara.

—Marc dice que necesito descansar un tiempo —digo sin despegar los ojos del mostrador.

Los bollos de arándanos son su obra maestra: redonditos, suaves, rellenos de crema pastelera ligera y arándanos gordos que explotan dulzor y acidez. Maggie los barniza con azúcar glas justo antes de servirlos.

Luego están las rosquillas de azúcar moreno, esponjosas por dentro y ligeramente crujientes por fuera.

Las galletas de chocolate son receta secreta, con dos tipos de chocolate derretido en el centro. Maggie las llama "cura de urgencia" y las reparte como medicina cuando alguien del pueblo tiene un mal día.

Quizá debería llevarme una bolsa.

O dos.

Hay rollos de canela gigantes, pegajosos y con glaseado casero que chorrea justo cuando les hincas el diente. Son la razón por la que varios vecinos van al gimnasio. Ella lo sabe y se ríe porque le hace gracia.

Las tartas son otra movida.

La mejor es la tarta de queso con arándanos frescos, de textura cremosa, con una base de galleta casera tan perfecta que debería tener copyright.

También tiene tarta de manzana con capa crocante y aroma a canela que te abraza desde tres metros antes de entrar.

Y luego está la vitrina de panes, que es otro mundo: pan de maíz dulce, dorado y oloroso a miel, pan de frutos secos, hogazas gigantes de pan rústico que crujen como hojas secas al partirlas, pan de masa madre que Maggie alimenta como si fuera su hijo y luego está el pan de plátano, especialidad absoluta: húmedo, aromático, con pequeñas chispas de chocolate escondidas como tesoros.

Fue ella quien le pasó la receta a mi tía Terry.

Te puedo asegurar que ese pan ha curado corazones, broncas familiares y dos divorcios (no es exageración; el pueblo lo confirma).

Y por último, debajo del ventanal, en la sección "Navidad oficial", hay cosas que Maggie solo prepara en estas fechas: galletas de jengibre decoradas a mano, brownies de menta, pastelitos con

forma de árboles, mini troncos navideños con crema suave y bombones caseros de chocolate blanco.

—Ese Marc tiene más razón que un Santo —dice sacándome de mis cavilaciones.

—Supongo que sí.

Vuelvo al mostrador principal, donde siempre está la caja mágica: una bandeja de dulces sorpresa que Maggie actualiza cada día y nunca anuncia. Es como una ruleta rusa, pero de azúcar y felicidad.

—Supongo que sí.

Pearl está fuera y Jack se mantiene atrás, como si no quisiera ocupar espacio en un sitio que huele a corazón, pero Maggie lo detecta con radar nivel FBI.

—Y este cachas de aquí, ¿quién es?

—Ostras —digo muerta de la vergüenza—, no os he presentado, lo siento. Es Jack Hale, mi… guardaespaldas, vigilante, como lo quieras llamar… Marc no está bien de la cabeza y ha sido idea suya. Pero lo cierto es que acaba de evitar que colapse en plena calle —trago saliva—, así que supongo que debo agradecerle que me pise los talones.

—Vaya, así que Jack Hale, ¿eh?

Jack inclina la cabeza con seriedad profesional.

Maggie lo estudia.

—Tiene buen corazón —dictamina—. ¿Es mudo?

Eso me hace sonreír y niego con la cabeza.

—No es mudo —afirmo—. ¿A que no, Jack Hale?

—No, señorita Harper, gracias por su apreciación —dice y Maggie se troncha de la risa.

—Desde luego… —chasquea la lengua contra el paladar y rueda los ojos hacia arriba—. Bueno, te llevas los bollitos de arándanos, ¿no? ¿Quieres algo más?

—Eh… —pienso, indecisa— me llevo también galletas de chocolate y un rollito de canela. ¿Jack?

—Yo no quiero nada, señorita. Pero se lo agradezco.

—De acuerdo.

Maggie nos prepara una bolsa con lo que he pedido y me guiña el ojo cuando no me cobra por ello.

Nos despedimos de ella, no sin antes pedirle que no le diga a nada a mi tía Terry de lo del casi colapso en la calle, y salimos de la tienda.

Cuando estamos en el exterior, Jack me dice:

—Creo que es la primera vez que la he visto sonreír sin esforzarse. Ayer no llegó de buen humor a casa.

Saco una galleta de chocolate de la bolsita y le doy un bocado.

—Quiero mucho a Maggie —contesto.

—Está bonita cuando se relaja, ¿sabe? Y es más amable.

—Vaya, ¿eso es un halago?

—Supongo que sí. Y no está sola.

Lo miro confundida.

—Tengo que protegerla —continua—. Eso es todo. No tiene por qué hablarme si no quiere. Pero no está sola, es importante que lo sepa.

El trozo de galleta que estoy masticando se me hace más difícil de tragar.

—No deberías decirme esas cosas, Jack Hale.

—¿Por qué?

—Porque tengo que odiarte y así es más difícil.

12
Jack

El resto del día pasa más lento de lo normal, como si el pueblo entero hubiera decidido que el tiempo debe caminar descalzo sobre nieve.

No sé si es el clima, el silencio… o esa conversación al salir de la panadería de Maggie que ha tenido el valor de abrirme dentro algo que yo juré que cerraría para siempre: mi corazón.

Sky está agotada, pero también está viva, más viva aquí que en cualquier videoclip, entrevista o concierto con fans gritando su nombre.

Terry la tiene sentada delante de la mesa del salón haciendo manualidades navideñas absurdas pero desesperadamente tiernas desde que hemos comido hace un par de horas.

Pingüinos hechos con rollos de papel higiénico, bufandas de hilo rojo y sombreritos de fieltro.

Al principio Sky protesta, gruñe y asegura que prefiere enfrentarse a una entrevista con cuatro periodistas de la prensa amarilla antes que aprender a pegar ojos de plástico.

—¿Es que no te acuerdas que cuando eras pequeña te encantaba hacer manualidades? ¡Madre mía, frita me tenías, frita! Anda, venga, que esto es lo que ha faltado por hacer en el taller de decoración y me he ofrecido a terminarlo hoy. Si no, va a ser imposible arreglar el problema del piano de la iglesia.

Esa última frase la hace despertar y mostrarse interesada.

Es como si las palabras de Terry hubieran apretado un botón imaginario en su cabeza.

—¿Se ha roto el piano?

—Sí, pajarillo, por eso este año vamos a recaudar fondos con los adornos que hagamos juntos en el taller para comprar uno nuevo.

—Oh —dice ella y forma un círculo perfecto con sus carnosos labios.

Basta, Jack, pienso, apartando la vista de su cara.

Así que con la excusa del piano, sigue junto a Terry, con el rostro sin contraer un rato más tarde, pegando ojos, pintando narices y escuchando a Terry hablar como si el mundo fuera fácil.

Sky no huye y ese detalle me sorprende, porque podría levantarse y refugiarse en su habitación, hacerse invisible, esconderse dentro de sí…pero no lo hace.

¿La magia del pueblo ya ha comenzado a hacer su efecto?

Alucinante.

Vuelvo a observarla, pero no de forma profesional, sino de forma humana.

Error.

Lo sé.

Estoy sentado en uno de los sofás, al otro lado de la sala, con la cabeza de *Pearl* apoyada en mi pierna como si supiera que estoy pensando demasiado y necesitara un ancla.

Pues tiene toda la razón del mundo.

Veintisiete veces Sky intenta hacer el pingüino perfecto y veintisiete veces Terry le dice que no necesita ser perfecta.

La palabra perfecta la corta por dentro y me pregunto cómo puede alguien ser tan fuerte en un escenario con miles de personas y tan frágil frente a un rollito de cartón con ojos locos.

Supongo que la fama ha hecho mella en ella con eso de mostrarse inquebrantable y productiva todo el tiempo.

Con miedo a fallar, porque de hacerlo… se haría viral de la misma forma que ha sucedido cuando le dio el ataque en el escenario.

A la hora de la cena, tras haber terminado los dichosos pingüinos, Terry saca del horno un estofado tan aromático que parece ilegal: carne de pollo tierna, zanahoria dulce, patatas perfectas y un caldo espeso que huele a gloria y paciencia. Lo sirve con pan de maíz recién cortado, dorado por fuera y suave por dentro, y Sky lo devora con esa mezcla de culpa y alivio que parece acompañarla constantemente.

Está más suelta y se ríe varias veces de las ocurrencias de Terry.

Yo como en silencio, observando cómo Terry vigila a Sky como quien cuida una planta herida, y cómo Sky, sin darse cuenta, se relaja un poco al calor del hogar, mordiendo trocitos de pan y limpiándose los labios con el dorso de la mano, como lo hacía cuando era niña.

Ese último dato lo sé porque Terry se lo recrimina un par de veces.

Es como si el pueblo le hubiera devuelto a la niña interior que la fama le ha hecho perder.

Después de cenar, Sky sube a su habitación con una taza de té y yo me quedo abajo, sentado frente al fuego tras ayudar a Terry a quitar la mesa y recoger la cocina.

La madera crepita y *Pearl* duerme tranquila, como si supiera que por hoy el mundo está en calma.

Y entonces vuelvo una y otra vez a la conversación que tuvimos antes: *No está sola. Es importante que lo sepa.*

No debería haberlo dicho, a lo mejor, pero lo dije.

Porque es verdad; la verdad es que cuando ella tiembla, quiero estabilizarla, quiero sostenerla.

Y no sé la razón.

Y cuando sonríe, quiero que sea porque se siente libre… no porque está actuando.

Ese apretón de manos… todavía siento el tacto de su piel en la mía.

Me observo la palma, pero a la vista no encuentro nada, tan solo puedo sentir la sensación por dentro.

Quizá me esté volviendo un poco loco.

Y eso me asusta, porque se supone que yo no tengo opinión emocional, que no debo ver más allá del papel: "proteger al activo asignado" que me ha colgado Marc por la cara.

Mi móvil recibe una llamada, sacándome de mis pensamientos, pero se corta en el segundo tono, así que decido salir al porche para coger cobertura.

—Quédate aquí, *Pearl,* hace frío. Terry, salgo fuera, tengo una llamada de Marc.

—Muy bien, cielito.

Pongo los ojos en blanco al tiempo que una leve sonrisa se me escapa de los labios.

Esta mujer es de lo que no hay, debo admitir que me ha acogido bastante mejor que su sobrina, todo sea dicho.

El móvil vibra una vez.

Marc.

Respondo.

—Hale, dime que sigue respirando —abre la conversación sin saludar.

—Respira —digo.

—¿Come?

—Come.

—¿Duerme?

—Lo intenta.

Esto lo sé porque las ojeras que se marcan en el rostro de Sky la delatan por mucho que diga que duerme bien.

Sigue con su armadura, me cago en la puta.

—¿Qué opinas tú? —pregunta, como si fuera una pregunta inocente.

Yo aprieto los labios.

—Yo estoy cumpliendo con lo que me pediste, no creo que…

Marc suelta un suspiro cargado.

—Cuéntame lo real, Jack. Lo emocional. No el informe militar.

Miro el horizonte: nieve, silencio, cabañas iluminadas.

—Está cansada —digo—. No solo físicamente. Es como… como si hubiera estado cargando con algo que pesa más de lo que puede reconocer. Está rota donde no se ve. Y no sabe cómo dejar de fingir que controla todo.

—Me preocupa —dice.

—A mí también —reconozco—. Ahora mismo también es mi responsabilidad.

Hay un ruido al otro lado de la línea, creo que Marc se sienta en una silla, quizá la de su despacho.

¿Tan tarde sigue en el despacho?

Bueno, tampoco me sorprende.

—Terry te está ayudando, ¿verdad? —pregunta.

—Terry la sostiene —contesto—. Maggie también. Es la panadera, conoce a Sky desde que era muy pequeña.

—¿Y tú?

—Yo no sostengo a nadie —miento—. Yo la protejo.

—Jack… —su tono cambia, se vuelve humano—. A veces proteger también es sostener.

—No es parte de mi trabajo —respondo, porque lo cierto es que estoy evitando por todos los medios vincularme demasiado.

En vano, por supuesto.

Marc ríe, pero la risa está rota.

—¿Y cuándo coño has hecho tú lo que dice tu trabajo? Siempre haces más.

Yo cierro los ojos.

—La última vez no hice suficiente.

—¿Te está creyendo? —pregunta, ignorando mi última frase.

Mejor, en realidad no me apetece abrir ese agujero negro que tengo dentro y que se ha infectado con el tiempo.

—Ella no confía en mí. Pero… tampoco me empuja lejos.

—¿Te habla?

—A veces. Pero no para todo. Es como si me odiara porque necesita odiarme para no necesitarme.

Marc se queda en silencio, pero luego suelta:

—No la fuerces. Tampoco te fuerces a ti, pero no dejes que se rompa sola, ¿vale?

Asiento aunque él no pueda verlo.

—Sabes que no lo haré, Marc.

Cuelga y me guardo el móvil en el bolsillo antes de entrar de nuevo a la cabaña.

No dejes que se rompa sola, me repito en mi cabeza, intentando convencerme de que proteger a Sky no me va a destruir a mí también.

La Navidad, este pueblo y esta chica han empezado su guerra.

Y no sé si ya la he perdido.

13
Sky

13 de diciembre de 2025

Duermo a saltos.

Otra vez.

Antes del colapso en el escenario ya me pasaba, pero desde aquel vídeo viral que dio la vuelta al planeta… mis noches son como un puzzle al que siempre le faltan piezas.

Me duermo.

Me despierto.

Me vuelvo a dormir.

La pastillita relajante pues tampoco me hace demasiado, la verdad.

Es natural y siento que es como si tomara azúcar.

Sueño con luces, ruido, gente señalando, cámaras acercándose como tiburones.

Estoy atrapada.

Siento flashes, veo dedos que me señalan y se ríen de mí…

No puedo respirar.

No puedo, no puedo, no…

Y entonces… No estoy soñando, maldita sea.

Grito.

Grito tan fuerte que me duele la garganta un instante después.

Es un grito feo, primitivo, el tipo de grito que no quieres que nadie te escuche nunca.

Porque da fe de lo destrozado que tienes el pecho, la cabeza, el corazón, el sistema nervioso.

Me incorporo bruscamente, buscando aire como si el oxígeno fuera una moneda y yo no tuviera suficiente.

Me ahogo, me ahogo en mi propia cama.

La puerta se abre.

Rápido, muy rápido.

—¡Sky!

Es Jack, por supuesto, y *Pearl*, que viene detrás, salta sobre la cama como si entendiera que la cosa es grave.

Yo sigo hiperventilando, es como si la habitación se achicara y mi cuerpo no encontrara sitio. Me agarro la cabeza con fuerza, como si eso pudiera contener el caos que siento por dentro, la angustia que me provoca esta sensación tan familiar, pues es la misma que sentí en pleno escenario.

Jack llega a mi lado sin invadir, sin forzar, y se sienta en el borde de la cama.

—Sky. Mírame —dice en voz baja, grave pero calmada.

No puedo, ni tampoco quiero.

Estoy asustada de que vea esto: mi parte rota, la que escondo hasta de mí misma.

Aunque total… ya la ha visto todo el mundo, ¿qué más da que la vea él y la viva conmigo en primera persona?

A veces hago y digo muchas tonterías.

Él lo intenta otra vez, pero me doy cuenta de que no me trata de usted, como ha estado haciendo desde que lo conocí y lo bauticé como mi prisión con patas.

En mi cabeza, claro, a él solo lo llamé niñero, secuestrador…

—Sky, estás aquí, en la cabaña de Terry, en tu casa. No hay cámaras. No hay gente. Solo estamos *Pearl,* tú y yo. Estás a salvo.

Pearl apoya su cuerpo contra mis piernas temblorosas y su calor se me mete en el cuerpo.

Lanza un gemido, pero no de alarma, sino de consuelo.

Abro y cierro las manos sin parar, es algo que no puedo evitar porque las siento dormidas.

En el escenario me pasó en los pies.

Dios mío, voy a morirme.

Voy a morirme y Terry va a enterrarme con un pompón en la cabeza.

Y Maggie me tirará rollitos de canela en vez de flores.

Y todos los del pueblo vendrán a oler mi desgracia.

—No siento las manos. ¿Dónde está Terry?

Las lágrimas empiezan a caer, y no las quiero, pero vienen igual, las muy traidoras.

No quiero llorar delante de Jack Hale, no quiero darle ni un ápice de material al niñero secuestrador que le haga pensar que realmente lo necesito.

Pero es que… ¿y si sí lo necesito?

Ayer evitó que pasase esto por el acercamiento de los vecinos del pueblo.

¿Y si Marc tiene razón?

Si Marc tiene razón es porque estoy siendo débil, no fuerte ni perfecta como el personaje que ha creado para mí debe ser.

—Ha salido temprano a comprar… sinceramente no lo sé, me lo dijo anoche. Todavía puedes dormir unas horas más —me explica con voz queda.

—No puedo respirar —suelto entre jadeos.

Jack no se mueve, pero su voz cambia, ahora casi es un murmullo.

—Sí puedes. Estás respirando, Sky. Solo lo estás haciendo rápido y eso hace que te sientas así. Vamos a bajarlo. Concéntrate conmigo.

Él levanta la mano despacio, tanto que siento que me dice sin palabras: "No voy a tocarte si no quieres".

Pero no aparto la vista esta vez.

Él apoya su mano en la parte superior de mi espalda, no la baja, no la presiona, solo la deja ahí, cálida, real, humana.

No empuja.

Solo está.

La necesito ahí, necesito su contacto, necesito que en este preciso instante… no me deje sola.

—Inhala conmigo —dice—. Uno… dos… tres…

Lo hago.

Casi me atraganto, pero lo hago.

—Ahora exhala —murmura—. Bien. Muy bien.

Otra respiración.

Y otra.

Jack siente cada temblor de mis músculos, pero no se aparta.

—No estás sola —dice sin heroísmo, sin dramatismo y sin intención de que quede bonito.

Y esas palabras, en este momento, duele y cura a la vez.

Maldito niñero, me está haciendo sentir bien.

Me apoyo un poco más hacia adelante, casi sin querer, como si mi cuerpo buscara gravedad estable.

Jack no me abraza, porque está respetando mi espacio, pero siento cómo sujeta la tormenta para que yo no me hunda.

Cuando puedo hablar otra vez, apenas susurro:

—Lo siento...

—No pidas perdón por ser humana, Sky—responde él.

Me miro las manos y todavía tiemblan.

—A veces me olvido de que soy humana —admito.

—Yo no —dice él, suave, y por fin lo veo sonreír.

Lo miro.

Él me mira.

Y hay algo en su mirada que no quiero entender porque me da miedo entenderlo, pero que me gusta.

Tiene una sonrisa que quita el hipo, maldita sea.

Pearl se reacomoda en mi regazo, casi empujándome hacia Jack con su propio cuerpo.

No nos movemos durante un minuto.

Ni dos.

Ni tres.

Solo respiramos.

Y por primera vez en muchísimo tiempo… no siento que me estoy ahogando.

Solo siento que estoy… viva.

Jack me trae un vaso de agua y cuando el pánico se disuelve y puedo respirar sin que el aire me raspe la garganta, Jack se levanta despacio, como si temiera romper algo que acaba de recomponerse.

—Voy a dejarte descansar —dice.

Asiento, tragando saliva.

Pearl sigue a mi lado, pegada a mi costado, como un peluche con licencia médica.

Jack le rasca la cabeza con una ternura que no esperaba de un hombre que parece hecho de acero y protocolos, pero no le pide salir de la habitación.

—Duerma un poco más, señorita Harper —susurra antes de salir, volviendo a las formalidades.

Cierra la puerta y yo me quedo tumbada, mirando al techo, sintiendo como el sudor frío se seca en mi piel.

Intento relajarme, seguir respirando como estoy haciendo y pensar en otra cosa para olvidarme de la pesadilla.

Y entonces… me acuerdo del pijama.

Dios.

EL PIJAMA.

No de su torso desnudo, no, no.

EL PIJAMA.

Me importa un bledo si tiene frío o no, durmiendo así.

EL PIJAMA.

No puedo creer que mi cerebro haya tenido un colapso nervioso y aun así haya detectado ese paquetazo navideño empaquetado en algodón gris.

Me tapo la cara.

—Mi mente está enferma —susurro, avergonzada.

Pearl resopla, como diciendo: "sí, humana, estás fatal".

—Tú has visto cosas, chica —le digo.

Intento justificarme mentalmente: *Ha sido un shock visual. Instinto biológico. Nada más.*

Sí, claro.

Porque mi corazón casi explotando de ansiedad necesitaba justo en ese momento ver el regalo de Santa Claus edición triangular.

Me muerdo el labio para no reír.

¿Será posible?

—Sky —me digo—. Vas a necesitar terapia. Y mucha.

Pearl menea la cola con la boca entreabierta, parece que sonríe.

—Para ti también, cariño —murmuro.

Luego cierro los ojos e intento dormir un rato más.

Pero todo lo que veo es a Jack Hale entrando en la habitación como si estuviera en un desfile de ropa interior navideña…

Y me asalta un pensamiento tan absurdo que casi me da la risa: *Si la ansiedad no me mata, este hombre lo hará.*

14
Sky

Me despierto otra vez, cerca de una hora más tarde, con el corazón acelerado como si hubiera corrido una maratón.

Cuando por fin acepto que ya no volveré a dormir, me giro y encuentro a *Pearl* tumbada absolutamente pegada a mí, como un peluche caliente con cara de guardiana.

Me mira, bosteza y mueve la cola con dignidad.

Y yo sonrío, sin poder evitarlo.

Si Pearl cuida mi sueño, pienso, *entonces igual no es TAN terrible que Jack Hale me vigile.*

Qué horrible admitir eso.

Santo Dios, EL PIJAMA.

No, no es tan horrible admitirlo, y también lo siento como una especie de descanso, otra cosa menos contra la que luchar si me quito el lastre de tener que odiarlo.

Es muy cansado, ¿sabes?

Me levanto despacio para no despertar a la perra y empiezo a vestirme: leggings negros, jersey ancho, pelo recogido en un moño medio hecho, porque sinceramente, después del anterior despertar que he tenido, hoy no estoy para *looks.*

Y entonces lo veo: encima de la cómoda, perfectamente doblado, hay un abrigo de lana esponjoso, precioso, suave y de un color crema que parece nube cara.

¿Qué?

Con una nota.

Jack me dijo que ayer no os dio tiempo a mirar abrigos, así que te he comprado este.

Te quiero, pajarillo

Tía T.

Me quedo quieta, muy quieta.

Jack NO le ha contado lo que pasó ayer, no le ha dicho que me agobié, que me costó respirar y que casi tuve un ataque de ansiedad en plena calle.

Tuerzo los morritos y doy por hecho que tampoco le ha contado nada de mi anterior despertar, de haberlo hecho, te aseguro que Terry se hubiera metido conmigo en la cama.

Literalmente.

Lo hacía siempre que era pequeña y tenía una pesadilla.

Quizá no me he portado como debería con ella cuando llegué aquí.

Con Maggie me salió más ternura, pero estaba enfadada por volver y la primera persona a la que vi fue a Terry y… quizá no, cien por cien es la persona que menos se merece mi antipatía.

En cuanto a Jack, todo esto, toda esta porquería que tengo dentro, es ahora un secreto entre él y yo.

Y no sé si eso me asusta… o me hace sentir acompañada.

Con una maraña absurda de pensamientos contradictorios poblando mi cansado cerebro, decido probarme el abrigo y descubro que es como si me abrazara alguien que no quiere nada a cambio.

Es entonces cuando pienso que quizá debería dejarme descansar, que Marc tenía toda la razón al hacerme volver aquí, a mi casa, con mi tía Terry y los míos.

Pero descansar de verdad, no hacer una pausa para luego volver a correr más.

¿Que qué mosquito me ha picado?

Ninguno, tía, es solo que en el escenario sentí que o me cagaba encima o me moría y ayer también.

Lo de morirme, digo.

Lo de cagarme, menos mal que no…

Se me llega a soltar el estómago delante de Jack Hale y mira… ahí sí que hago por desvivirme sola, así te lo digo.

Quizá… quizá debería desconectar de redes, de críticas, de tendencias, de fotos editadas, del "¿qué opinarán?". Dejar de leer

comentarios de desconocidos que creen que me conocen porque han escuchado tres canciones y han visto cinco clips.

Quizá debería dejar de intentar demostrar que estoy bien, cuando no lo estoy desde hace demasiado tiempo.

Quizá debería aceptarlo, sin miedo a que eso me haga débil.

Quizá necesite… estar, solamente estar.

Y ya está.

Sé que me debo a mis fans, sin ellos todo esto no habría sido posible desde que descubrí que me gustaba la música, pero… ¿este es el precio de la fama?

He enfermado de tanta presión, de intentar cumplir una expectativa que se inventa la sociedad.

Solo…

Solo quiero sentarme, respirar, no demostrar nada, no impresionar, no rendir cuentas.

Solo existir sin escenario y sin máscara.

Y me hacía falta venir aquí para darme cuenta, aunque también te digo que tiene mucho delito que haya estado tanto tiempo sin venir a mi hogar.

El mismo delito tiene no haberle dado las gracias antes a Jack Hale.

Quizá debería también llamar a Marc… mira no lo sé.

Una cosa y luego otra, ¿no?

Eso siempre se lo he escuchado decir a Maggie.

Y Maggie Petterson ha conseguido ser la mejor panadera de Montana, eso ya lo sabes.

Es importante dejarse guiar por personas que tengan éxito en la vida, por personas a las que admires, no por las otras, por las que tú mires su vida y no te den ganas de seguir su ejemplo.

Parece que me han dado una buena dosis de ayahuasca y que ahora mismo sea carnaza de secta, ya lo sé, pero es que quiero estar bien.

NECESITO estar bien.

Y solo le damos importancia a la salud cuando nos encontramos mal.

Paro de filosofar, al menos de momento, porque tengo hambre y quiero bajar a desayunar, así que me miro una última vez al espejo tras lavarme los dientes y, sin quitarme el abrigo porque me he enamorado de él y del detalle de mi tía Terry, me planto en el salón.

Huele a pan tostado, a café y a ese aroma dulce que solo Terry sabe conseguir, como si la cocina bendijera las emociones.

Y ahí están los dos, Terry y Jack conversando.

La perrita casi me pisa los talones al seguirme por las escaleras.

Jack tiene un café en la mano y Terry habla mientras corta pan de maíz como si estuviera en un programa de cocina.

Esto no lo vivía desde hacía años: desayunar con gente que no quiere nada de mí, que no me exige, no me evalúa, no me juzga.

—Buenos días —les digo sonriendo—. Gracias por el abrigo, tía Terry, es precioso.

Ella me muestra una sonrisa que hace que el corazón se me haga más blandito.

—Cuando lo vi, pensé en ti enseguida —responde Terry.

Pearl se tumba entre Jack y yo, como si fuera un peluche diplomático y Terry me sirve un bollo de arándanos sin preguntarme, casi en piloto automático.

Es en este instante cuando decido tomar una decisión: enfrentarme a mis miedos y a mi propio interior.

Cuanto antes me recupere, antes volveré a ser yo.

Respiro hondo, abro la boca y digo algo que me sorprende incluso a mí:

—He pensado en ir hoy al taller de decoración navideña —digo—. Me gustaría ayudar a elaborar adornos para los fondos del piano.

Terry deja caer el cuchillo.

Literalmente.

—¿QUÉ? —dice ella, con ojos de loca adorable.

Jack parpadea, sorprendido, aunque no parece que sea de forma negativa.

Yo juego con mi servilleta, nerviosa.

—Solo… no sé. Creo que me gustaría hacer algo. Algo que no tenga cámaras. Algo que no tenga expectativas. Algo que solo… sea bonito. Para eso Marc me ha enviado aquí, ¿no?

Terry me mira con ojos brillantes.

—¿PUEDO GRITAR DE FELICIDAD YA O ESPERO A QUE TERMINES LA FRASE? —pregunta mi tía.

—¿A ti qué te parece, Jack Hale? —le pregunto a mi guardaespaldas.

—Si le apetece ir al taller, iremos, señorita Harper.

Y esa frase, esa exacta frase, hace que algo dentro de mí se afloje, como si soltara una cuerda que llevaba demasiado tensa.

Terry se levanta.

—Pues llevamos los pingüinos que hicimos ayer.

—¿Tú también vienes? —le pregunto a Terry.

—Claro, pajarillo.

Jack me mira y, aunque no sonríe, algo en sus ojos me dice que está contento conmigo.

No quiero ser Sky Harper, la estrella pop rota, cancelable y viral.

Aquí, en Snowpine Ridge, solo soy Sky.

La que hace manualidades absurdas, la que desayuna con su tía, la que acaricia a *Pearl*, la que no está sola.

Y quizá, solo quizá… la Navidad este año no va a destrozarme por estar lejos, sino a recomponerme por vivirla aquí.

15
Jack

No sé quién dijo que la Navidad era terapéutica, pero hoy parece que Snowpine Ridge se ha tomado esa frase como mandato judicial.

El taller de decoración navideña está en el centro comunitario, un edificio pequeño con paredes de madera, olor a galleta recién hecha y luces colgadas torpemente que parecen colocadas por duendes borrachos.

Sky duda antes de entrar, como si la puerta fuese una frontera entre el bien y el mal.

—¿Seguro que quiere hacerlo? —le pregunto.

Traga saliva y asiente sin mirarme.

Aquí viene el miedo, pero no a la purpurina ni a las manualidades. A Sky lo que le da miedo es la gente, siempre la gente.

—Piense una cosa, señorita Harper —le digo—. Habrá pocas personas, no como en Main Street. Eso hace las cosas más fáciles.

Sky me lanza una mirada irónica.

—¿Más fáciles? Es decir: todos saben quién soy. Todos van a hablarme. Todos van a juzgarme.

—No —respondo—. Van a saludarla. Lo normal. Lo que merece. No es un interrogatorio. Solo vecinos.

Respira hondo.

—Vale. Solo vecinos. Eso puedo gestionarlo.

Pearl llega junto a nosotros y entramos después de Terry.

Dentro hay siete personas.

Siete.

Como los enanitos de Blancanieves, solo que estos llevan gafas, mandiles y tijeras de punta roma.

Terry mueve los brazos como si presentara una reina.

—¡Atención todos! ¡Sky ha venido a ayudarnos! Pero nada de atosigar, ¿eh? —anuncia, con la sutileza de un altavoz de estadio.

Sky quiere desaparecer, lo veo en su cuerpo: la espalda se tensa, los hombros suben, el instinto primario dice "huye".

Yo me acerco lo suficiente para que me escuche:

—Respire, señorita. Recuerde: solo son siete vecinos —murmuro.

Ella respira y no corre.

Estupendo.

Vamos genial.

Maggie está ahí, por supuesto, con harina en el delantal que no tiene ningún sentido porque esto no es un taller de cocina, pero con Maggie nunca se sabe.

—Sky, cariño, puedes ayudarme con estas tiras doradas —dice ella.

Sky asiente, tímida, y se sienta a su lado.

Al principio, no mira a nadie durante un minuto, pero luego algo ocurre, y es que una niña se acerca a ella.

Tendrá unos seis años; pelo rubio, ojos enormes.

No es un sujeto peligroso, por supuesto.

Además, *Pearl* comienza a mover la cola cuando ya está a escasos centímetros de Sky.

Buena chica, pienso.

—¿Eres Sky Harper? —pregunta con inocencia feroz.

Sky titubea y sé que por dentro está temblando.

Se termina conociendo mucho a las personas simplemente observando su forma de actuar y de relacionarse con los demás.

Cómo piensan, cómo hablan… el lenguaje corporal.

No obstante, ella responde con honestidad:

—Sí, soy yo.

La niña sonríe.

—Mi mamá pone tus canciones cuando se maquilla —dice, orgullosa.

Sky suelta una risa pequeña, aunque sincera y yo pienso que tiene una sonrisa preciosa.

Basta, maldita sea.

—Dile a tu mamá que apruebo ese ritual —responde.

Y así, con una conversación mínima, un intercambio simple, algo que no exige nada, Sky se relaja y respira.

Luego habla con otra vecina, ayuda a una adolescente con la pistola de silicona caliente (que estoy seguro será considerada arma letal en cualquier momento) y se deja abrazar cuando la chiquilla le da las gracias, pega purpurina, coloca cintas y hace estrellitas doradas de cartulina.

Yo observo desde una esquina, brazos cruzados.

La gente no la juzga, no la acosa, no la mira como un zoológico con fama, es una de ellos, Sky es una vecina del pueblo más y sé que sentirse "normal" la ayuda.

Una vecina se marcha a su casa y Sky levanta la vista.

Cruzamos una mirada y, aunque no habla, para mí es suficiente, porque veo alivio en sus ojos.

Pequeño y frágil, pero también real, y yo siento algo que no debería sentir: orgullo.

Después de una hora, las mesas están llenas de adornos: estrellas doradas, árboles verdes, campanas brillantes, cadenas de papel.

Sky tiene purpurina en la mejilla, como si lo hubiera hecho a propósito, pero sé que no.

Cuando salimos, Terry sigue hablando sin parar con la perra, que lo cierto es que se ha portado de manera ejemplar, aunque eso a mí no me sorprende.

Yo camino al lado de Sky.

—¿Ve? —le digo—. No ha sido tan terrible.

—Lo cierto es que no —me dice sonriendo.

Yo no puedo evitar imitarla.

16
Sky

Terry camina delante como si hubiera recuperado quince años de golpe.

Yo no sé si son los adornos, la purpurina o la emoción de verme socializando, pero mi tía va casi brincando sobre la nieve.

Pearl trota a su lado, y Terry le explica con absoluta seriedad:

—Y cenarás salmón, pero nada de robarme el puré de calabaza, ¿entendido?

Pearl ladra y Terry asiente como si estuvieran cerrando un contrato internacional.

Jack y yo nos quedamos atrás y, aunque caminamos en silencio, debo reconocer que no me incomoda.

Mis mejillas arden, pero no precisamente por la temperatura, porque lo cierto es que hace frío; es la emoción, la sorpresa y el alivio.

¡Que no me he caído redonda!

¡Que no me he ahogado ni nada!

Ni un vómito ni una caca, nada, nada…

Estoy cansada… pero de un modo que me reconcilia con mi cuerpo. La buena clase de cansancio.

Tengo las yemas de los dedos llenas de silicona, purpurina y pegamento, como los niños cuando salen del colegio.

—He sobrevivido —murmuro, más para mí que para él, pero consigo romper el silencio.

—Ha hecho más que sobrevivir —responde Jack, serio pero suave—. Ha vivido.

Me detengo un segundo, porque tiene razón: eso, exactamente eso, es lo que se siente al estar viva, y lo que ir en piloto automático a mí me había hecho olvidar.

Después de tantos meses de sentirme como un holograma que solo compone, trabaja, canta, sonríe y sonríe y sonríe…hoy he

sentido contacto real, miradas sinceras y conversaciones sin expectativas.

Respiro hondo.

Es el momento de ser un poco más humilde y… bajar del burro.

—Yo… quería darte las gracias —digo.

Jack me mira, como si la palabra le costara procesarla.

No lo culpo, la verdad, no he estado tratándolo como debería.

—¿Por… el taller?

—Por eso, sí. Pero también por… estar ahí. Por no dejar que me venga abajo, por no decirle nada a Terry, ya sabes… Por no tratarme como si fuera frágil.

Jack responde sin apartar la mirada:

—Es que no es frágil, señorita Harper. Solo necesita parar. Hay diferencia.

Cierro los ojos un segundo, ese tipo de frases son peligrosas porque sanan demasiado.

Cuando los abro, él sigue caminando, aunque de forma más lenta.

—Sky —empieza.

—¿Sí?

—Si quiere odiarme, ódieme. Está en su derecho, pero no se odie a sí misma.

Me río, cansada, pero sincera.

—No te odio, Jack Hale. No lo hago. Solo… no sé qué hacer contigo.

Él asiente y eso me tranquiliza, porque no intenta presionarme.

—Yo tampoco con usted —dice, sonriendo.

—Pensaba que le tenías alergia a las sonrisas. ¿Puedo pedirte algo?

—Por supuesto, señorita Harper.

—No me trates de usted —le pido, poniendo morritos.

—Es mi trabajo.

—Puedes hacer tu trabajo sin tratarme como a una octogenaria, ¿no?

Jack suelta una pequeña carcajada y responde:

—Sí, por supuesto.

—Marc te contrató por tiempo indefinido —afirmo.

—Así es —dice Jack asintiendo con la cabeza.

—No me gusta sentir que alguien decide por mí —admito—, por eso estaba enfadada, aunque él sabía cuánto necesitaba venir aquí para sentirme mejor.

—Es comprensible, señori… Sky —se autocorrige. Luego carraspea y añade—: ¿Quieres que hagamos un pacto?

—¿Un pacto? —pregunto, confundida.

¿A qué se refiere?

—Uno nuestro, entre los dos.

—Explícamelo —le pido, porque la verdad es que no entiendo nada.

—Yo no soy tu encarcelador, ni tampoco pretendo serlo. Así que dejaré la misión de protegerte en cuanto vea que no necesitas mi protección. Cuando crea que puedes respirar sola otra vez. Cuando ya no tengas miedo de entrar en un centro comunitario lleno de purpurina. Cuando no te sientas abrumada si hay mucha gente… cuando te rías a mandíbula abierta.

No respondo inmediatamente.

Ha hablado despacio, se ha tomado su tiempo para explicarme todo esto, y cuando lo ha hecho sé que no ha sido desde el papel de guardaespaldas, sino como alguien que realmente me está viendo.

—¿Qué pasa con Marc? —pregunto entonces, con una ceja arqueada.

—Yo me encargo de Marc —me guiña un ojo.

Maldito vuelco el que da mi corazón cuando me mira y hace eso.

Maldito también ese pequeño latigazo que acaba de despertar en mi bajo vientre.

EL PIJAMA viene a mi mente de nuevo.

¿Qué se supone que haces?, pienso.

—De acuerdo —le digo asintiendo con la cabeza—. Te irás cuando ya no te necesite. No antes ni después, ni tampoco por lo que ordene Marc.

—Eso es.

Nos miramos y asentimos de nuevo con la cabeza, los dos a la vez y sellamos ese pacto del que más tarde nos arrepentiremos.

Es entonces cuando escucho unos pasitos rápidos detrás de mí que rompen el momento y siento un tirón suave en la manga de mi abrigo.

Me giro y encuentro a la niñita del taller, la del pelo rubio y ojos enormes que me ha dicho que su mamá pone mi música mientras se maquilla.

Me mira como si yo fuera alguien que importa, no alguien que falla.

—Hola otra vez —la saludo.

—Sky —dice tímida—. ¿Vas a venir mañana a la caminata de las linternas de papel?

Mi corazón hace una pirueta pequeñita, pero es buena, y hace que recuerde cómo disfrutaba años atrás de esa actividad que se realiza cada Navidad en Snowpine Ridge

—¿La caminata…? —repito.

—Sí —dice ella—. Caminamos todos por el sendero del lago con linternas. Es bonito. Y… quiero que vengas.

Miro a Jack un segundo y atisbo en su boca una pequeña sonrisa.

Yo miro a la niña, ella también sonríe, así que la imito.

—De acuerdo, iré —prometo.

Y no sé si ella entiende lo que esa frase significa para mí, pero Jack sí.

La niña salta como si fuera Navidad anticipada y luego corre hacia su madre.

Yo sigo caminando junto a Jack con un calor en el pecho que no tiene nada que ver con la chimenea encendida que nos espera en casa ni con la lana de mi abrigo nuevo.

—Bien hecho —comenta Jack, quien ahora entiendo que no puede salvarme, pero sostiene el espacio mientras yo aprendo a salvarme sola.

17
Jack

14 de diciembre de 2025

El día pasa como una respiración lenta y, por primera vez desde que trabajo con Sky, sin sobresaltos.

Cosa que agradezco, más por mí que por ella, si he de ser sincero.

Sky pasa la mañana ayudando a Terry a organizar adornos navideños del salón comunitario. Mañana Terry y algunos vecinos irán a los pueblos cercanos para venderlos y recaudar fondos.

La observo desde la puerta, sin molestar, mientras pega cintas algunas cintas doradas más, retoca estrellas y da indicaciones a Terry de cómo guardar los adornos para que no se estropeen sin darse cuenta de que está siendo útil.

Después comemos todos juntos, con *Pearl* ladrando a un trozo de pan que Terry le niega con diplomacia culinaria.

No entiendo a esta señora, ayer quería darle salmón a la plancha y hoy le niega un trozo de pan.

Sky ríe tres veces.

Tres.

Sí, las cuento mentalmente como si eso fuera un logro vital, casi roza lo obsesivo, lo sé.

Debo estar enfermo.

Por la tarde, Sky duerme una siesta corta, sin pesadillas.

Yo me quedo abajo, leyendo un libro que no leo, escuchando su respiración tranquila al otro lado del techo.

Así es un día normal para ella: sin conciertos, sin periodistas, sin luces.

Solo respirar, sentir, vivir.

Y cuando por fin el sol se oculta detrás del lago y el cielo se vuelve lavanda, Terry aparece con la energía de una mujer que ha decidido ganar todas las guerras navideñas.

—¡La caminata de las linternas de papel empieza en veinte minutos! —anuncia.

Mi protegida baja las escaleras y me cuesta procesar lo que veo: Sky Harper, sin esfuerzo, sin artificios, solo con un abrigo crema y una bufanda azul cielo, que parece… suave.

La bufanda le cae por un lado, el pelo se escapa de la coleta y hay purpurina residual en una de sus mejillas porque Terry acaba de hacerle un pellizco tras coger las estrellas doradas.

¿Qué le pasa a la purpurina con sus mejillas que siempre termina ahí?

Esta noche las tiene sonrojadas, tiene muy buen aspecto, sobre todo porque en sus ojos ya no se refleja agitación ni miedo.

Pearl corre hacia ella y la empuja con el hocico, como si intentara dirigirla hacia mí.

Pero ¿esta perra qué se cree, Cupido?

Primero me traiciona prefiriéndola a ella, y ahora hace el intento de ser Celestina.

Bueno, yo también la preferiría a ella antes que a mí.

Sky la acaricia y sonríe sin darse cuenta.

Terry lo ve todo, por supuesto, y lanza la frase que consigue que Sky casi tropiece:

—No te pongas tan guapa ni sonrías de esa manera, que el guardaespaldas se desmaya.

Sky se pone roja hasta las pestañas y yo no me desmayo, por supuesto, pero una sensación rara me invade por dentro.

No obstante, no digo nada, tan solo suelto un leve carraspeo.

¿Acaso la estoy mirando de manera indebida?

Joder…

Sky intenta hacerse la indiferente.

—Tía Terry… no digas tonterías.

—¿Qué? —responde Terry con seriedad teatral—. Digo la verdad. ¡Siempre digo la verdad!

—Está… —busco una palabra que no suene a confesión—. Está bien, señorita Harper.

Sky me mira y se ríe. Se ríe de mí, de lo inútil que soy para los halagos y de que he vuelto a tratarla de usted.

Pearl vuelve a empujarla hacia mí, como si fuera el cupido peludo de Snowpine Ridge y sus piernas trastabillan un poco.

Sky toma una gran bocanada de aire.

—¿Listo para la caminata?

No debería importarme tanto, pero lo cierto es que me importa..

—Siempre —respondo.

Ella baja la mirada un segundo, como si necesitara procesar eso y Terry sale por la puerta con *Pearl* saltando a su alrededor.

Yo me limito a seguirla y nada más.

Al fin y al cabo, para eso estoy aquí, ¿no?

18
Sky

Snowpine Ridge por la noche es otro planeta.

Uno donde el aire es más limpio, los pasos suenan más suaves y las preocupaciones parecen demasiado pesadas para viajar con nosotros.

La caminata empieza en la orilla del lago, que en estos momentos está congelado.

Todos llevan linternas de papel con luces dentro, como pequeñas estrellas domesticadas.

Maggie reparte galletas, Terry entusiasmo y Jack… Jack no reparte nada, pero camina a mi lado como si fuera suficiente.

Pearl corre delante de nosotros como embajadora canina de la felicidad comunitaria y algunos vecinos cantan bonitos villancicos de Navidad.

Siento frío, pero también algo cálido bajo la piel. No lo sé explicar.

Tal vez es seguridad o tal vez compañía.

Tal vez es él, me dice al oído un pensamiento intrusivo.

Zarandeo la cabeza para deshacerme de él.

Lo que me faltaba… que me guste el niñero, digo… el guardaespaldas.

Calla, calla.

Camino despacio, mirando las linternas flotando en el aire como sueños suspendidos.

Mi mirada se pierde en las lucecitas, viajando por un instante al pasado, a cuando era una niña y me encantaba hacer la caminata.

Sonrío sin poder evitarlo y solo salgo de la bonita visión cuando las yemas de mis dedos chocan contra algo.

Algo que se enreda en mis dedos, fríos por no llevar guantes.

Son los dedos de Jack Hale, su gran y cálida mano.

Nadie lo ve, o eso creo, pero yo sí siento esa pequeña chispita de electricidad que llega a mi columna vertebral cuando su piel entra en contacto con la mía.

Lo peor o… lo mejor, no lo sé, es que él no aparta la mano, solo deja que el contacto exista.

No me agarra, no aprieta, solo… permite que yo agarre su mano.

Y ahora que me doy cuenta, es lo que ha estado haciendo desde que tiene que "vigilarme".

Respiro como si aprendiera a hacerlo por primera vez mientras comienza a nevar.

Cada copito se posa en mi pelo, en mi abrigo nuevo y en mi bufanda

—Tienes… la nariz —dice Jack alargando su otra mano hacia mí y dando un toquecito sobre la punta de mi nariz con su dedo índice.

—¿Qué? —digo asustada—. Por favor, que no sea un moco.

Jack se ríe un poquito, tan solo una mini carcajada.

Dios, mis bragas… mis malditas bragas se acaban de carbonizar.

—Nieve —dice.

—Oh —digo avergonzada, sintiendo cómo las orejas me arden.

El copo se derrite en la yema de su dedo, y yo me derrito en otra parte que no mencionaré en voz alta jamás.

Trago saliva.

Dios mío, ¿qué es esto?

Jack retira la mano y no dice nada más, pero ese gesto me desarma más que cualquier discurso de amor barato.

No sé qué diantres estoy haciendo ni tampoco por qué sigo agarrada de su mano como si fuera un mono.

Seguimos caminando y me concentro en respirar y en no mirarlo demasiado.

De repente, alguien aparece tirándome de la manga.

Me giro y veo a la niña, la del taller.

—¡Has venido! —exclama contenta.

—Te dije que lo haría —le respondo con dulzura, agachándome para quedar a su altura, en cuclillas, rompiendo el contacto con Jack, pues suelto su mano—. Yo siempre cumplo las promesas, ¿sabes?

—Eres súper guay, Sky Harper —me dice, haciendo que mi corazón se quede llenito.

—Tú también, aunque no me has dicho tu nombre todavía.

—Molly —responde.

—Molly —sonrío mientras le alboroto el pelo.

Luego me mira con una seriedad que me da risa.

—¿Ese es tu novio?

Yo me atraganto con mi propia saliva.

—¿Mi qué? —pregunto.

Jack parece haber sido electrocutado cuando lo miro y *Pearl* ladra.

Yo no puedo hablar.

Ni quiero mentir ni tampoco quiero contar la verdad.

¿De qué verdad hablas, pedazo de pazguata? Solamente es tu niñero, y hasta hace dos días lo odiabas, me recuerda mi subconsciente.

La niña no pestañea, está esperando mi respuesta.

—¡¿Qué hacéis parados?! ¡Vamos, sois lentos como un caracol! —grita Terry desde su posición.

Bendita sea mi tía, la caminata y todo.

—Vamos, Molly —apremio a la niña cambiando de tema—, nos quedaremos atrás.

—¡Es verdad! —exclama ella, y sale corriendo para alcanzar a su madre, que no está muy lejos de Terry.

—Joder con la niña —murmuro casi más para mí que para Jack.

—Los niños no tienen filtro —comenta él.

—No —responde yo, sin saber qué más decir.

En este instante aprendo que, a veces, cuando no sabes qué hacer o decir, lo mejor es seguir moviendo los pies, porque nada espera por ti: la caminata sigue, la gente ríe y las linternas flotan.

19
Jack

15 de diciembre de 2025

El final de la caminata fue… extraño.

No en el mal sentido.

En ese tipo de "extrañezas bonitas" que se te quedan en los huesos como algo que no sabes explicar.

Las linternas no solo flotan: se cuelgan de los árboles alrededor del lago, formando pasillos luminosos.

Durante una semana entera, Snowpine Ridge parece tener un cielo estrellado a nivel del suelo.

Linternas abajo, estrellas arriba.

Luz duplicada.

Sky las miró como si fuera la primera vez que veía quietud después de meses de ruido y yo la miré a ella como si fuera la primera vez que veía calma después de una vida entera de tormentas.

Volvimos caminando despacio.

No hablamos mucho, no hacía falta.

Ahora acabo de abrir los ojos en la habitación de invitados de la cabaña del lago.

Es temprano, pero no tanto como cuando trabajo en misiones reales; aquí el tiempo corre distinto.

Pienso en la caminata otra vez.

En sus ojos del color de la miel, en cómo la nieve se posó en la puntita de su nariz y yo la quité como si aquello tuviera lógica.

No debería pensar en eso, ya lo sé.

Error profesional número ciento ochenta y tres.

Pearl entra en mi habitación. Le encanta dormir con Sky, pero parece que tiene un radar para saber cuándo me despierto yo.

—Buenos días —murmuro, medio resignado.

Ella ladra bajito, como diciendo "levántate, humano, tenemos trabajo".

Bajo las escaleras en cuanto me aseo, me visto y me lavo los dientes y observo que Sky está sentada en la mesa del comedor con un tazón de avena y una taza de café.

Tiene el pelo recogido de manera imperfecta, como si la perfección hoy no fuera un objetivo.

Eso es un avance.

Me observa cuando entro y yo hago lo mismo.

Terry coloca pan tostado con mantequilla casera en la mesa haciendo un ruido seco y rompe el hechizo.

—¡Desayunad, que hoy hay mucho que hacer!

Sky gira la cuchara, nerviosa.

No sé si está pensando en mí o si se está imaginando la caminata repetida y quiere desaparecer.

Ambas opciones son posibles.

—¿Plan de hoy? —pregunto, casual, como si mi estómago no estuviera en contradicción.

De verdad, no me reconozco en absoluto, yo solo quería hacer bien mi trabajo.

No esperaba este… remolino dentro del pecho, ni a esta chica, ni a su tía con rulos.

Terry se aclara la garganta con teatralidad.

—Pues yo me voy con los vecinos a vender los adornos al mercado de Green Creek para recaudar fondos. —Me mira—. ¿Vais a venir?

Antes de responder, *Pearl* empieza a ladrar como loca, como si protestara contra la idea de separarme de Sky, porque me está mirando fijamente y sus pupilas son un ruego para que diga que no.

Perfecto, un perro que lee mentes.

Traducción simultánea: *ni se te ocurra dejar a Sky sola, pedazo de torso musculado.*

—Creo que *Pearl* vota que no —digo.

Terry sonríe maliciosa.

—Mejor… porque Sky podría enseñarte Snowpine Ridge. ¿Verdad, cariño?

Sky abre los ojos como si la hubiera pillado robando.

—¿Yo? —pregunta—. ¿Enseñarle el pueblo?

Terry asiente como si la idea fuera científica, lógica e inevitable.

—Sí. Conoces cada rincón. Además hace un día estupendo a pesar de que nevó ayer.

Terry la mira como diciendo: hazlo y calla.

La mujer tiene doctorado en manipulación afectiva.

Sky se levanta y mira por la ventana.

El sol brilla sobre la nieve como si alguien hubiera encendido focos invisibles.

—Bueno… —empieza—. Supongo que podría enseñarle la plaza, la librería antigua…

Terry le lanza la mirada de "no me decepciones, hija".

—Y el lago —añade Sky, resignada.

—¡Maravilloso! —grita Terry, como si hubiéramos firmado un contrato laboral.

Terry coge su abrigo, nos lanza una mirada que da más miedo que un francotirador y dice:

—No hagáis nada que yo no haría.

Sky casi explota.

—¡Tía!

—¿Qué? —responde Terry—. Digo la verdad.

Luego besa a Sky en la cabeza, acaricia a *Pearl* y sale por la puerta.

Sky y yo nos quedamos frente a frente cuando Terry se marcha.

Ella traga saliva y yo respiro hondo.

—Bueno… —dice Sky—. ¿Listo para ver Snowpine Ridge?

—Dispuesto —respondo.

Y no le digo que estoy más listo para entenderla que para ver el pueblo, porque eso sería admitir demasiado.

Pearl se sienta entre los dos y ladra como si dijera: "Al fin solos, pringados."

Sky me lanza una sonrisa que no esperaba.

Una sonrisa pequeñita, pero cargada de algo nuevo.

Yo no sonrío, para sorpresa de nadie, pero siento algo parecido al calor.

Snowpine Ridge nos espera.

Lo que no sabemos es que este paseo no va a ser un simple paseo, sino el primer paso real hacia algo que ninguno de los dos admite, pero que ambos sentimos.

20
Sky

La Plaza Mayor de Snowpine Ridge es como una postal navideña que no necesita filtros.

Casitas bajas, balcones con guirnaldas de luces blancas, coronas de pino en las puertas, niños jugando con nieve como si fueran atletas olímpicos y el olor a chocolate caliente viajando en el aire.

Pearl corre delante de nosotros, dejando huellas torcidas en la nieve, el pueblo parece encantarle.

Jack camina a mi lado, en silencio, con las manos en los bolsillos, como si necesitaran tener algo donde agarrarse.

Mi ansiedad no está aquí, anoche dormí bien, se quedó en algún lugar entre el taller, la cena y la caminata de anoche.

Y ahí está: EL ÁRBOL GIGANTE.

Decorado con luces cálidas, la nieve en sus ramas parece azúcar glas y, de las ramas más bajas, cuelgan cientos de papelitos pequeños sujetos con pinzas de madera.

Jack frunce el ceño, curioso, y me doy cuenta de que ese gesto en él es casi sexy.

No lo admitiré en voz alta, pero sí.

—¿Qué es esto? —pregunta.

Me acerco y paso los dedos por los papeles.

—Esto… es el Árbol de los Secretos Amables.

Jack parpadea, parece confundido.

—¿Secretos amables?

Asiento.

—Aquí la gente deja mensajes anónimos para otros vecinos. Cosas bonitas. Cosas que reconfortan. Cosas que uno a veces no

sabe decir en persona.

Jack observa más de cerca.

—Y todos pueden leerlos.

—Todos —confirmo.

Cojo uno, al azar.

Tu pan de arándanos mejora cada año.
Firmado: Un fan de tu habilidad para hornear felicidad.

Jack sonríe.

—Ese claramente es para Maggie —dice.

—Obvio —respondo.

Cojo otro.

Tienes derecho a descansar.
No tienes que poder con todo.
Somos mejores contigo que sin ti.

Esos… esos duelen, porque alguien los necesitaba.

Jack los lee sin decir nada.

Yo respiro hondo.

—Este pueblo tiene muchas tradiciones absurdas —digo— pero esta es… mi favorita.

Jack me mira.

—¿Alguna vez has dejado uno? —pregunta.

Yo trago saliva.

—Cuando era adolescente. Le escribí uno a Terry durante un año entero. No sabía cómo decirle que era suficiente solo con ser ella. Que no tenía que esforzarse tanto para cuidarme.

Jack asiente despacio.

—Tiene sentido —dice.

Luego mira el árbol otra vez, con una intensidad que no esperaba.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Yo qué?

—¿Has recibido mensajes así? ¿Para ti?

Yo río, bajito.

—No. Nunca. Soy solo Sky. O peor, la sobrina problemática de Terry.

Jack inclina la cabeza.

—No estoy de acuerdo.

Le gruño.

—Porque eres mi guardaespaldas. Es tu contrato.

—No. —Su voz es firme—. Porque te vi ayudando a alguien con una pistola de silicona como si fuera una bomba nuclear. Porque te he visto sonreír sin focos. Porque te he visto respirar sin miedo.

No sé qué decir y él lo sabe, por eso mira el árbol una última vez y, sin saber por qué, me sale una sonrisa que no puedo controlar.

—¿Te apetece un chocolate? Pine Bean está aquí al lado y no vas a probar uno como ese —digo, intentando sonar casual, como si no me importara que en realidad me importa demasiado.

Jack asiente.

—Claro —responde, y sonríe.

No una sonrisa grande, solo una que parece decir "me gusta esto".

Pearl ladra como si anunciara la decisión oficial ante el universo.

—Vale, *Pearl,* tú también estás invitada —le digo.

Ella mueve la cola tan fuerte que casi se cae, nosotros empezamos a caminar hacia Pine Bean.

Mientras avanzamos, la nieve cruje bajo nuestras botas como si nos aplaudiera.

En el aire hay olor a canela y a madera húmeda y al silencio de un pueblo que no necesita ruido para existir.

Pine Bean está justo al fondo de la plaza: una cafetería con fachada de madera clara, ventanales empañados y una guirnalda de luces amarillas que parpadea en forma de tacitas de café (sí, alguien del pueblo debería ser contratado por Starbucks).

Pienso, mientras camino, que esto... esto que estamos haciendo… no es terapia ni vigilancia.

Es otra cosa, algo que empieza a tener forma, algo que no le diré nunca a Marc, porque se muere del susto.

Llegamos hasta la puerta y Jack se detiene un segundo antes de entrar.

—Por cierto —dice—. Gracias por enseñarme el árbol.

No sé cómo reaccionar, la verdad.

—De nada —murmuro.

—Creo que... —hace una pausa, como si calibrara cuánto decir—. Creo que entiendo por qué te gusta tanto.

Mi pecho duele, pero de forma agradable.

Jack no me conoce como Sky Harper, la estrella.

Me acaba de conocer como Sky, la chica que necesita mensajes amables.

Y eso, sin pedirlo, me salva un poco.

Abro la puerta de Pine Bean.

—Bienvenido a mi lugar seguro —le digo.

21
Jack

Pine Bean huele a chocolate caliente, café tostado y algo más difícil de describir.

Algo como… hogar.

Daisy está detrás del mostrador, con un jersey rojo lleno de renos bordados que se pelean entre ellos (literalmente, uno está dándole una patada al otro).

Cuando nos ve, se ilumina.

—¡Pero si es mi chica! —grita, señalando a Sky—. Mira cómo estás, más humana que las fotos esas que te hacen ponerte pestañas hasta en las orejas.

Sky se ríe.

Esa risa otra vez, la que no sale del escenario, sino del pecho.

—Hola, Daisy —dice, acercándose—. Te he echado de menos.

Daisy le da un abrazo tan fuerte que *Pearl* ladra reclamando participación.

Me acerco, medio incómodo, medio fascinado.

—¿Y tú quién eres? —pregunta Daisy sin filtro.

—Jack Hale —respondo—. Guardaesp…

—No digas esa palabra aquí —me corta Daisy—. Aquí no sois nada de contratos. Aquí sois gente tomando chocolate caliente.

Así que no digo nada más.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana y el mundo cubierto de nieve parece más fácil de digerir desde aquí.

Pearl se tumba bajo la mesa y apoya su cabeza en mis botas.

Traduzco mentalmente el gesto como: *sé amable, idiota.*

Daisy viene con dos tazas enormes enormes de chocolate que humean por los calientes que están y que están decoradas con nata, virutas y canela por arriba.

Nadie debería poder ser infeliz con eso delante.

—¿Este es el famoso chocolate de Pine Bean? —le digo a Sky.

—Famoso —responde— porque cura almas.

No lo discuto.

Daisy se va a atender a otros clientes, dejándonos solos tras guiñar un ojo a Sky.

—¿Siempre te ha gustado este sitio?

Sky asiente.

—Desde niña. Aquí venía a hacer los deberes. Aquí escribí mi primera canción. Aquí… —se detiene, respira— aquí nunca tuve miedo.

Las palabras caen pesadas.

Yo las respeto.

—El silencio te asusta —digo, no como acusación, sino como hecho.

Sky baja la mirada.

—Lo odio. Me hace sentir culpable. Como si estuviera defraudando a alguien por no estar produciendo nada. Cantando. Posando. Sonriendo. Algo.

Miro la taza.

—A mí el silencio me salva.

Ella levanta la cabeza.

—¿Salvarte de qué?

—De tener que fingir que no me duele fallar —le respondo. Y aquí el guardaespaldas ha desaparecido, solamente queda el hombre.

Sky se queda quieta.

Yo también.

—¿A qué te refieres?

Y ahí está: la pregunta que nadie me ha hecho en años.

Ni qué hice, ni qué misión era, ni cuál fue el error, sino "¿Qué pasó contigo?ª

—Él… —tomo aire— era un periodista. Estaba investigando algo grande. Tenía amenazas. Yo era su sombra, su protección. Siempre a dos pasos. Nunca más lejos.

Sky me mira sin pestañear.

—¿Y?

—Y una noche, decidió ir solo a recoger algo que era importante para él. Yo no lo detuve. No lo seguí. No le pedí acompañarlo, pensé que era capaz… que no pasaría nada, que no necesitaba ayuda.—Trago—. Lo encontraron al amanecer, en su coche. Yo no estaba.

Sky no aparta los ojos de mí, pero no me juzga, ni tampoco me cuestiona.

Solo espera, porque a veces, la sanación no está en la respuesta, sino en el silencio compartido.

—Durante mucho tiempo pensé que mi error fue profesional —continúo—. Pero no. Mi error fue humano. No entender su miedo. No acompañarlo cuando más lo necesitaba, aunque no me lo pidiera.

Sky aprieta la taza, pero no por nervios, sino por empatía.

—¿Y te culpas? —pregunta.

—Me culpo —respondo sin adornos— porque yo habría podido entrar en su silencio con él. Y no lo hice.

Sky baja la mirada.

—Eso es lo que me pasa a mí —murmura—. Mi silencio… da miedo porque es mío. Y nadie entra. Todos esperan que yo aguante sola. Incluso yo.

Estamos tan cerca emocionalmente que el aire entre nosotros cambia.

Pearl nos mira como diciendo: *por fin sois humanos, coño.*

Sky respira, despacio.

Yo también.

—¿Sabes qué siento a veces? —dice, sin mirarme, pero sin huir —. Que todo el mundo me conoce menos yo.

Yo dejo mi taza a un lado.

—¿Menos tú?

—Sí. Todos tienen una versión mía. "Sky, la diva", "Sky, la fuerte", "Sky, la que aguanta siempre", "Sky, la que no puede fallar". Y yo… —se queda en silencio un segundo— yo no sé cuál soy. Solo sé que no puedo con todas esas versiones a la vez.

No digo "lo entiendo" porque sería insultante.

Lo que hago es escuchar.

No hay manos entrelazadas ni contacto físico, pero hay algo mucho más fuerte: la idea de que ella y yo entendemos el mismo dolor, pero desde extremos distintos.

Y ahí es donde no puedo evitar decir:

—No quiero que estés sola en ese silencio.

Sky levanta los ojos y observo cómo le brillan.

—Y yo no quiero que tú te culpes solo en el tuyo —susurra.

Y este momento, este exacto momento…es el primer contacto real.

El primero que no depende del cuerpo, de la proximidad, ni de las circunstancias.

Es el tipo de conexión que solo sucede cuando dos almas dejan de defenderse.

—Supongo que no vamos por el mundo buscando un techo cualquiera —comenta ella—, sino esperando encontrar nuestra casa en la gente de la que nos rodeamos para sentirnos menos solos.

22
Sky

Jack termina su chocolate despacio, como si saboreara el final.

Lo entiendo, es lo mejor.

—Voy un momento fuera —dice—. Quiero revisar la salida, asegurarme de que no hay nadie merodeando, ya sabes…

Yo asiento.

—Está bien.

Pero algo en su forma de decirlo me da la sensación de que hay más.

No sé qué, pero más.

No obstante, todavía me queda chocolate, por lo que le hago caso.

Jack se pone el abrigo, le da un toque cariñoso a *Pearl* (como si eso no me derritiera por dentro) y sale.

Pearl le dedica un ladrido bajito, casi ofendido.

Yo me río.

Es entonces cuando Daisy aprovecha el momento y se sienta frente a mí, sin pedir permiso.

—Bueno —dice, apoyando los codos en la mesa—. ¿Te lo digo o quieres que te lo envuelva primero para Navidad?

—Dilo —respondo, suspirando y poniendo los ojos en blanco.

No obstante, una sonrisa se esboza en mis labios.

Daisy mira hacia la puerta, como si pudiera ver a Jack aunque no está.

—Ese chico te mira distinto, Sky.

—Me mira como su trabajo —digo en modo defensivo.

Daisy se ríe como si acabase de contar el chiste del siglo.

—Trabajo, sí. Y yo soy Miss Universo.

—Daisy…

—Sky, ¿de verdad crees que Jack está aguantando carros y carretas para cuidarte porque te considera una niña mimada?

Yo abro la boca.

La cierro.

No sé qué decir.

—¿Has hablado con Terry?

—Obvio.

—Joder…

Daisy se inclina un poco más.

—Ese hombre escucha tus silencios.

Se me aprieta algo en el pecho.

—No me malinterpretes —añado rápido—. Es profesional. Respetuoso. Solo… hace su trabajo.

—No —corrige Daisy—. Está haciendo otra cosa. Algo que nadie ha hecho contigo.

—¿Qué?

Daisy sonríe como si cargara con siglos de sabiduría maternal.

—Te ve.

Ni siquiera sé cómo se responde a eso, así que me quedo en silencio.

Daisy respira hondo, se quita el trapo de encima, que solo estaba molestándole y me suelta la bomba sin anestesia:

—Sky, a ese chico le gustan tus ojos. No tu fama.

Yo me quedo petrificada.

Solo ese tipo de frase puede congelar a alguien dentro de una cafetería con calefacción.

—¿Mis ojos? —balbuceo.

—Sí, tus ojos —insiste—. Los que brillan cuando estás tranquila. Los que se apagan cuando te obligas demasiado. Los que tuvieron miedo cuando te fuiste de los escenarios. Los que hoy han vuelto un poquito.

Mi garganta se cierra.

—Daisy…

Ella me toma la mano como si fuera algo frágil, pero no roto.

—Sky Harper, tú eres mucho más que la chica en el escenario. Y ese chico lo sabe. Quizá antes que tú.

Yo trago saliva, el chocolate me está dando reflujo.

Pearl me mira desde el suelo, como si entendiera todo, como si supiera que ese hombre que ha salido hace un momento no se ha marchado realmente.

—No puedo… —susurro— no puedo hacerme ilusiones.

—No estoy diciendo que te enamores —responde Daisy—. Solo te digo que lo mires. De verdad. No como "trabajo", no como "protector". Míralo como persona. A él le importa la persona. No la estrella.

Las palabras se quedan flotando y por primera vez, no me asfixian.

Jack vuelve a entrar en la cafetería justo entonces, con un poco de nieve en los hombros.

Daisy me sonríe y se levanta, dejándome sola con mis pensamientos.

Yo no miro a Jack directamente, pero sí miro sus manos.

—¿Vamos? —me pregunta.

Poso mis pupilas sobre las suyas y sonrío.

23
Jack

16 de diciembre de 2025

Terry volvió por la tarde como si hubiese ganado una guerra.

Traía anécdotas del mercadillo, chismes del pueblo, una bolsa llena de dinero recaudado y un entusiasmo que podría proveer electricidad para la mitad de Montana.

Sky la escuchó mientras sonreía, pero esa sonrisa no era la del primer día, sino la de alguien reconectando con un lugar que le pertenece.

Yo observé desde cerca, sin intervenir, como el guardaespaldas que aparento ser, no el hombre que realmente soy cuando la miro.

Cenamos temprano y después *Pearl* se acurrucó a su lado como si fuera su guardiana emocional.

Terry recogió platos canturreando un villancico desafinado.

Y yo… yo sentí algo parecido a paz tras recordar la conversación que tuvimos en la cafetería.

Por la mañana, soy el primero en bajar, *Pearl* no viene a verme hoy.

Terry está en la cocina, con cara de conspiración navideña y tiene una montaña de bocatas, galletas, termos de chocolate caliente y lo que, sinceramente, parece un arsenal para sobrevivir a una guerra invernal de tres días.

—¿Esto qué es…? —pregunto.

—¡La competición en la colina de los trineos! —exclama—. Hay que llevar vituallas, soluciones de emergencia, azúcar para los niños, azúcar para los adultos, azúcar para los abuelos…

—Demasiado azúcar, me temo… —replico frotándome la barbilla con la mano.

—¡Exacto! El azúcar une corazones, Jack Hale. Y mañana es la carrera de bolas de nieve gigantes por la mañana y la noche del círculo del cacao es el día dieciocho. ¡Menudos planazos! Este pueblo es lo más en Navidad, ¿no te parece?

No puedo debatir eso.

—¿Sky está despierta? —pregunta Terry, mientras mete cosas en una cesta.

—Aún no la he visto.

Terry sonríe como quien tiene información prohibida.

—Sube a despertarla. No quiero que llegue tarde. ¡Hoy va a ser un día divertido!

Lo dice como si estuviera invocando la chispa de los dioses del caos.

Subo las escaleras despacio.

No quiero sobresaltarla después de lo de anoche, después de cómo se abrió conmigo…

No quiero invadir nada.

La puerta de su habitación está entreabierta y toco con los nudillos sobre la madera de forma suave.

No responde, así que asomo la cabeza por el marco.

Sky duerme profundamente, sin tensión en los hombros, sin la mandíbula apretada, sin muecas de ansiedad.

Duerme como quien finalmente ha encontrado un lugar donde no teme cerrar los ojos.

El pelo rubio y despeinado le cae en ondas suaves alrededor de la cara.

Tiene una mano bajo la mejilla y la otra sobre *Pearl,* que está tumbada a su lado como una guardiana de almas.

Sky dormida es… peligrosa.

No por lo erótico, ni lo bonito, que también.

Es peligrosa por lo vulnerable que parece dormida.

Por la sensación de que aquí, frente a mí, hay una mujer que no necesita demostrar nada, que no está actuando ni cumpliendo

Una mujer que no está actuando ni cumpliendo expectativas de nadie.

Tan solo se está limitando a SER.

Y esa versión de Sky Harper podría desarmar a cualquiera.

A mí ya lo ha hecho.

Me quedo un segundo más, solo observando.

Me acerco a su cama, pero no la toco.

No debo, maldita sea.

En vez de eso, susurro:

—Sky.

Nada.

La repito, apenas más alto:

—Sky.

Ella hace un sonido suave, como un quejido adorable, y aprieta a *Pearl,* que suelta un resoplido indignado.

Yo pienso: *qué fácil sería enamorarse así.*

Luego zarandeo la cabeza para librarme de ese pensamiento.

No puede ser.

Para, maldita sea, Jack.

Ella abre los ojos lentamente.

Literalmente es un ángel.

—¿Jack?

—Buenos días.

—¿Qué hora es?

—Hora de sobrevivir al azúcar —respondo, recordando la cesta de Terry.

—¿Azúcar?

—Tía Terry ha dicho algo de no sé qué competición en la colina de los trineos.

Sky parpadea, confusa.

Luego sonríe.

La primera sonrisa del día.

—Ah, eso es divertidísimo, Jack Hale. Es sobre la hora de comer.

—Eso creo.

—¿Me acompañas hasta que se haga la hora a la librería? Terry es horrible cuando se estresa en la cocina y, créeme, ya está estresada.

—¡Es que yo maldigo cada gramo de esta harina! —la escuchamos gritar desde la habitación de Sky.

Pearl alza las orejas.

—¿Lo ves? Más estrés para mí, no, gracias.

—De acuerdo, vayamos a la librería.

Y yo siento que este instante es un regalo que no debería aceptar… pero lo hago igual.

—Vale… dame diez minutos —dice.

—Tienes quince —respondo.

—No abuses.

—No me atrevería.

Pearl ladra.

No sé si es aprobación o amenaza, pero salgo de la habitación y bajo las escaleras con una sensación nueva en el pecho.

Esperanza.

La clase de esperanza que aparece cuando alguien empieza a sentirse en casa y no sabe si es con el lugar o con la persona.

24
Sky

Bajo las escaleras una vez estoy lista. Esta mañana me he peinado en un moñito bajo, me he puesto un jersey calentito, unos vaqueros, botitas de nieve y el abrigo que me compró Terry.

Cremita hidratante, dientes limpios y cacao de labios.

—Ya estoy —digo cuando llego a la cocina.

Tía Terry tiene harina y una rodaja de piel de limón colgando del pelo.

¡Y Jack no le ha dicho nada!

Reprimo una carcajada.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

—¿Yo? ¡Anda pues claro! —exclama—. ¿Os vais?

—Ajá —digo cogiendo una taza, poniendo un poco de café de la cafetera y dando un sorbo a continuación.

—¿Dónde? —pregunta.

—Vamos a la librería —le digo—. Si te ayudo a a preparar la comida, me estreso. Y si me estreso, Jack se estresa. Y Jack se estresa, *Pearl* se estresa. ¿Lo pillas, tía Terry?

—Al vuelo, pajarillo.

—Súper —le digo dejando la taza en el fregadero—. Por cierto, tienes piel de limón en el pelo.

Pearl ladra como confirmación científica.

Terry se toca el pelo con ojitos de loca y coge la piel de limón entre sus dedos.

—¿Y tú llevas aquí no sé cuánto rato y no me dices nada? —le espeta a Jack, que se empieza a reír al instante—. ¡Mendrugo!

Terry le lanza la piel de limón y Jack la esquiva.

Luego ambos salimos corriendo de la cocina, entre carcajadas.

—Se ha enfadado —le digo poniendo morritos.

—Tiene sentido —responde Jack, con esa calma peligrosa suya.

Salimos a la calle y el aire frío me despierta del todo.

Snowpine Ridge está más luminoso de lo normal, como si la nieve hubiera decidido actuar de reflectora profesional.

La librería está en la esquina de la plaza y, aunque se llama The Paper Nest, todo el mundo la llama "El nido", porque aquí vienes a esconderte, a sentirte a salvo.

Empujo la puerta y el cascabel suena.

Ahí está Harry, el dueño. Setenta años, barba blanca, gorro de lana con pompones y chaleco de cuadros. Tiene los ojos de quien ha visto más vidas de las que le pertenecen.

—¡Sky! —grita, abriendo los brazos.

Yo me lanzo a abrazarlo.

Harry huele a libros viejos y a chocolate caliente. A infancia y hogar.

—Hola, Harry.

—Hola, terremoto, pensaba que ya no vendrías —responde con cariño.

Jack entra detrás de mí y Harry lo mira de arriba abajo con la sutileza de un francotirador.

—¿Y esto qué es? —pregunta, señalándolo.

Jack abre la boca para contestar, pero Harry levanta la mano.

—No hace falta. Lo importante es que su aura no da miedo.

Yo parpadeo.

—¿Aura?

—Sí —dice—. Hay gente que entra aquí cargada de ruidos. Él no.

Jack me mira como si pidiera permiso para existir.

—Sky —Harry se acerca y me toca la mejilla como si fuera una niña—, estás bonita.

Me trago algo en la garganta y Jack nos observa, silencioso.

Harry se vuelve hacia él.

—Cuida esa tranquilidad. Cuesta años conseguirla.

Jack asiente despacio.

—Eso intento —responde.

Harry sonríe, satisfecho.

—Bien —dice—. Venid. Tengo algo para mostraros.

Nos lleva a la sección trasera, y me alegro de que se acuerde que es mi favorita.

Libros antiguos, ediciones con olor a historia, algunos con tapas de cuero, otros con esquinas desgastadas como sueños muy usados.

Harry saca uno: es un poemario antiguo, edición pequeña, papel amarillento.

—Este está esperando a alguien —dice.

—¿A quién? —pregunto.

—A quien lea con el corazón. No con los ojos.

Jack me mira.

Yo miro el libro.

Lo abro y las letras bailan, como si supieran que estoy frágil.

Leo en voz baja:

"El hogar no es un lugar.

Es donde el alma deja de temblar."

No puedo respirar durante un segundo.

Jack se acerca apenas un paso, no lo suficiente para tocarme pero sí lo suficiente para sostenerme.

—¿Te acuerdas de lo que dijimos ayer? —me pregunta.

—¿A qué te refieres? —pregunto indecisa.

—A lo de no encontrar un techo cualquiera, sino personas que te hagan sentir que son casa. Creo que eso te está encontrando.

Yo quiero decir algo, pero las palabras no me salen.

Harry sonríe.

—Cuando alguien encuentra casa, lo sabe —dice.

Yo siento algo dentro suave y tibio.

Y entonces Harry remata como un experto en dinamita emocional:

—Ese libro te va a sanar un pedacito. No todos, pero uno seguro que sí.

Lo cierro mientras lo abrazo contra el pecho.

—¿Cuánto cuesta?

Harry hace un gesto dramático.

—Para ti, nada. Pero… tendrás que prometerme una cosa.

—¿Cuál?

—Que lo leas con alguien. En voz alta. Con quien entienda tus silencios.

Mi corazón hace un salto triple mortal.

Harry se aleja y nos deja solos.

Yo miro a Jack.

Él me mira a mí.

—¿Quieres leerlo conmigo, Jack Hale? —murmuro.

Jack responde sin pestañear:

—Siempre.

Y *Pearl* ladra desde la entrada, como si estuviera diciendo: "Ya sabemos quién es la casa ahora."

25
Jack

La colina de los trineos parece un festival navideño dirigido por duendes hiperactivos.

La nieve brilla bajo el sol y los niños gritan como si les hubieran dado permiso legal para perder el control.

Los adultos compiten con una mezcla de orgullo y miedo a romperse la cadera.

Y al fondo, como epicentro emocional y nutricional del evento…

Terry y Maggie.

Han montado un puesto de comida que haría llorar a cualquier pastelero Michelin.

Por lo visto, este año Terry se ha empeñado en hacer los dulces ella, con lo fácil que hubiera sido que los trajera Maggie.

EJEM.

Galletas de jengibre con forma de renos malformados, brownies del tamaño de ladrillos, rollitos de canela, empanaditas caseras, chocolate caliente de Pine Bean en termos gigantes, sándwiches de pavo con extra de pavo, pastel de calabaza y una cosa desconocida que *Pearl* mira con terror.

Terry sonríe con un orgullo feroz.

—¡Alimentaos, deportistas del hielo! —grita.

Si Terry dirigiera el mundo, habría paz, diabetes y mucha mantequilla, pienso.

Sky está radiante.

Su nariz está roja por el frío, sus mejillas también, y tiene esa luz en los ojos que solo he visto cuando canta… o cuando se siente libre.

Hay música sonando desde un altavoz antiguo, huele a leña y a nieve recién caída.

Y, por un momento, no hay cámaras, ni expectativas, ni escenarios.

Solo vida.

Sky me mira.

—¿Nos apuntamos?

—¿Para subir al trineo? —pregunto, porque el trineo que veo parece un artefacto soviético diseñado para causar lesiones.

—¡Pues claro! —exclama ella—. ¿Es que te da miedo, Jack Hale?

Yo no contesto enseguida y ella alza una ceja.

—De acuerdo —dice—, si eres un caguica, iremos *Pearl* y yo.

Dos pensamientos:

1- No sé si la palabra caguica es legal.

2- Ni de broma la dejo sola.

Me acerco en dos zancadas, la tomo suavemente del brazo, y digo:

—¿Piensas que voy a dejar que te montes sola en esa cosa?

Sky sonríe como si hubiera ganado un premio.

—¡Aleluya! Por fin reaccionas.

—No había nada a lo que reaccionar —respondo aflojando el primer botón de mi chaqueta.

—Claro que sí —dice ella, dándome un golpecito con el dedo—. Es súper divertido.

Pearl ladra, como diciendo: *¿dónde voy sentada yo, humanos inútiles?*

Sky agita un trineo azul.

—Tú delante.

—¿Delante?

—Claro. Así me cubres del viento, guardaespaldas.

—Por esa regla de tres tú deberías ir delante.

—Pues también es verdad —reconoce ella.

No puedo evitar reír, ella me imita y entonces aparece esa sensación peligrosa de que con ella no estoy cuidando un cuerpo, sino un corazón.

Nos sentamos finalmente ella delante y yo detrás.

La cercanía es mortal, porque el trineo es pequeño.

Ella apoya su espalda sobre mi pecho y el aroma de su pelo se cuela por mis fosas nasales.

Cuelo mis brazos alrededor de su cintura y todo es un contraste que me hace perder el equilibrio interno.

Pearl está lista para correr detrás del trineo, básicamente porque se ha dado cuenta de que no cabe sobre el trineo.

—¿Preparado? —pregunta.

—No.

—Perfecto, vamos allá —dice la muy… ufff esta tía es increíble.

Y nos empuja.

Descendemos y el viento nos golpea la cara.

La nieve salta y *Pearl* corre detrás como una loca, ladrando como si fuera un juez olímpico.

Sky grita de felicidad.

Yo no grito, pero sí sonrío, porque de repente esto no es una colina, es terapia, es infancia.

Es hogar sin techo.

Impactamos suavemente en el tramo final, sobre una montaña de nieve acumulada.

Rodamos mientras escucho la risa de Sky y termina sobre mí.

Suelta algunas carcajadas más en esta posición. Tiene la nariz todavía más roja y las mejillas de un color delicioso.

—Ay… ¡qué divertido!

Y no se mueve.

Yo tampoco.

La miro.

Ella respira agitadamente.

Su cara está a centímetros de la mía y sus ojos brillan.

—Ha sido… increíble, ¿verdad? —susurra.

—No está mal —respondo, intentando no tocar su boca con la mía.

Ella ríe.

—¿Cómo puedes ser tan racio, Jack Hale? Podemos hacerlo otra vez, a ver si cambias de opinión.

Su aliento huele dulce.

—¿Estás intentando matarme?

—Solo un poquito.

Pearl salta sobre nosotros y empieza a lamer la cara de Sky.

Nos destroza el momento, pero yo agradezco el respiro.

Sky se levanta, empapada de nieve.

—Terry tiene chocolate caliente. Vamos a por él antes de morir congelados.

Yo asiento.

Pero antes de irme, la agarro suavemente del brazo.

Ella se gira.

—Sky.

—¿Sí?

—No vuelvas a querer hacer eso sola.

Ella me mira, seria.

—Lo sé. —Tranquilo, en serio —sonríe.

Y yo sé que ella sabe lo que quiero decir.

26
Sky

La tarde ha sido silenciosa.

De esas tardes que no tienen prisa por convertirse en noche.

Estoy en la parte trasera de la cabaña, envuelta en una manta gorda que huele a hogar y madera, con el libro que Harry me ha regalado apoyado sobre mis rodillas.

El poemario, el de las páginas amarillentas que parece hablar de mí sin conocerme.

Pearl duerme con la barriga hacia arriba, como si el mundo fuera demasiado seguro para preocuparse, cosa en la que Jack, por supuesto, no está de acuerdo.

Anda por ahí, ayudando a Terry a colocar la leña.

Leo un verso: "Hay silencios que curan más que las palabras."

Y pienso que Snowpine Ridge es eso: un silencio que cura.

Un silencio que, aunque dé miedo, también sostiene.

Se va haciendo oscuro y el aire se enfría.

No quiero entrar, no quiero romper este momento, no quiero que el mundo vuelva a existir.

Cojo mi infusión de jengibre. Todavía está caliente y sabe a calor, a paz y a algo parecido a empezar.

Voy a cerrar el libro… pero no quiero.

Así que lo dejo abierto sobre mi regazo, marcando la página como si fuera un ancla.

Saco el móvil.

Hace días que no miro Instagram ni nada parecido, no me ha apetecido ni tampoco me hacía bien.

No obstante, recuerdo que tengo una grabación en borradores de una canción que nunca ha visto la luz, porque la compuse un día que me dolía demasiado existir.

Pulso play y el piano suena primero; mi voz entra después.

En este momento dejo en un rincón a Sky Harper, la estrella y la escucho como Sky, la chica que se rompió pero que sigue viva.

No estoy preparada para que nadie más la escuche, pero curiosamente, no me asusta la idea de que él lo haga.

Justo cuando termina la primera estrofa, escucho pasos en la madera del porche.

Miro hacia la puerta y ahí está Jack, como si lo hubiera invocado sin querer.

Con una sudadera gris, el pelo un poco despeinado por el viento y esa expresión silenciosa que no juzga, que no invade, que no exige.

Él no dice nada, porque la canción sigue sonando, así que aprovecho que está escuchando para dejarla hasta que termina.

—Es preciosa.

Yo trago saliva.

—Gracias.

—No es una canción de tus álbumes.

—No.

—¿La has compuesto tú?

Asiento.

Su mirada se ablanda.

—¿Por qué no ha visto la luz todavía?

Me encojo de hombros.

—Porque no es una canción para vender. Es una canción para sobrevivir.

Jack se sienta a mi lado, sin pedir permiso, pero con la exacta cantidad de distancia que me deja respirar.

—La música siempre ha sido eso para ti, ¿no?

—Antes… sí.

—¿Y ahora?

Miro mis manos, no me gustan las respuestas que tengo dentro.

—Ahora… la música me da miedo.

—¿Por qué? —me pregunta interesado.

—Cuando estás en un escenario… —empiezo— no tienes margen. Todo el mundo quiere algo de ti. Quieren la versión perfecta, brillante, teatral. Y si no la das… te rompen.

La voz se me quiebra un segundo.

—Cuando toco para mí… siento que no tengo que demostrar nada. Pero cuando imagino volver a un piano delante de alguien… es como si me quedara sin aire.

Jack baja la mirada un instante, como procesando todo lo que le acaba de decir, y luego dice algo que no esperaba:

—Quizá la música no es el escenario, Sky. Quizá la música eres tú.

Mi corazón hace ese salto extraño que solo conozco desde que Jack irrumpió en mi vida en el aeropuerto de Missoula.

Él continúa:

—Quizá no tienes que volver a cantar para el mundo. Solo tienes que volver a cantar para ti.

No puedo evitar sonreír, pero de esa forma en que las sonrisas salen desde un lugar profundo.

—Eso que acabas de decir es muy bonito.

—Porque es verdad —responde.

La luz del porche ilumina su cara.

Tiene los ojos tranquilos y yo me pregunto cuánto dolor ha cargado este hombre para saber mirar así.

—Jack…

—¿Sí?

—Gracias.

No digo por protegerme ni por no juzgarme ni por escuchar lo que nunca le he dicho a nadie.

Pero él lo entiende, Jack lo entiende todo.

Pearl se despierta, se incorpora y apoya la cabeza en la pierna de Jack.

Y la escena, por un segundo, no tiene grietas.

Solo tres seres humanos—dos humanos y una perra—respirando paz.

Jack mira el cielo y murmura:

—No sé qué va a pasar contigo cuando acabe mi trabajo.

Y yo respondo, sin pensarlo:

—Yo tampoco.

Pero por primera vez… no suena a miedo.

Suena a posibilidad.
A poema.
A hogar.

27
Jack

17 de diciembre de 2025

No sé si Sky lo nota, pero esta mañana hay una luz distinta en Snowpine Ridge.

El sol acaba de asomar, pero la nevada nocturna dejó todo cubierto con una capa espesa, suave… como si alguien hubiese sacudido harina desde el cielo.

Tras intercambiar algunos mensajes con Marc en los que le aseguro que Sky está mucho mejor y que todo está controlado, desayuno con ella tranquilamente.

Moja tostadas en chocolate caliente, acariciando la taza con ambas manos como si fuese un tesoro.

Pearl está tumbada bajo la mesa, esperando a que Sky deje caer algo "sin querer", no obstante, ella respeta mucho eso de que la perra coma solamente lo que debe comer y no cualquier cosa durante todo el día.

Estoy a punto de ofrecerle mantequilla cuando la puerta principal se abre con un viento helado que nos atraviesa y aparece Terry.

Pero no la versión normal, bueno, si es que se puede llamar así, me refiero a la versión anti-frío, con al menos cinco capas de ropa que convierten su silueta en algo así entre astronauta rural y muñeco Michelin con gorro navideño.

Lleva un gorrito rojo con pompón, bufanda verde, guantes de lana y unas botas tan grandes que parecen robadas de un gigante.

Sky deja la tostada a mitad de camino.

—Tía Terry… ¿qué te has puesto?

—La armadura para la batalla —declara Terry con la seriedad de un general romano.

Yo bebo café porque necesito fuerza mental para lo que sea que vaya a decir después.

—¿Qué batalla? —pregunto.

Terry agita las manos, emocionada.

—¡¡La carrera de bolas gigantes!! En la colina. ¡Empieza en una hora!

Sky sonríe de esa forma genuina que me desarma sin pedir permiso.

—¿Otra competición? —dice ella, divertida.

—¡Esta es la mejor del año! —Terry pone los brazos en jarra—. ¿No me ves preparada?

Sky la observa de arriba abajo.

—Parece que te vas a pelear contra un oso polar en el Ártico o algo así.

—Me voy a pelear contra los vecinos, que es peor.

Yo intento aguantar la risa.

Terry se acerca a la mesa y empieza a sacar cosas de una bolsa: empanadillas, termo de chocolate extra, panecillos, fruta y algo envuelto en papel aluminio que huele a gloria.

—Todo esto para antes, durante y después de la batalla —dice, colocando los paquetes—. Hay que alimentarse, que luego vienen las rampas, los rodillazos y la nieve en la cara…

Sky abre los ojos como si fuera un búho.

—¿Desde cuándo se hace esto? Yo no lo recuerdo.

—¿Rodillazos? —pregunto yo, alucinado.

—Cosas normales de la competición —responde Terry como si hablara de un picnic.

Yo miro a Sky y ella me mira a mí.

Nos reímos sin disimulo, pero Terry, por supuesto, capta cero ironía.

—¿Os apuntáis o qué? —pregunta Terry, mirando primero a Sky y luego a mí.

—¿Para empujar una bola gigante por una colina helada? —pregunto.

—Sí.

—¿Te apetece o esto también te da miedo? —me pregunta Sky.

Ella frunce los labios, desafiante.

—A mí no me da miedo nada, Harper —le digo jocoso.

Me guardo el pensamiento de que sí hay una cosa que me da miedo, y es que le pase algo a ella estando bajo mi protección.

Eso no va a ocurrir, me recuerdo a mí mismo.

—Wow —me vacila ella, y sonríe victoriosa—. Eso quería oír.

Terry aplaude, feliz.

—¡Equipo formado! Yo llevaré el chocolate caliente y la dignidad familiar. Vosotros empujáis bolas.

Sky se levanta, se coloca el abrigo y la bufanda.

Está preciosa, aunque seguramente no lo sabe.

—Vamos antes de que empiece a llenarse —dice y yo asiento con la cabeza porque, joder, quiero ver esa sonrisa otra vez.

La colina está llena de gente cuando llegamos: niños, adolescentes y abuelos con más emoción que los más pequeños.

El aire huele a nieve, a chocolate caliente y a ilusión colectiva.

Hay música, risas, vida.

Sky respira hondo y yo sé que lo está absorbiendo todo: la alegría, el ruido, la normalidad.

Me mira sin decir nada y entiendo que este lugar le está devolviendo algo que perdió.

Quizás más que eso.

—Oye, Hale —dice Sky con una sonrisa que parece una confesión —. Vamos a ganar, ¿vale?

—No lo dudes —respondo.

Terry grita desde lejos:

—¡¡Recordad que si os caéis rodando colina abajo yo NO os recojo!!

Pearl ladra como si dijera "pero yo sí".

Y yo pienso: *Esta gente está loca. Y Sky también. Y yo también.*

Y qué suerte, porque por primera vez en mucho tiempo siento que no me sobra nada aquí.

Ni miedo, ni pasado, ni dolor.

Solo ganas de proteger a Sky el máximo tiempo posible, de reír y de quedarme.

28
Sky

La colina parece sacada de un anuncio navideño: niños corriendo, gente gritando, nieve volando por todas partes y Terry organizando la competición como si fuera la final olímpica de Río 2016.

Pero lo mejor, lo que no admito en voz alta, es que estoy bien.

No perfecta, ni curada ni nueva, al menos no todavía, pero me siento bien.

Y eso es un milagro en sí mismo.

Jack camina a mi lado con esa postura suya medio militar, medio "me estoy preguntando qué demonios hago empujando bolas gigantes de nieve".

Yo sonrío sin poder evitarlo.

—Tenemos que elegir bola —dice.

—Esta —respondo, señalando una bola enorme, perfectamente esférica, brillante, como si alguien la hubiera pulido con Photoshop.

Jack la mide con los ojos.

—Eso pesa una tonelada.

—Eres muy fuerte, Jack Hale. Lo conseguirás.

—¿Y tú?

—Yo te daré ánimos —respondo con total descaro.

Él se ríe y ese sonido me calienta más que cualquier manta.

Terry aparece con un silbato en la boca.

Un silbato.

¡Dios mío!

—¡Competidores, preparados! —grita—. ¡Las bolas deben llegar a la meta sin romperse o rodar por encima de un niño! ¡Si aplastáis a alguien, os descalifico!

Yo todavía no decido si amo a esta mujer o si es peligrosa para la humanidad.

Jack me mira.

—¿Lista?

—Lista —repito con una sonrisa, porque lo cierto es que, aunque no lo admita en su cara, desde que él está a mi lado, he vuelto a creer en mí para hacer cualquier cosa.

—Eso lo dices siempre.

—Porque siempre lo estoy.

Nos colocamos detrás de la bola y *Pearl* se tumba cerca, como árbitro oficial.

—Señora Harper —dice Jack acentuando el formalismo que hace días le pedí que dejara atrás—, empuje con las piernas, no con los hombros.

—¿Ahora eres mi entrenador personal

—Siempre lo fui.

—Eso no era parte del contrato.

—No todo está en el contrato —dice, después me guiña el ojo.

Ay, Santo Dios…

Me pongo roja.

Soy una idiota, lo sé.

Siento el calor en la cara incluso con el frío cortándome las mejillas.

Terry sopla el silbato.

—¡¡A LA DE TRES!!

¡¡UNA… DOS… TRES!!

Empujamos y la bola se mueve como si fuera un planeta entero intentando resistirse a nosotros.

Jack empuja con fuerza y yo empujo con dignidad, que es lo que puedo aportar.

Soy una floja, pero me lo estoy pasando de lujo.

—¡Vamos, Harper! —dice él.

—¡No me grites!

—¡No te grito! ¡Te motivo!

—¡Pues motívame más suave!

Él se ríe.

Se ríe fuerte.

Y yo no puedo evitar reír también.

La gente nos anima, los niños gritan y *Pearl* corre a nuestro lado, ladrando como si fuera parte del equipo.

Estamos a mitad de la colina cuando la bola se tambalea.

Es entonces cuando casi pierdo el equilibrio, Jack suelta la bola y me sujeta por la cintura.

Fuerte.

Muy fuerte.

Mi espalda choca contra su pecho.

Su respiración me roza la oreja y por un segundo me imagino que esta es la típica escena en la que a continuación notaré su erección clavada en mi trasero.

Por un segundo, ni la tormenta de nieve ni los gritos existen.

Solo él.

Solo yo.

Solo este contacto.

—Te tengo —murmura en mi oído, y lo dice con esa voz baja, segura y peligrosa para cualquier corazón débil.

Yo intento recuperar el aire, porque lo cierto es que me he quedado sin respiración cual boba que soy.

—Gracias… —susurro.

—No te dejaré caer.

Y puedo jurar que no se refiere solo a la colina.

A continuación, terminamos empujando la bola juntos, con *Pearl* ladrando cada dos segundos como si fuera nuestra entrenadora.

La meta está cerca y Terry nos está grabando con su móvil mientras grita:

—¡¡Es mi equipo!! ¡¡Los pajarillos van a ganar!!

Pajarillos.

Genial.

Con un último empujón, llegamos.

La bola se detiene justo en la línea, la gente aplaude y yo juro por mi discografía entera que siento una especie de orgullo ridículo por esto.

Jack levanta una mano para chocar los cinco conmigo.

Yo la choco, pero él no suelta y su mano se queda en la mía un segundo más de la cuenta.

Un segundo que pesa demasiado.

—Bien hecho.

—Yo también empujé —respondo como si fuera una niña pequeña.

—Sí —dice él riéndose.

—Mucho —Pongo morritos.

—Ajá.

—Soy esencial en esta victoria.

—Sin duda.

Nos reímos, porque no podemos no hacerlo.

Y entonces… me clava esa mirada que no tiene nada que ver con la fama, ni con el escenario, ni con la Sky Harper de internet pero sí con la Sky que solo existe aquí.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada —responde—. Solo… estás bonita cuando te diviertes.

Mi corazón da un salto que no autorizo.

—No digas esas cosas, Jack Hale.

—¿Por qué?

—Porque… porque…

No tengo excusa, mi cerebro no coopera.

—Porque si no, te gustaré —digo entonces.

Y él baja la mirada hacia mi boca y murmura:

—Eso no sería un problema para mí.

Pearl, salvadora oficial de momentos, se sacude la nieve justo en medio y nos cubre a los dos de polvo blanco.

Grito y Jack se ríe como si acabara de ganar la guerra.

Me estoy pillando de mi guardaespaldas y no sé cómo pararlo, pienso aterrada.

29
Sky

No sé si el universo tiene sentido del humor o si simplemente disfruta viéndome sufrir, pero hoy parece especialmente bromista.

Hemos vuelto de la colina, empapados de nieve, con Terry gritando que somos "los Messi de las bolas gigantes" y *Pearl* con nieve hasta en las pestañas (que no tiene, pero mentalmente sí).

Estoy subiendo las escaleras con *Pearl,* pensando que una ducha caliente me va a salvar la vida, pero Jack se me ha adelantado.

Terry está haciendo no sé qué en la cocina.

—¡Sky! ¡Cariño! ¿Puedes subirle una toalla limpia a Jack? Se ha metido en la ducha y recuerdo que no había toallas grandes, están limpias y secas en la lavandería-

—¿En serio? —le digo haciendo un mohín—. Estaba deseando darme una ducha caliente.

Yo no pienso en lo que me acaba de pedir, simplemente me quejo y luego obedezco.

Error.

Nunca hay que actuar sin pensar con Terry, es la receta perfecta para el desastre.

—Ya voy —respondo, agarrando la toalla más grande. Efectivamente, están en el cuartito de la colada.

Pearl va conmigo, claramente convencida de que esto es una misión especial.

Eso y que me suele perseguir por toda la casa.

Subo las escaleras hasta la planta de arriba, camino por el pasillo y observo la puerta entreabierta de la habitación de Jack, que está al fondo.

El baño que él está utilizando está dentro de su habitación.

Toco.

—Jack, aquí tienes la toalla.

Silencio.

—¿Jack?

Golpeo la puerta más fuerte.

¿Por qué no responde? ¿Le habrá dado un *jari* por el agua muy caliente o algo?

Nada.

Pearl empuja la puerta con la nariz.

Gracias, agente canina 007, pienso.

Luego entro.

Y ahí está: Jack Hale.

Semidesnudo en el centro de la habitación, con solo la toalla blanca del lavabo envuelta en la cintura.

Una toalla.

UNA.

Diminuta, por cierto.

Mi alma abandona mi cuerpo, mi cerebro muere, mi ovario izquierdo escribe su testamento y un latigazo de placer me recorre entera solo por verlo de esta guisa.

Él se está peinando el pelo con las manos, como si saliera de un anuncio de perfume caro.

En la planta baja hay chimenea, pero en la de arriba la calefacción funciona por conducto, así que es imposible que tenga frío.

Yo tampoco.

Con esta imagen, ni en pleno Polo Norte tendría frío, porque ese cuerpo derrite hasta el iceberg más grande.

Gotitas de agua descienden desde su cuello hasta el pecho, luego por los abdominales…

Oh, mamá…

Sí.

Sí, confirmo: tiene abdominales, abdominales de los que ofenden.

Solo hay silencio, porque yo me quedo callada mirando como una idiota a ese hombre que parece la reencarnación de un Dios griego.

Y piel.

Y toalla.

Jack me mira, sin darse cuenta de que acabo de entrar al infierno del calor que siento en esta habitación.

—¿Sky?

—Yo…— digo yo, en dialecto nervioso.

—¿Estás bien?

—Yo… esto… tú… toalla… cuerpo… eh…

Estoy hablando en fragmentos, como un robot que se está reiniciando.

Él me mira preocupado.

—¿Te sientes mal?

—¿Mal? ¿MAL? —escupo—. No. Yo… yo… me siento…

¿Cómo demonios se define esto?

Pearl ladra como si dijera: "Dilo, chica, dilo."

Al final balbuceo:

—Estoy traumatizada visualmente.

Jack se acerca un paso.

–¿Cómo? —pregunta con las cejas arqueadas.

Claro, no entiende, no entiende nada de lo que le digo porque no me entiendo ni siquiera yo.

Da un paso más.

La toalla se mueve.

LA.

TOALLA.

SE.

MUEVE.

Yo entro en modo supervivencia:

—¡¡NO TE ACERQUES MÁS!! ¡LA TOALLA ESTÁ EN PELIGRO!

Jack se detiene, manos arriba como un fugitivo.

—Solo iba a coger la toalla que me traías.

—PERFECTO. TÓMALA. AHÍ. EN LA CAMA —digo soltando la toalla limpia como si quemara.

—Sky, estás gritando.

—NO GRITO, HABLO EN MODO DEFENSA.

Él sonríe.

Sonríe.

Maldito.

—Gracias —dice.

Yo trago saliva.

—No hay de qué.

Lo miro.

Me mira.

A que me cago encima.

La tensión sexual podría alimentar toda la red eléctrica del pueblo.

Entonces…

La puerta se abre de par en par, sin permiso.

TERRY.

Entra.

Nos mira.

Mira a Jack.

Se le abren los ojos como platos.

Se santigua.

Me mira.

—Nena, ¿tú estás viendo lo mismo que yo? ¡Marrana! Ay, ay, ay —se lleva una mano a la cabeza—. Pero, pero… ¿Tú qué comes?

Jack se encoge de hombros, sin saber muy bien qué decir.

—¿Y la toalla? ¿Es suficientemente grande para cubrir lo que tiene que cubrir? Se te va a escapar el manubrio…

Jack abre la boca.

Yo estoy a punto de desmayarme.

—Tía, POR FAVOR —imploro—. Vámonos, venga, Jack tiene que vestirse.

Ella alza las manos y dice:

—Vale, vale.

Cuando consigo sacarla de la habitación, ni siquiera estoy muy segura de haber visto lo que he visto.

¿Cómo puede estar tan bueno?

Madre mía…

—Te gusta, ¿eh? —dice Terry levantando las cejitas repetidas veces.

La miro, roja como un tomate y, entre risas, le tapo la boca con las manos.

—Shhh —le digo.

30
Jack

18 de diciembre de 2025

Nieva cuando cae la noche, como si el cielo quisiera ponerle techo a este pequeño pueblo, tras haber pasado el día leyendo el poemario junto a Sky y ayudando a Terry entre los dos a ordenar y limpiar el porche y la cabaña.

Estamos cenando estofado de pescado con verduras, pan tierno de mantequilla hecho por Maggie, ensalada de queso y nueces y un plato de trufas de chocolate que Pearl intenta robar con sigilo estilo ninja.

Yo estoy sentado entre Sky y Terry, y esta última sigue explicando en qué consiste el círculo del cacao en la biblioteca que tendrá lugar esta noche.

—Cada uno dirá su mejor momento del año, su peor… y algo que quiera soltar antes de enero —resume.

Sky frunce los labios.

—¿Y hay que hablar delante de todos?

—Sí —dice Terry—. Pero esto no es espectáculo. Esto es familia.

Sky baja la mirada. Se está preparando mentalmente, lo sé.

Y eso, para mí, es una victoria enorme.

Cuando acabamos de cenar, Terry nos da tazas para que las llevemos.

Según nos ha contado, Daisy ha montado un puesto de chocolate a la entrada de la biblioteca para rellenar las tazas a los vecinos.

Chocolate caliente con especias navideñas que sabe a abrazo, cortesía de Pine Bean.

El aire helado nos muerde la cara cuando salimos al exterior, pero Sky no se tensa.

Observa las luces que cuelgan en las farolas, la neblina blanca, los copos salpicando el suelo.

Y respira.

No jadea ni tiembla, solo respira como alguien que vuelve a existir.

Me alegro de todo corazón por ella, lo juro, pero cada vez que la veo bien, resto un día a mi tiempo con ella.

La biblioteca tiene luces tenues y los estantes llenos de libros guardan silencio, como testigos respetuosos.

Nos sentamos en círculo junto a los demás vecinos sobre mantas y cojines, y empiezo a entender lo importante que es esto para la comunidad.

Maggie está ahí, Daisy también, Hopper, Molly y su madre, Harry, el señor Clemon, la carnicera…

Pearl, que ya forma también parte de la comunidad. se acurruca entre Sky y yo.

Siempre entre nosotros dos, como si vigilara que nadie rompa algo delicado.

Empieza Hopper, quien habla con voz ronca pero tranquila:

—Mi mejor momento del año fue cuando arreglé la cabaña de Tyler y él me pagó con galletas —dice, provocando risas. —Mi peor momento fue cuando pensé que me había quedado solo —continúa —. Y dejé de pensarlo cuando Sky volvió.

Sky levanta los ojos y Hopper le dedica un guiño cariñoso.

Yo observo eso: la conexión, la pertenencia, la familia creada, no impuesta.

Quiero decir que esto me golpea, porque no recuerdo la última vez que sentí que pertenecía a algo sin dar nada a cambio.

Luego habla Daisy:

—Mi mejor momento fue cuando vi a Sky entrar al Pine Bean como si aún fuera nuestra niña —dice, mirada brillante—. Y mi peor… fue cuando la vi en ese video llorando porque la gente no sabe querer. Pero ahora la veo aquí, y eso es suficiente.

Sky contiene la respiración, yo lo noto por el pulso en su muñeca, que tira suave contra mi mano.

Maggie toma la palabra.

—Mi mejor momento fue volver a abrazarte, Sky. Y mi peor… —hace una pausa— …perder a mi hermano. Pero hoy… hoy no duele

igual. Porque la vida a veces se va y a veces vuelve. Y tú has vuelto.

Entonces hablan de lo que quieren soltar: Hopper quiere soltar la idea de que está viejo, Daisy quiere soltar el miedo a quedarse sola y Maggie quiere soltar el rencor que le queda.

El pueblo es honesto y vulnerable.

Y eso no es debilidad, es fuerza.

Luego le toca a Sky.

Yo no la miro directamente porque sé que eso la pondría nerviosa.

Solo espero, igual que hacen los demás.

Ella toma aire y se lanza:

—Mi mejor momento… —empieza— fue cuando volví aquí y pude respirar sin cámaras, sin preguntas, sin tener que sonreír para nadie.

Hopper asiente, Daisy la mira con ternura y observo cómo a Terry se le empañan los ojos.

—Mi peor momento fue… esa noche del concierto. No por lo que pasó fuera, sino porque me di cuenta… de que no sabía quién era yo. Ni quién quería ser.

Pearl apoya la cabeza en su rodilla como diciendo "sigue".

Y ella sigue:

—Lo que quiero soltar antes de enero es… el miedo a decepcionar. No prometo hacerlo perfecto, pero quiero intentar ser… Sky. No Sky Harper. Solo Sky.

Maggie llora un poco y Terry también.

Yo me guardo este momento dentro como algo que vale más de lo que imagina.

Y entonces, inevitablemente, las miradas vienen hacia mí.

—Jack —dice Terry—. Tu turno.

Yo asiento y luego, tras un carraspeo, digo:

—Mi mejor momento fue cuando empujé una bola de nieve gigante con Sky y logramos llegar juntos a la meta, más que nada porque la primera vez que nos vimos estaba convencido de que me ahogaría con la almohada una vez me quedara dormido.

La gente ríe y yo también, incluso Sky, pero lo que viene después no es risa.

—Mi peor momento del año fue cuando fallé protegiendo a alguien que confió en mí —digo—. Y pensé que eso significaba que yo ya no servía para ser útil…

Sky levanta la mirada y yo continúo:

—Lo que quiero soltar antes de enero es… la idea de que tengo que hacerlo todo solo.

Daisy levanta su taza de chocolate.

—A soltar —dice—. Y a quedarse.

Todos levantan las tazas, incluso Sky.

Yo también.

Brindamos y yo pienso que este pueblo me ha acogido sin preguntar nada, sin exigir, y eso significa algo que no quiero admitir pero cada minuto se hace más claro: queda menos para cumplir el trato que hice con Sky, queda menos para marcharme.

Y sin embargo, por primera vez, no quiero irme.

31
Sky

19 de diciembre de 2025

La mañana huele a pan tostado y a chocolate caliente.

¿El gusto que da dormir bien?

Infravalorado.

Piénsalo.

Bajo las escaleras con cuidado porque escucho a Terry hablar por teléfono, y Terry rara vez habla por teléfono sin convertirlo en un escándalo dramático.

Me pregunto si con quien habla es con Marc, porque de ser así, a pesar de que me sigue pareciendo un cerdo por decidir por mí, cosa por la que no he vuelto a hablar con él desde que me dejó en manos de Jack, quiero enterarme de la conversación.

EJEM.

Cotilla se nace, querida.

—¡¿Lo dices de verdad?! —grita— ¡Ay, que no me lo creo, Hopper! ¡No me lo creo! ¡No me lo creo!

Yo frunzo el ceño y hago una pausa en mitad de la escalera.

—¿Qué pasa?

Jack aparece detrás de mí, camiseta gris, mirada despeinada y una taza de café como si fuera parte de su anatomía.

Levanto los brazos, los muevo en el aire, me quedo sin respiración, deseo matarlo, casi me muero del susto.

—¡Joder! —mascullo en un susurro—. Casi me da algo.

—Perdona —se excusa él.

—¿Sabes de qué va? —le susurro.

—No.

—Eso no suena bien. ¿De dónde has sacado el café? —le pregunto arqueando las cejas.

—Eh… ¿de la cocina?

—Eres tan sigiloso, que no te he oído subir de nuevo.

—Seamos realistas —dice él—. Cuando Terry grita así, es por algo gordo.

Terry se da la vuelta, nos ve y sonríe como si fuera a adoptar dos unicornios.

Está chaladita mi tía, pobrecita.

Y cuelga.

—¡CHICOS! ¡CHIIIIICOS! —grita, agitando las manos— ¡Escuchad lo que voy a deciros!

Jack y yo intercambiamos miradas como dos estudiantes a punto de recibir un examen sorpresa.

Terry respira hondo y suelta:

—La venta de los adornos navideños, las donaciones del taller, los encargos de chocolate de Daisy y un poquito del dinero que recaudaste tú, Sky, con tus adornos —su voz tiembla—… ¡han servido para comprar el nuevo piano para la iglesia!

Silencio.

Silencio profundo.

Como si mi corazón hubiese dejado de latir un segundo para asegurarse de que he entendido bien.

Yo me agarro a la barandilla de la escalera.

—¿En serio? —pregunto, con la voz casi en un susurro.

—¡En serio! ¡Está de camino! ¡Lo traerán hoy! ¡HOY!

Y entonces pasa algo que no sé describir.

Mi pecho se expande.

El aire entra, pero es diferente.

No es miedo.

Es… otra cosa.

Es música.

No la música de la fama o la exigencia.

Es la música que existía antes de las luces y los contratos y los focos.

No sé si quiero llorar o reír o abrazar a alguien.

Porque llevo días evitando los acordes, los micrófonos, los teclados… como si cantar fuera una herida.

Y ahora, de repente, tengo hambre de ello.

No sé cómo ponerlo en palabras.

Jack me mira con algo que parece comprensión y Terry, emocionada, continúa:

—¡Está en camino desde Missoula!

Yo bajo el resto de las escaleras como flotando.

—¿Hoy? —repito.

—¡HOY! —grita Terry.

Pearl ladra, como si también hubiera comprendido la magnitud del milagro.

Jack se acerca más y pregunta:

—¿Quieres ir a verlo?

Yo trago saliva.

—Sí… pero aún no estará allí. Podríamos… bueno… pasar por el mercadillo. Hacer tiempo. Y luego ir a la iglesia cuando llegue.

Terry da una palmada.

—¡Esa idea me fascina! ¡Y mientras tanto yo os preparo una bebida caliente para cuando volváis!

Jack asiente.

—Vamos al mercadillo, entonces.

—Vale, me pillo un café por ahí —digo cogiendo mi abrigo.

Pero justo antes de abrir la puerta, Terry me llama.

—Sky…

Me giro.

—¿Sí?

Ella me mira con esa mezcla de orgullo y emoción que solo alguien que te ha querido desde antes de que el mundo supiera tu nombre puede sentir.

—El pueblo te quiere. Y tú… tú estás volviendo a quererte.

No respondo, porque no sé cómo, pero lo siento, y eso es suficiente.

Sonrío a Terry y salimos al exterior.

El aire frío nos envuelve, el mercadillo navideño nos espera y yo… yo espero algo que no sé nombrar todavía, pero sé que empieza con una nota, con un acorde, con un piano, con mi propia voz.

32
Jack

El mercadillo navideño de Snowpine Ridge es como entrar en un cuento de Navidad escrito por algún autor con exceso de azúcar, magia y nostalgia.

La calla en la que se ubica está decorada con guirnaldas, farolillos de color ámbar y puestos de madera llenos de objetos que jamás verías en una ciudad: velas artesanales, mermeladas caseras, bufandas tejidas a mano, figuritas talladas en madera y galletas que huelen tan bien que casi puedes rendirte a ellas sin resistencia moral.

Sky camina a mi lado con una expresión tranquila, curiosa.

Ya no está asustada ni vigilante, al igual que tampoco tiene ese "modo escudo" que tenía los primeros días.

Hoy la veo… viva.

A veces la miro durante más tiempo de lo normal para asegurarme de que no exagero.

Y no, no lo hago, de verdad está aquí.

Pearl camina pegada a nuestras piernas como si fuera la jefa de seguridad canina del pueblo.

—Mira eso —dice Sky señalando un puesto lleno de adornos navideños hechos con madera.

—¿Estrellas? —pregunto.

—Estrellas. Árboles. Ángeles. Incluso renos con narices torcidas.

Nos acercamos y la señora que los vende es una anciana con gafas gigantes y gorrito de lana.

Cuando ve a Sky, sonríe como si estuviera viendo a una hija perdida.

—¡Sky Harper! —exclama—. Pensé que no vendrías este año tampoco.

Sky sonríe.

—He vuelto.

—No podrías haberte perdido esto —dice ella guiñando un ojo.

Sky se pone nerviosa, pero no incómoda.

Su nerviosismo es de esos bonitos en los que juega con el pelo y se baja un mechón detrás de la oreja.

Dios.

Me encanta.

La señora me mira.

—¿Y tú quién eres?

—Jack.

—Oh, hacéis una pareja realmente preciosa.

Sky se atraganta con su propia saliva, pero yo mantengo la calma.

—Soy su guardaespaldas, pero le agradezco el cumplido —respondo.

Ella frunce el ceño.

—Vale, pero de los que hacen la vida más fácil, ¿no?

—Eso intento.

Ella nos señala unas estrellas.

—Llevaos estas dos. Son las mejores que hice este año.

Sky las coge, encantada.

—¿Cuánto le debo?

—Nada. La felicidad navideña no se cobra.

Sky la abraza, dándole las gracias y yo, al observarlas, siento algo que no esperaba sentir: he visto a gente abrazarla por fama, he visto a gente abrazarla por conveniencia, pero aquí la abrazan porque la quieren.

La señora nos despide con galletas de jengibre y seguimos paseando.

Nos detenemos en un puesto de chocolate caliente que, para sorpresa de nadie, lo regenta Daisy.

—¡Cielo! Toma, chocolate extra espeso.

Sky la abraza.

—Gracias.

Daisy me ofrece uno también.

—Para ti, Jack. Porque tienes cara de necesitar azúcar para sobrevivir a ella.

Yo asiento.

—No lo negaré.

Sky pone los ojos en blanco.

—Yo soy un amor.

—Sí —dice Daisy—. Pero también eres una tormenta.

Sky se ríe y Daisy, con una mirada muy Daisy, me dice bajito:

—Tiene miedo de necesitar a alguien. Eso es todo.

Nos despedimos y seguimos caminando entre los puestos.

Es entonces cuando Sky se detiene al ver una caja de música antigua, de esas que funcionan girando una manivela.

La mira como si algo se hubiera despertado dentro.

—¿Quieres cogerla? —pregunto.

—No… solo estoy mirando.

Pero no está solo mirando, está tocando un recuerdo.

Lo sé.

Levanta la tapa y una melodía sencilla y dulce empieza a sonar.

Sky cierra los ojos y tanto su respiración como su expresión cambian.

La música le toca algo dormido, algo que quiere volver.

Siento que debería apartar la mirada, dejarla en intimidad… pero no puedo, porque su cara, ahora mismo, se parece a la de alguien que está volviendo a casa.

—Jack… —susurra sin abrir los ojos.

—Dime.

—Creo que… la música empieza a no doler.

No la toco, aunque me gustaría hacerlo.

No la abrazo, pero lo haría sin dudarlo si me lo pidiera, para sentir su cuerpo junto al mío aunque fuera solamente durante dos minutos.

—La música siempre fue tuya. Solo estaba esperando que pudieras volver sin miedo.

Ella abre los ojos y me mira.

Es ella.

Es Sky Harper en pura esencia.

Pearl ladra, reclamando protagonismo universal.

Sky baja la vista y la acaricia.

—Vale —dice—. Vamos a ver la iglesia. A ver si el piano ha llegado.

—¿Lista?

Sky respira hondo.

—Lo estoy.

33
Sky

Cuando abrimos la puerta de la iglesia, el aire cambia.

Un silencio amable y tibio, de esos que abrazan reina en el lugar.

Jack avanza despacio, como si no quisiera interrumpir nada, *Pearl* camina delante de nosotros, olfateando como si estuviera haciendo un registro emocional del lugar.

Y yo…

Yo estoy intentando no llorar antes de llegar a la nave central.

Porque ahí está: el piano.

Mi piano.

El que no conozco, el que todavía no he tocado, pero que ya siento mío.

No es el piano que usaba en conciertos, ni el de estudios de grabación, ni el que me pusieron en hoteles cuando ensayaba para tours.

Obviamente.

Es un piano de madera oscura, bonito sin pretenderlo.

Tiene marcas leves que cuentan historias, carácter y alma.

Me detengo y Jack se queda a un paso de mí.

Este hombre sabe exactamente dónde estar, diantres.

Y eso me desnuda.

De corazón.

Trago saliva porque no logro organizar las emociones que me golpean.

Recuerdo el concierto, el miedo, la ansiedad, las luces que se volvieron agresivas, las cámaras que se acercaban como garras, la

respiración que no llegaba…

Y ahora…

Ahora soy la misma persona, pero en otro cuerpo, en otro lugar, en otra versión de mí.

Jack habla bajito:

—¿Quieres acercarte?

Es tan suave que parece un pensamiento.

Yo asiento con la cabeza y doy dos pasos hacia adelante.

Tres.

Cinco.

Estoy frente al piano.

Pongo la mano sobre la tapa cerrada y descubro que es cálido.

Es entonces cuando siento algo que no esperaba sentir: No duele, no quema, no pesa, no asfixia.

Solo… está, como una parte de mí que nunca se fue, solo se escondió.

Aquí es cuando entran las ganas.

No de tocar para ser perfecta ni de cantar para que el mundo me valide.

Ganas de sentir, de existir sin máscaras, de volver por mí.

Jack no dice nada, pero tampoco me mira como si fuera frágil.

Lo hace como si fuera humana.

Y eso es mucho más.

Respiro hondo y hago algo importante:

No abro la tapa, no me siento, no toco.

No todavía, porque esta vez no quiero demostrar nada.

Quiero hacerlo cuando esté lista, cuando yo decida.

Me giro hacia Jack y descubro que me está mirando con esos ojos azules que parecen entenderlo todo.

—Voy a volver a tocar —le digo.

—Lo sé —responde.

—Pero solo… cuando esté preparada.

—Sky —murmura—. Eso es lo más valiente que podrías decir.

Yo sonrío.

Una sonrisa tranquila, que pesa más que cien aplausos.

Pearl mete el hocico bajo la tapa del piano, como si quisiera animarme también.

Yo bajo la mano y la acaricio.

—Gracias, orejotas —le susurro.

34
Jack

Cuando salimos de la iglesia, Sky tiene ese brillo extraño en los ojos que me atrevería a llamar esperanza, aunque me da un miedo absurdo decirlo en voz alta.

Emprendemos el camino de vuelta hasta la cabaña, *Pearl* trotando como si fuera dueña del pueblo, pero a medio camino Sky frena sus pasos.

—¿Qué? —le pregunto.

—¿Te apetece… una cerveza? Hay un sitio que todavía no te he enseñado —me dice mirándome con esa mezcla de timidez y osadía que tanto la caracteriza.

—¿Dónde? —respondo, manteniendo el tono neutral que mi corazón no siente.

—The Cozy Lantern —dice con un brillo pícaro—. El pub del pueblo.

—Me apunto —digo, aunque lo que pienso es: Me apunto a todo lo que incluya estar cerca de ti.

The Cozy Lantern es todo lo que el nombre promete: Madera oscura, velas en tarros de cristal, sofás antiguos, fotografías antiguas en las paredes y un calorcito que te envuelve como si fuera un abrazo.

No es un bar normal, es algo así como una especie de refugio.

Lo regentan Steve y Samantha, una pareja adorable.

Sky me susurra cuando entramos y nos saludan con los ojos:

—Fueron conmigo al colegio. Restauraron esta bodega hace tres años. Antes pertenecía al señor Wilkins.

—¿Quién es ese?

—Era el loco del pueblo. Él y su gallina. Aunque la gallina era adorable, él no tanto.

Yo asiento con solemnidad porque hay historias que no deben cuestionarse.

Samantha aparece con una bandeja y la barriga más visible del mundo cuando nos sentamos en una de las mesas.

—¡Sky Harper! —dice con una sonrisa redonda—. No puedo creer que estés aquí. ¿Qué tal?

Sky sonríe… y se sonroja.

Ella, la estrella, sonrojada.

Y yo me muero un poquito.

Samantha me mira.

—¿Y tú eres…?

—Jack —respondo.

—Mi guardaespaldas —añade Sky, como si necesitara protegerme de interpretaciones románticas.

Samantha alza las cejas.

—¿Guardaespaldas? Parece más bien un novio tímido.

—¿Qué tipo de cerveza tienes? —pregunto, y no por sed, sino por supervivencia.

—Oh, claro, disculpad —se excusa Samantha—. ¿Qué tal una tradicional? Es de barril.

—Perfecto —dice Sky.

Durante un rato hablamos de cosas que no suelo contarle a nadie. No sé si es la luz cálida del pub, el olor a madera o el modo en que Sky apoya los codos en la mesa como si de verdad quisiera escucharme. Le cuento —sin querer contarlo— que en Los Ángeles nunca sentí la Navidad, que allí todo parece un escaparate y nada se queda dentro. Ella me habla de su infancia en Snowpine Ridge, de villancicos y galletas, de cómo Maggie la obligaba a hacer segundas voces en el coro del pueblo. Me río, y ella también, y por un momento el ruido de las conversaciones se borra.

Me sorprende lo fácil que es hablar con ella… lo peligroso que resulta sentirme cómodo.

Nuestros vasos de cerveza chocan, nuestras miradas se enganchan, y bajo la mesa nuestras rodillas se rozan.

No me aparto.

Ella tampoco.

Y ese pequeño contacto mínimo e inocente se siente más íntimo que cualquier confesión.

Más tarde se une Steve a la conversación y es cuando estamos riéndonos de una anécdota suya sobre un trineo y una valla (la cual, según él, se movió sola), el momento en el que el ambiente cambia.

Como cuando entra una corriente de aire frío por debajo de la puerta.

Un chico aparece: pelo perfecto, jersey de catálogo y cejas que parecen depiladas con compás.

Y esa sonrisa de "te recuerdo mejor de lo que merezco".

Mierda.

Tiene pinta de exnovio, porque se come a Sky con la mirada.

—Sky Harper —dice él, como si acabara de encontrar oro en la nieve—. Qué sorpresa.

Confirmadísimo.

—Dylan, ¿qué tal? ¿Qué te pongo? —le pregunta Steve.

—Una cerveza está bien, Steve, gracias.

Sky tuerce la sonrisa. Ese rictus que he visto ya varias veces en ella y que conozco: la mezcla perfecta entre "hola" y "por favor que alguien me secuestre ahora mismo".

—Hola, Dylan —responde ella.

Dylan.

Por supuesto que es un Dylan: nombre de tío que te decía "te queda mejor mi sudadera que a mí" antes de quitártela para dársela a otra.

—¿Cuánto tiempo te quedas por aquí? —pregunta él, dando un paso más cerca. Demasiado cerca.

Antes de que Sky pueda responder, se me escapa:

—Eso no importa.

Ambos me miran.

Sky sorprendida y Dylan evaluándome con cara de: "¿Y este quién es y por qué tiene hombros?"

—¿Y tú eres…? —pregunta él, ladeando la cabeza.

—Jack —respondo.

—¿Amigo?

—Guardaespaldas.

Se queda quieto medio segundo, pero para mí es lo suficiente para que pueda ver cómo procesa: protector, sombra, accesorio,

barrera.

—Ah —dice—. Un servicio.

Un servicio.

Me mira igual que alguien mira un perchero bonito en una tienda cara: con reconocimiento, pero sin respeto.

Y ahí ocurre algo que no esperaba.

Nada racional, ni contenido, ni profesional.

Celos.

Como un puñetazo en el estómago, metálicos y calientes.

Celos de "si la miras otra vez, te quito el jersey de catálogo y te lo hago tragar."

Sky intenta suavizar.

—¿Sigues trabajando en Helena? —pregunta ella, educada como siempre.

Dylan sonríe, encantado de tener escenario.

—Sí. Y bueno… no quiero presumir, pero me va bastante bien.

Ya está presumiendo.

Quiero arrancarme los oídos o arrancarle la sonrisa.

La adrenalina me corre por las venas en estos momentos como si fuera un veneno mortal.

Estoy loco, ya lo sé.

Sky asiente con una cortesía tan preciosa que me da ternura.

Es entonces cuando él comete el error y le toca el brazo.

Su dedo roza su piel como si aún tuviera algún derecho sobre ella.

Sky se tensa y yo me enciendo.

No sé si gruño, si cambio de postura o si la mirada que le lanzo a Dylan es legal en algún estado.

Pero sí sé que él retira la mano.

—Bueno —dice, incómodo por primera vez—. Me alegra verte, Sky. De verdad.

Sky sonríe sin sonreír y yo no sonrío en absoluto, porque ni puedo ni quiero.

Solo puedo pensar en que jamás vuelva a tocarla.

Le pido a Sky que nos vayamos.

No lo digo borde, ni seco, ni en tono profesional; lo digo demasiado rápido, demasiado urgente, demasiado no quiero que ese tío vuelva a mirarte. Y en cuanto escucho mi propia voz, lo sé. Me estoy comportando como un adolescente hormonado, uno de esos que se plantan delante de la taquilla de la chica que les gusta y gruñen a cualquier otro ser humano que respire cerca.

Ridículo.

Patético.

Incontrolable.

Porque no sé qué demonios me pasa, pero cada vez que alguien se acerca a Sky… yo reacciono como si tuviera algún derecho sobre ella.

Como si fuera mía.

Como si no pudiera evitarlo aunque quisiera.

Y lo peor es que no quiero evitarlo.

Salimos del pub tras despedirnos de Steve y Samantha.

No hablamos.

Sky camina delante, con las manos en los bolsillos y la respiración acelerada.

Yo detrás, intentando parecer estable cuando por dentro estoy ardiendo.

Ella es la primera en explotar.

—¿Qué demonios te pasa?

—No me pasa nada.

—¡Sí te pasa! —se gira, furiosa, preciosa, viva—. ¡Estás raro desde que ha aparecido Dylan! ¿Qué más te da a ti?

—Me da.

Su boca se abre un segundo, como si hubiera escuchado una frase en otro idioma.

—¿Por qué? ¿Porque estás trabajando? ¿Porque tienes que protegerme? ¿Es eso? Te juro que no te entiendo y estás siendo un imbécil, Jack.

—Sí… y no.

—Entonces explícamelo, porque yo ya no entiendo nada.

Y ahí, sin querer, se rompe la presa.

—¡Porque no me gusta cómo te mira, Sky! —mi voz sale más alta de lo que quiero—. ¡Porque ese tío te mira como si fueras un trozo de su pasado! ¡Como si le pertenecieras! Y no le perteneces a nadie. Y a mí tampoco, aunque, en efecto, me esté comportando como un gilipollas.

Ella parpadea, sorprendida.

—Me ha molestado. Sí. Me ha molestado muchísimo, porque encima es un pedante. Y no ha sido ni por trabajo ni por deber. Es porque no soporto la idea de que él piense que tiene algún derecho sobre ti. Porque no puedo verlo acercarse como si tú fueras algo que se pudiera recuperar cuando le dé la gana. Porque no puedo… —trago saliva— …no puedo soportar la idea de verte con alguien que no te ve como te veo yo.

Sky se queda quieta, completamente quieta, como si mis palabras hubieran detenido el mundo.

—¿Y cómo me ves tú, Jack? —pregunta ella, pero no desafía, susurra la pregunta como si necesitara la respuesta para respirar.

Doy un paso.

Luego otro.

—Como la mujer más increíble que he conocido.

Silencio, pero esta vez está lleno de electricidad y de cosas que no deberíamos decir.

Sky da un paso hacia mí.

Luego otro.

Y otro.

Hasta que ya no existe distancia, el frío desaparece y su respiración choca con la mía.

—Entonces bésame —susurra.

Mi corazón se desintegra.

—Sky…

—No puedes hacerme sentir bien—ella acerca aún más su boca, apenas centímetros—, hacerme sentir lo que siento y no besarme, Jack Hale.

—No puedo.

Ella frunce el ceño, herida.

—¿Por qué?

—Porque soy tu guardaespaldas y porque tenemos un pacto. ¿Ya no te acuerdas?

Ella baja la mirada un segundo, pero luego vuelve a subirla, y sus ojos brillan como una verdad demasiado grande.

—El pacto decía que te irías cuando yo estuviera bien. Y yo… yo ya estoy bien.

No sé si es una confesión, una advertencia o un salvavidas, solo sé que me deja sin suelo, porque ahora mismo no puedo besarla, pero tampoco puedo alejarme de ella.

Y esta contradicción, esta tortura dulce…es el problema más hermoso que he tenido en toda mi vida.

35
Jack

Noto la puerta cerrarse detrás de nosotros, pero el silencio que queda después no es un silencio normal.

Es un silencio cargado y afilado.

Sky sube las escaleras sin mirar atrás y *Pearl* me mira, pero yo no miro nada.

La conversación o discusión o lo que sea que hayamos tenido, no ha terminado bien.

Siento ese golpe de frustración en el pecho, no porque no la haya besado o porque no haya querido besarla, sino porque NO PUEDO.

Soy el tío que tiene que mantenerla a salvo, no el que la rompa, ya me lo advirtió Marc en su momento.

Y porque ella merece algo limpio, algo seguro, algo que no esté condicionado por un contrato, una promesa, un pacto.

Pienso en escribirle, en dimitir, en reconocerle que todo esto se me ha ido de las manos…

No, mejor no.

Me quedo en el salón, dándole espacio.

Acepto que ella necesita tiempo y quizá yo también.

Terry no está, gracias al cielo, seguramente esté haciendo recados por el pueblo.

Enciendo la chimenea del salón e intento engañarme pensando que se arreglará.

No obstante, pasan las horas y Sky no baja a comer cuando Terry llega y tampoco por la tarde ni a cenar.

Yo la excuso con Terry diciéndole que hemos comido algo fuera y que decía que estaba cansada.

Terry se fía más de mí que de ella, así que lamentablemente se traga mis mentiras.

Es por la noche cuando, en el momento que intento dormir, no lo consigo.

Ni siquiera ha dejado a *Pearl* dormir con ella.

Cada segundo que pasa, algo me grita dentro: ve a cuarto, habla con ella y arréglalo.

Es lo correcto.

Así que antes de hacerlo paseo por el cuarto, me doy una ducha caliente para relajarme, vuelvo a pasear por el cuarto…

Hasta que por fin me atrevo a salir de mi habitación para ir hasta la suya.

Pearl, que parecía dormida, se levanta también.

—Vamos a ver cómo está —le susurro.

Ella mueve la cola con una preocupación extraña, como si entendiera.

Toco su puerta sin ser estridente, yo no quiero que Terry se despierte, y tú tampoco.

—Sky… ¿podemos hablar?

Silencio.

Toco de nuevo.

—Sky… no quiero que esto se quede así.

Nada.

Noto esa punzada de alarma en el diafragma.

Algo no cuadra.

La puerta no está cerrada con llave, así que la abro despacio a riesgo de que me lance un abrecartas o algo así.

—Sky…

No hay Sky.

La habitación está vacía, la cama sin arrugas y su abrigo no está.

¿QUÉ COJONES?

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza.

—*PEARL* —susurro, y ella ya está oliendo todo.

Se acerca a la ventana y gime.

Aviso número 1: *Pearl* nunca gime por nada.

Siento un puño frío en el estómago y mi corazón late fuerte y violento.

—No… no…

Busco mentalmente todos los riesgos posibles:
¿Ha salido? ¿Alguien la ha seguido? ¿Alguien del pueblo la ha visto? ¿Y si ha tenido otro ataque? ¿Y si se ha perdido? ¿Y si…?

No.

No me permito terminar esos pensamientos.

Bajo corriendo las escaleras.

Terry está dormida en su habitación, no quiero alarmarla todavía, tengo que pensar con profesionalidad, pero lo único que siento es pánico.

Salgo por la puerta principal y el frío me pega una bofetada.

La nieve ha aumentado y las huellas son frescas.

Una persona.

Pies pequeños.

—Sky… —susurro.

Pearl sale conmigo, sin correa, sin dudar.

Este trabajo nunca fue por dinero ni por reputación. Pensaba que era por mi maldita herida, pero ahora entiendo que siempre fue por ella.

Siempre.

Sin más ruido, sin interrupciones, sin freno, corro hacia el bosque, hacia la nieve, hacia donde ella esté.

He sido un idiota de categoría.

Si está llorando, quiero sostenerla.

Si está perdida, quiero encontrarla.

Si está rota, quiero juntar todas sus partes.

Mientras avanzo entre árboles nevados, solo pienso una cosa: *Que no le pase nada. Por favor, que no le pase nada.*

Y entonces, como una herida abierta, otra verdad me cruza el pecho: No podría sobrevivir a perderla. Ni ahora. Ni nunca.

36
Sky

No sé en qué momento la conversación dejó de tener sentido ni en qué instante el aire se volvió tan difícil de respirar.

Ni cuándo pasó exactamente, pero el hecho es que caminé hacia la cabaña con los ojos ardiendo, la garganta cerrada y una sensación rara, incómoda y dolorosa.

Como si me hubiera abierto el pecho para dar una verdad y me la hubieran devuelto a trozos.

Jack venía detrás, pero no intenté hablarle más.

Había llegado a ese punto en el que si abría la boca, lloraba.

Y llorar frente a él sería demasiado.

Cuando entré en la cabaña, subí las escaleras más rápido de lo socialmente aceptable, cerré la puerta de mi habitación y pegué la espalda contra la madera.

Las manos temblando.

Y me dejé caer al suelo y lloré como una niña que ha estado demasiado tiempo conteniéndose.

Por Jack y por todo.

Por haber perdido mi voz, mi identidad.

Por haber tenido que romperme en público.

Por no saber quién soy si no estoy cantando.

Por no saber qué quiero si no estoy fingiendo.

Por no saber cómo querer sin miedo.

Me abracé las rodillas y me quedé ahí.

No quise comer ni tampoco cenar, me importó muy poco lo que Terry pudiera pensar, solamente estaba explotando (otra vez) y necesitaba estar sola.

Y entonces cuando ya me había vaciado un poco, vino otra vez el maldito pensamiento a mi cabeza: Él quiso besarme y no lo hizo.

Porque no podía.

Porque no debía.

Porque tenemos un pacto.

Y ese pacto lo hice yo.

Y me dolió más aceptarlo que la idea de que me hubiera rechazado.

Me tumbé en la cama y escuché el silencio, pero este me dolía más que mis pensamientos, así que hice lo que siempre hago cuando quiero escapar del ruido: Mirar por la ventana.

La noche nevaba con suavidad, los copos parecían moverse despacio, como si el frío tuviera vocación poética.

Y entonces…

La vi.

Una luz.

No una luz grande, ni cegadora.

Una luz suave, cálida.

Desde el bosque.

Al principio pensé que era mi imaginación.

Pero se movió lenta, constante, como si me estuviera esperando.

Mi corazón dio un vuelco.

La leyenda.

La Leyenda de la Luz del Lobo.

Terry me la contó tantas veces cuando era niña que la sabía de memoria:

"La luz aparece solo en diciembre.

No para guiar a quienes están perdidos en el bosque, sino a quienes están perdidos por dentro."

No estaba loca.

O quizá sí.

Pero lo que sentí… no fue miedo, sino algo parecido a verdad, que latía muy dentro de mí.

Me levanté de la cama, sequé mis lágrimas con la manga del jersey y agarré mi abrigo de lana.

Abrí la ventana con cuidado, bajé por el canalón como solía hacer de pequeña y salí por la puerta trasera.

La nieve crujió bajo mis botas, el frío me cortó la respiración y la luz parpadeó en la distancia.

No corrí, simplemente caminé, porque noto dentro de mí algo precioso que no había sentido en mucho tiempo: intención.

Así que fui hacia esa luz sin saber qué me iba a encontrar, pero sin miedo a encontrarme conmigo misma.

Y por encontrarme a mí, ahora estoy perdida en medio del bosque y la nieve empieza a apretar.

37
Sky

El bosque nunca ha sido silencioso, pero esta noche lo es.

Camino despacio, siguiendo la luz que parpadea a través de los árboles como una luciérnaga gigante, cálida, imposible.

La luz no se mueve, pero yo sí.

Me doy la vuelta, respiro hondo, quiero volver.

Volver al calor, a la cabaña, a Jack.

Volver a mí.

¿En qué maldito momento se me ha ocurrido que esto era una buena idea?

Pues mira, no lo sé.

El viento sopla, suave pero helado, y me abraza y me corta al mismo tiempo.

Doy unos pasos, después otros y entonces, la nieve aprieta todavía más.

Los copos son más rápidos y fríos.

Mis zapatos se hunden y el viento se intensifica.

—Maldita sea… —murmuro, intentando no entrar en pánico.

Intento reconocer el camino, pero todo es blanco, todo es igual.

El bosque respira como si me tragara en un abrazo congelado y el frío me cala la ropa.

Duele y me hace temblar.

—Vale… —susurro—. Creo que no sé dónde estoy.

La nieve sigue cayendo y cada copo es una punzada.

He perdido mi bufanda en algún punto que no sé cuál es.

Pienso en que Jack se moriría de infarto si supiera que estoy aquí…

Quiero hablar con él, quiero hablar con Jack y decirle que…

Joder, decirle que creo que lo quiero.

No lo sé.

Y mientras la nieve cae, helándome la nariz, mordiendo mis dedos, robando el calor de mis botas… yo intento encontrar el

camino de vuelta hacia él.

Más en el intento, no hago otra cosa que adentrarme en el bosque.

38
Jack

El bosque de noche es un latido, un recordatorio, una amenaza que te obliga a mantenerte despierto, atento, vivo.

Y ahora mismo ese latido es lo único que escucho mientras avanzo entre árboles, con la linterna en una mano y el corazón en la garganta.

Pearl va delante.

Nariz pegada al suelo y la cola baja, alerta.

La nieve cae más fuerte cada minuto, borrando huellas y devorando cualquier rastro reciente.

—Vamos, *Pearl* —susurro, y no sé si es orden o súplica—. Encuéntrala.

No sé cuánto tiempo llevamos así, pero me está pareciendo una eternidad.

Lo único que tengo claro es lo que siento: Miedo. El tipo de miedo que no debería sentir un guardaespaldas.

Porque este miedo no es profesional ni táctico, este miedo tiene nombre y ese nombre es Sky.

Pearl levanta de pronto la cabeza y olisquea el aire.

Da tres pasos hacia la izquierda y ladra una sola vez, corta y precisa.

Una señal.

Me acerco con la linterna y ahí está: la bufanda de Sky tirada sobre la nieve como si el viento la hubiera arrancado.

Pero el viento no arranca bufandas, las manos sí.

Mi corazón se rompe un poco cuando la recojo con las manos heladas.

La acerco a mi pecho, como si sirviera para algo, como si pudiera calentarme o calmarme.

—Sky… —susurro. Y por primera vez en mi vida adulta, la voz me tiembla.

Pearl se me acerca y apoya el hocico en mi mano.

Ahí es cuando pierdo el control un segundo y me dejo caer de rodillas sobre la nieve.

—*Pearl*… no puedo perderla.

Ella me mira como solo un perro mira a alguien roto: sin juicio, sin ruido y sin complicaciones.

Yo sigo hablando, porque necesito sacarlo o me ahogo:

—No es solo mi trabajo. No es solo protegerla. Es más. Mucho más. Ella… —cierro los ojos, me cuesta decirlo— …ella me ha devuelto algo que pensé que había perdido para siempre.

El viento me corta la cara y la bufanda se empapa con la nieve.

Yo continúo:

—No pude salvar a Jefferson, y llevo años convenciéndome de que no me merezco sentir, ni querer, ni tener nada bueno… porque si lo tengo, lo perderé. Pero ella… —Mi voz se quiebra—. La necesito, y eso me da un miedo que no sabía que existía.

Pearl mete la cabeza debajo de mi mano, empujándome como diciendo: *Levántate. No hemos acabado.*

Respiro hondo, me pongo de pie y me limpio la nieve de los pantalones, *Pearl* tiene razón.

—Vamos —digo—. No se ha podido alejar tanto. No sin ayuda.

Pearl vuelve a olfatear la bufanda, luego el aire.

Y entonces echa a correr.

Yo voy detrás, esquivando ramas, sintiendo cómo la nieve me llega casi hasta las rodillas en algunas zonas.

El frío muerde, el viento aúlla, pero *Pearl* no se detiene.

Ni yo tampoco.

—SKY —grito, por primera vez—. ¡SKY! ¡RESPÓNDEME!

Nada.

Corremos más.

Pearl de pronto acelera, gira a la derecha, desaparece tras un conjunto de pinos altos.

Y entonces la escucho.

Un ladrido.

Doblo el árbol y la luz de la linterna ilumina una figura sentada en la nieve, abrazándose las piernas, tiritando bajo un pino enorme.

El corazón se me cae y se recompone en un solo movimiento.

—Sky… —susurro, sin aire— joder, Sky…

Ella levanta la cabeza, los ojos rojos por el llanto, la nariz fría, el cuerpo temblando.

—Jack… —dice con una voz que me mata—. Me he perdido…

Mi pecho se rompe, me arrodillo a su lado y la envuelvo con mi abrigo.

La acerco contra mí porque el frío la está mordiendo.

Me abraza y yo solo puedo sentirme agradecido de que esté bien.

—He tenido miedo… —murmura contra mi cuello—. Pero ya no.

Cierro los ojos.

—Estoy aquí —respondo—. Ya está, Sky. Estoy aquí. No voy a dejarte sola.

Ella tiembla y en este abrazo, en medio del bosque nevado, bajo un árbol gigante… lo entiendo todo: Me he enamorado de ella irremediablemente y no hay vuelta de hoja.

39
Sky

No me acuerdo de en qué segundo exacto Jack me alzó en brazos.

Supongo que fue cuando mi cuerpo empezó a temblar sin control.

Pero lo único que recuerdo ahora, mientras cruzamos el umbral de la cabaña, es su respiración firme, constante y segura.

Me deja en el sofá con cuidado y *Pearl* trepa para acurrucarse a mis pies.

Jack enciende la chimenea sin decir nada.

—Entrarás en calor enseguida —dice él finalmente.

—Eso espero —respondo con los dientes apretados.

Eso espero = me tiemblan hasta las pestañas.

Jack desaparece en la cocina y reaparece con una manta gorda y dos tazas humeantes.

—No deberías hacer esto —le digo, aunque no sé a qué "esto" me refiero exactamente.

—Lo voy a hacer —responde, simple como respirar.

Y me pone la manta sobre los hombros.

Después se sienta a mi lado, todavía con esa cara de "no te suelto aunque el bosque me lo pida".

Me mira.

Yo lo miro.

El silencio arde.

—¿Cómo te sientes? —murmura.

No me pregunta "¿Qué ha pasado?", ni "¿Por qué te has ido"?, ni "¿En qué demonios estabas pensando?".

Eso es más propio de Marc, claro, pero a Jack le importa cómo me siento.

Ese pequeño gesto es una caricia mental.

—Asustada… pero tranquila —digo.

Lo miro a los ojos.

—No me he ido para… matarme del frío, por si lo piensas.

Sonríe.

—Lo sé.

—Me he ido porque… necesitaba escucharme sin ruido.

—Eso está bien, aunque podrías haber elegido otro sitio que no fuera el bosque. Más que nada para no provocarme un infarto o algo así —dice haciendo una mueca, pero no hay juicio en su voz.

Hago una respiración larga.

—Tienes razón, lo siento —digo poniendo morritos.

Luego un escalofrío me recorre entera y me tambaleo.

—No importa, estás aquí —dice él.

—¿Cómo lo has sabido? Quiero decir… ¿cómo has sabido que tenías que salir a buscarme?

Jack se frota la nuca con la mano.

—Bueno, yo… fui a tu habitación, quería hablar contigo… arreglar las cosas, supongo.

—Supones —repito.

—Sí. Bueno, ¿has sacado algo en claro de tu paseo nocturno?

Me muerdo el labio.

—Que la música no me odia, solo me asusta. Y que tú tampoco me odias, solo tienes miedo.

Jack traga saliva.

—Sky…

—No hables ahora —susurro—. Déjame decirlo yo.

Él asiente.

—Me asusta que me veas —digo—. Porque si me ves, puedes romperme. Y si te rompo yo… no me lo perdonaría nunca. —Pero me di cuenta de algo en el bosque —continúo—. No quiero pasarme la vida huyendo de sentir. No quiero ser una canción sin letra. No quiero evitarte más.

Jack murmura:

—Sky…

—No quiero… evitar sentir cosas contigo.

Su respiración se agita.

La mía también.

Estamos los dos rotos, pero rotos en la misma forma.
Mi mano se desliza bajo la manta y roza la suya.
Solo un roce.
Un milímetro.
Pero ese contacto es dinamita.
Jack baja la mirada a nuestras manos, después me mira a mí.
Azul sobre miedo.
Miedo sobre deseo.
Deseo sobre verdad.
Lo tengo cerca.
Muy cerca.
Y entonces lo digo, bajito:
—Bésame, por favor.
Él cierra los ojos dos segundos.
Dos segundos eternos.
—No puedo… —susurra.
Mi corazón se parte un poquito.

—Entonces dime que no quieres —le digo, con la voz rota.
Jack me mira directamente a los ojos con tanta intensidad que es físicamente difícil sostenerla.
—Quiero —admite, casi sin voz—. Joder, Sky… claro que quiero.
Nos acercamos como quien vuelve a casa.
Mi frente toca la suya y su aliento roza mi boca un segundo.
Y entonces…sus labios llegan a los míos de forma suave.
Sin torpeza o ansiedad, como si el universo supiera que este beso tenía que existir desde hace años.
Mis dedos se meten en su pelo y su mano se desliza hasta mi mejilla.
Me besa despacio, con una delicadeza que me hace arder más que cualquier beso apasionado.
Cuando nos separamos, apenas dos centímetros, él me mira como si yo fuera algo sagrado.
—No tienes que ser perfecta —me murmura—. Solo tienes que ser.
Entonces lo digo, sin filtros:

—Y contigo… puedo.

Y él me atrae otra vez hacia sí para besarme de nuevo los labios.

Me levanto del sofá y él se levanta conmigo, aún con su mano en mi mejilla.

Cuando la baja a mi cintura, no tira de mí, simplemente me invita y yo acepto.

Me coge en brazos antes de que pueda pensar en negarme y *Pearl* observa desde el recibidor, dejando escapar un gemidito confundido, como si no supiera si tiene que ser guardaespaldas perruna o respetar el momento.

Jack se ríe bajito sin dejar de mirarme.

—Vamos a tu habitación —susurro, y él asiente sin palabras.

Subimos las escaleras despacio, él conmigo en brazos, sin hacer ruido, como si el mundo fuera algo sagrado que pudiéramos perturbar.

Después me deja suavemente sobre la cama y no me mira el cuerpo, no recorre cada centímetro con hambre, solo me mira a mí.

Y eso… me hace temblar más que cualquier contacto.

Se sienta a mi lado y me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos, lento, cuidadoso, como quien acaricia una herida que está sanando.

Yo acerco mi frente a la suya.

Nuestros labios se buscan otra vez y cuando nos besamos, el beso ya no tiene miedo dentro.

Mi mano se desliza por su cuello y la suya por mi cintura.

Nos tumbamos y su cuerpo se acomoda sobre el mío con delicadeza, como si conociera cada frontera, cada límite, cada emoción que llevo dentro.

Su mano en mi culo, la mía en su pelo.

Mi corazón late tan fuerte que casi lo escucho.

El suyo también.

Él me cubre con la manta cuando nos libramos de la ropa y se pega a mí, piel con piel.

Su frente contra la mía.

Su respiración tibia rozando mis labios.

Y entonces, cuando nuestras miradas se encuentran en la oscuridad suave de la habitación, él susurra:

—Estoy contigo.

No promete lo que no puede cumplir.

No habla de futuro ni de eternidades.

Solo del ahora.

Y ese ahora es perfecto.

Dejamos que el resto ocurra sin prisa, sin miedo y sin máscaras.

Porque esta noche no nos escondemos, es volver a casa.

40
Jack

20 de diciembre de 2025

Amanecemos juntos y no hay fuegos artificiales, ni música de fondo, solo algo que nunca pensé que significara tanto: respirar al mismo ritmo que ella.

Sky tiene la cara apoyada en mi hombro, el pelo enredado y las piernas cruzadas con las mías bajo la manta.

Pearl duerme al pie de la cama.

No sé cuánto tiempo llevo despierto, pero sí que no quiero que esto se acabe nunca.

Entonces ella murmura, somnolienta, sin abrir los ojos:

—Jack… ¿me acompañas a un sitio?

Mi cuerpo responde antes que mi cerebro:

—Claro.

Ella levanta la cabeza y me mira con esos ojos que ahora ya no esconden tanto dolor, solo restos de tormenta.

—A esta hora no habrá mucha gente —añade—. De verdad necesito ir.

Me incorporo despacio, la tomo por la cintura y beso su hombro.

Es suave, íntimo, inevitable como un latido.

—Donde quieras —murmuro—. Yo voy.

Nos vestimos en silencio, sin tensión, sin esa incomodidad de haber cruzado una frontera, nos lavamos los dientes y Sky prepara un termo de café.

Antes de abrir la puerta de la cabaña, se llevo los dedos a los labios para pedirme silencio.

No queremos despertar a Terry.

La pobre no se ha enterado de absolutamente nada, menos mal.

Salimos al exterior y camina delante de mí.

Me doy cuenta de que va tranquila, aunque yo de momento solo la sigo, no sé dónde vamos.

Pearl trota entre nosotros como si necesitara comprobar que no nos separamos.

Unos minutos más tarde llegamos a la iglesia.

Dentro huele a madera vieja e incienso y entonces sé exactamente lo que va a pasar a continuación.

Sky se acerca al piano nuevo y lo toca como si fuera un animal dormido y necesitara acariciarlo primero para despertarlo.

No dice nada, solo se sienta y cuando presiona la primera tecla… Yo dejo de respirar.

No es la Sky de los escenarios, las luces, las giras o los titulares.

Es una Sky desnuda de pretensiones que canta para sí misma y vuelve a casa.

La melodía es la misma que escuché en su móvil, pero ahora suena más… viva.

Canta con una voz que rompe y reconstruye en el mismo segundo.

Está volviendo.

La he visto ahogarse y ahora respira, porque la música no la estaba rechazando.

La música la estaba esperando.

Ella termina la canción y baja la cabeza, con los dedos aún sobre las teclas.

Yo trago saliva, me limpio una lágrima que no sabía que tenía y me acerco.

Le digo lo único que tiene sentido:

—Gracias.

Sky levanta la vista y me mira como si no entendiera.

—¿Por qué me das las gracias?

Me siento a su lado, sin tocarla todavía.

—Porque dejarme ver quién eres.

Ella parpadea, como si la frase la hubiera golpeado en un sitio sensible.

Y entonces, por primera vez desde que llegó a Snowpine Ridge, yo veo felicidad sin miedo.

Sky Harper sonríe.

Y no hay música en el mundo que suene más bonita que eso.

41
Sky

No sé qué ha pasado con Snowpine Ridge, pero de repente parece una postal navideña que huele a canela, madera caliente y promesas que ya no dan miedo.

Y tampoco sé qué ha pasado conmigo, Sky Harper, pero me sorprendo sonriendo sin tener que forzarlo.

Desde hace días.

Desde él.

Es veintiuno de diciembre y el tiempo parece haberse confabulado en mi contra: los días son cortos, las horas también y cada momento con Jack tiene la mala costumbre de quedarse en mi piel un ratito más de lo debido.

Vamos a patinar a Crystal Lake.

Bueno, "patinar".

Yo anuncio que soy patinadora profesional.

Jack dice que, por supuesto, lo cree… igual que espera ser coronado campeón mundial de curling.

Resultado: los dos terminamos en el suelo.

Yo le caigo encima en cámara lenta.

Él se queda quieto, respirando hondo, como si el hielo ardiera o yo lo hiciera más aún.

—Esto ha sido intencionado —dice con esa voz grave que debería venir con advertencia.

—Sí, totalmente. Lo planifiqué al milímetro la semana pasada, no te fastidia… —Ni siquiera intento moverme.

Nos reímos.

Nos enredamos.

Nos besamos como si el mundo fuera solo esta superficie congelada y sus manos sujetándome la cintura me bastaran para respirar.

Y lo más absurdo: los vecinos que pasan por el lago nos saludan como si ya fuéramos marca registrada.

"Sky y Jack".

Dicho así, con naturalidad insultante, suena ridículo.

Pero a mí también me suena a hogar.

Al día siguiente, Terry insiste —INSISTE— en que vayamos al cine antiguo, ese que solo abre en Navidad para proyectar romcoms navideñas con olor a mantequilla quemada y palomitas del pleistoceno.

El cartel dice: "Amor en Nieve Ajena".

Ya empezamos bien.

La película es tan tópica que Jack murmura en mi oído:

—Esto es un secuestro romántico.

—Calla y disfruta —respondo, dándole un puñetazo flojo en el brazo—. Estás viviendo cultura local.

Terry se duerme en la butaca contigua y cuando empieza a respirar fuerte, nos damos cuenta de que eso no es un ronquido normal, es una mezcla entre oso hibernando y flauta de emergencia de los bomberos.

Jack se gira hacia mí con una expresión de "por favor, sácame de aquí" que me hace plantearme si puedo morir de risa en un cine oscuro.

Intento contenerme, pero fracaso estrepitosamente.

Me llevo una mano a la boca y él me mira con esos ojos de "no lo hagas… no te rías… no".

Me río.

Él también.

Y entonces pasa sin aviso y sin planificación.

Nuestras manos se buscan bajo la mantita que nos echó Terry encima "porque siempre hace frío en ese antro, hija".

Y en un segundo, sus dedos rozan los míos.

En dos, yo los dejo.

En tres, él aprieta suavemente.

Y así estamos: cogidos de la mano en una sala antigua, iluminados solo por la luz de la pantalla, mientras una pareja ficticia se besa bajo una tormenta de nieve falsa.

Yo siento calor real.

Algo se enciende.

Algo se acopla.

Algo hace clic.

Terry ronca al ritmo de una marcha militar.

La pareja de la pantalla declara amor eterno en menos de dos semanas.

La gente del pueblo llora a moco tendido.

Y Jack Hale me está agarrando la mano como si fuera lo más natural del mundo.

Y entonces me doy cuenta de que Snowpine Ridge nunca me había parecido tan bonito.

Antes era pequeño, ahora es acogedor.

Antes era silencioso, ahora es hogar.

Antes lo veía como una jaula, ahora… como refugio.

Quizá no ha cambiado el pueblo, quizá la que ha cambiado he sido yo.

No sé qué será de Jack y de mí, ni tampoco qué será de nuestro pacto, pero sí que sé lo que siento: con él no tengo que fingir, no tengo que ser Sky Harper, popstar mundial.

Solo tengo que ser Sky.

Y eso, a estas alturas, es un regalo.

*

El baile bajo las estrellas es mañana.

Terry dice que es "el evento romántico del pueblo" y que "si Jack no te besa allí, tendré que hacerlo yo".

Madre mía, si ella supiera…

A veces pienso que Snowpine Ridge es mágico.

A veces pienso que Jack Hale lo es.

Y ahí es donde se pone peligrosamente bonito.

Porque algo dentro de mí me hace no querer irme de aquí nunca más.

42
Sky

23 de diciembre de 2025

Estoy lista.

Y cuando digo lista, quiero decir: vestido plateado que Terry ha desempolvado del desván, pelo suelto en ondas suaves y labial color fresa porque Maggie ha dicho que ese color me hace justicia y no la puedo contradecir.

Jack está abajo esperándome y yo bajo las escaleras sintiendo algo nuevo en la piel: calma.

Pero no llego a él, porque antes escucho:

—¡¡NOOOO, NOOOO, NOOOO!!

La voz de Terry, histérica, a un volumen digno de sirena de ambulancia.

Jack y yo nos miramos, ni tiempo le da a decirme lo guapa que estoy ni a deslumbrarme con lo guapo que está él.

Entramos al salón y Terry está pegada al móvil como si quisiera estrangularlo.

—¿Cómo que no venís? —grita— ¡Pero sois LA ORQUESTA DEL MUÑECO DE NIEVE! ¡No puede haber un baile sin música!

Se gira hacia nosotros, ojos desorbitados, delantal lleno de harina nerviosa.

¿Por qué lleva un delantal sobre su vestido elegante?

—¡Sky! ¡Jack! ¡Es una tragedia! ¡Una tragedia navideña! ¡No hay música! ¡Estoy sufriendo mucho!

Jack intenta mantener la compostura seria.

Spoiler: no lo consigue.

Y yo digo simplemente:

—Puedo hacerlo yo.

Silencio dramático.

—¿Tú? —preguntan ambos al mismo tiempo.

Yo levanto la barbilla.

—Sí. Cogemos el piano de la iglesia. Yo canto.

Terry abre la boca como si hubiera visto una aparición mariana.

—¿Cantas hoy? ¿Ante el pueblo? ¿En directo?

Yo sonrío.

—¿Hay micrófono, no?

Jack y Terry se miran y finalmente asienten.

—Bien, pues vamos a ello. Terry avisa a Hopper y Maggie, ellos se encargarán de que el piano sea transportado a la plaza. Jack y yo vamos allí a prepararlo todo, los vecinos nos ayudarán.

*

El baile bajo las estrellas se hace en la plaza, justo al lado del Árbol gigante.

El cielo está oscuro, pero lleno de puntitos blancos.

Y yo, por primera vez en mucho mucho tiempo… no estoy asustada.

O sí, un poquito, pero no esa clase de miedo que paraliza.

Es ese miedo bonito, el que tienen las piernas antes de bailar, el corazón antes de decir "te quiero" o la boca antes de besar.

Jack y Hopper suben el piano entre los dos al escenario.

Team musculitos del pueblo, versión navideña.

La gente se acerca y todos sonríen.

Ni una cámara, ni un móvil alzado, nada.

Terry se pone delante de mí, con lágrimas en los ojos:

—Haz lo que sabes hacer, hija.

Luego da un paso atrás y Maggie sube al escenario, micrófono en mano.

El pueblo todavía no sabe nada de lo que ha sucedido, ni tampoco que soy yo quien va a cantar.

Jack se queda a mi derecha, a poca distancia, lo suficiente para sentirlo.

Maggie carraspea frente al micrófono dos veces, porque la primera no funciona y la segunda suena como si hubiera tragado

purpurina, y sonríe al pueblo entero reunido bajo las luces.

—Buenas noches, Snowpine Ridge —dice con esa voz cálida de pan recién hecho—. Ya sabéis que este es uno de mis momentos favoritos del año… El Baile Bajo las Estrellas. Una noche para recordar que, aunque nieve, aunque haga frío, aunque la vida se complique… la Navidad siempre encuentra la forma de ponernos un poquito de luz en el corazón.

El público aplaude de forma suave, con esa mezcla de orgullo y frío en las manos.

—Quiero deciros una cosa —continúa Maggie—. El amor adopta muchas formas: puede ser familia, puede ser amistad, puede ser ese abrazo que llega justo a tiempo… o incluso puede ser un perro que decide que eres su persona favorita. —Se escuchan risas y *Pearl* ladra al fondo como si lo confirmara—. Pero lo importante, lo verdaderamente mágico, es que el amor siempre vuelve. Aunque uno no lo esté buscando.

Maggie respira hondo.

—Ahora bien… tenemos un pequeño problemilla. Nuestra querida orquesta… pues… se ha quedado atrapada en la carretera. Una pena, porque yo ya estaba lista para desafiar a Hopper a un baile que hubiera pasado a la historia de este pueblo.

Hopper grita "¡ya quisieras!" y la gente ríe.

Maggie levanta una mano, pidiendo atención.

—Pero… —sonríe— …esta noche la magia no la trae una orquesta. Esta noche la magia la trae alguien muy especial. Alguien que ha vuelto a casa y que ha encontrado un poco de paz… y nos la quiere regalar a todos.

Un murmullo emocionado recorre a los vecinos.

Jack me mira y yo respiro hondo.

—Snowpine Ridge… con vosotros… Sky Harper.

Y el pueblo estalla en aplausos.

Cuando Maggie dice mi nombre por los altavoces, siento un temblor en el pecho, como si mi cuerpo recordara de repente que cantar no solo era mi trabajo… sino mi casa.

Subo los escalones del pequeño escenario con las manos heladas.

El piano está ahí, bajo un arco de luces cálidas y copos de nieve cayendo despacio, como si alguien hubiese puesto el mundo en modo slow motion.

El murmullo del pueblo se apaga.

Acaricio el borde del piano con los dedos y lo reconozco como un viejo amigo que me estaba esperando.

Me siento, respiro y noto cómo entra el frío para que la música salga.

Entonces levanto la mirada y lo veo: Jack, de pie al fondo de la plaza, congelado, con los ojos clavados en mí como si temiera que desaparezca si parpadea.

Mi corazón hace un ruido ridículo, pero apoyo las manos en las teclas y empiezo.

La primera nota es suave y la segunda me quiebra un poco, pero la tercera me reconstruye.

Mi voz sale temblorosa, como si alguien me hubiera tejido el alma con hilo fino.

Cierro los ojos y canto esa canción que grabé en el móvil, la que nunca le enseñé a nadie, la que solo compuse para desahogar un nudo que no sabía deshacer.

La que solamente ha escuchado Jack.

Una canción sobre perderse, buscarse y volver a levantarse cuando ya no quedan fuerzas.

Mi voz sube, baja, tiembla, se rompe y sana al mismo tiempo.

La plaza entera parece contener la respiración, la nieve cae más despacio y las luces parpadean con un ritmo que podría confundirse con el latido del pueblo.

Canto de verdad, de ese modo que duele y alivia al mismo tiempo.

Que abre grietas y cura sin agredir.

Las últimas notas me salen casi en un susurro y cuando termino no hay aplausos inmediatos, solo un silencio enorme.

Bello.

Vivo.

De esos que no necesitan sonido para significar algo.

Abro los ojos y observo lágrimas en los de Jack.

Él no se mueve.

Yo tampoco.

Es entonces cuando los primeros aplausos rompen la atmosfera, tímidos, para luego estallar en vítores y silbidos.

Sonrío y hago una reverencia, llevándome las manos al pecho.

Cuando vuelvo a mirar a Jack, ya no lo encuentro entre la gente y caigo en algo que me deja sin aire, en algo que se me había olvidado tras estos últimos días junto a él: Jack Hale va a marcharse porque ya no necesito su protección después de lo que acabo de hacer.

Esa era su parte del trato.

43
Jack

Hay un momento, inmediatamente después de que Sky termine de cantar, en el que el mundo se suspende.

Como si hubiera nieve flotando en lugar de cayendo.

Ella está rodeada de gente que la adora, ha vuelto, respira, pertenece a este lugar.

Y yo entiendo, muy a mi pesar, que mi misión ha terminado.

Ese era el trato, ¿no?

La he salvado, pero no de paparazzi ni de amenazas.

La he salvado de hundirse.

Y ella también me ha salvado a mí sin pretenderlo.

Ese pensamiento me perfora el pecho y sé que no puedo quedarme.

Si me quedo, no la ayudo: la limito.

Sky no necesita un guardaespaldas.

Ni un salvador.

Ni un tipo que nunca creyó merecer nada bueno.

Sky merece alguien que no tenga miedo de quedarse y yo todavía lo tengo por si rompo lo que la he ayudado a construir: la confianza en sí misma.

Por eso… tengo que irme.

Es lo correcto.

Lo que duele no siempre es lo que está mal.

Llamo a *Pearl* y ella corre hacia mí, feliz como si fuéramos a por golosinas.

—Vámonos, chica —susurro.

Ella se detiene, ladea la cabeza y mira hacia Sky, como si me dijera: "¿La dejamos?"

—Es lo que toca —respondo.

Caminamos juntos hasta la cabaña cuando el pueblo todavía suena a risas y música y felicidad, como si toda Snowpine Ridge

estuviera celebrando a Sky.

No me sorprende.

Yo entro a la cabaña, enciendo solo una lámpara pequeña y Pearl me observa triste y confusa.

—Tengo que hacerlo bien esta vez —le digo, acariciándole la cabeza—. No puedo desaparecer sin despedida.

Busco papel, boli y valor también.

Querida Sky,

Me cuesta empezar porque no hay una forma fácil de decir adiós. Pero tengo que hacerlo, para cumplir mi parte del trato. Ya no necesitas mi protección, acabas de subirte a un escenario y has vuelto a cantar comos los dioses.

Reto conseguido.

Yo llegué aquí para protegerte y ha terminado siendo al revés.

Has salvaste algo de mí que yo creía muerto.

Contigo todo ha sido diferente; no he tenido que fingir fuerza, ni esconder el miedo ni construir paredes.

Contigo he podido ser solo un hombre cualquiera, y eso es suficiente.

Gracias.

Gracias por dejarme ver quién eras cuando ni tú lo sabías, por curar un corazón que ya no creía en nada, por devolverme la esperanza.

Recuerda que nunca has estado ni estarás sola, estás rodeada de gente increíble que te quiere simplemente por existir, por ser solo Sky.

Y precisamente esa Sky, la de Snowpine Ridge, es la que me ha enamorado.

Cuando estés lista, ve al Árbol de los Secretos Amables y busca uno que esté a tu nombre.

Lo escribí para ti el día que fuimos a Pine Bean, cuando me enseñaste tu lugar seguro, ahí empezaste tú a ser el mío.

Te quiero.

Firmado: Jack.

Pd: me llevo la camioneta de Hopper. Podrá recuperarla en el aeropuerto de Missoula.

Doblo la carta, la dejo sobre su almohada, salgo de su habitación y cruzo el recibidor buscando una copia de las llaves de la camioneta de Hopper que Terry siempre guarda en el mueble de la entrada.

Recojo mis cosas, cojo algo de comida para Pearl y subimos a la camioneta.

Miro la cabaña por última vez y murmuro:

—Ojalá supieras cuánto te quiero.

Pero ella no puede oírme ahora, quizá lo haga mañana, cuando lea mi carta, cuando encuentre el secreto del árbol bajo su nombre.

Entonces arranco y dejo que la nieve caiga sobre Snowpine Ridge.

Mientras mi corazón se queda allí, en la plaza, sentado frente a un piano que no volveré a ver tocar.

44
Sky

Camino hacia la cabaña con Terry a mi lado, intentando sonreír pero sin conseguirlo.

El corazón no me late normal.

Late raro, como si tuviera miedo de llegar demasiado tarde.

—Sky, no pongas esa cara —dice Terry, agitando una mano como si espantara pensamientos—. Seguro que Jack solo ha ido a por hielo para la fiesta o a mear a gusto sin testigos.

—No —respondo, con la voz más frágil de lo que quiero admitir —. Se ha ido.

—¿Qué dices, niña? —Terry se ríe— ¿Cómo va a irse? ¡Si no tiene a dónde ir! Este hombre tiene la personalidad emocional de un plumero, pero el culo no le cabe en el mundo exterior sin ti. Vamos, mujer…

Yo trago saliva.

—Tía Terry… sé que se ha ido.

Ella chasquea la lengua como si hablara con una niña de cinco años:

—A lo mejor se ha sentido indispuesto. El chocolate hace estragos. ¿Tú sabes lo peligroso que es un chocolate cargado? Eso puede perforar intestinos. Igual le ha sentado mal y está en el baño con *Pearl* sujetándole la mano en espíritu…

—Terry —murmuro—. Se ha ido.

Ella me mira muy seria.

—Mira, no quiero alarmar… pero sí, igual se ha cagado por la pata abajo. Que con lo que come ese hombre, cualquier día explota.

Yo me quedo quieta.

Terry me mira, yo la miro.

Y entonces ambas corremos hacia la puerta.

Entro en la cabaña y solo encuentro frío y silencio.

Jack no está.

Pearl no está.

No está su abrigo en el colgador, ni tampoco sus botas ni su ropa.

Terry abre la boca.

Y yo… no puedo respirar bien.

Camino hacia mi habitación como si estuviera viendo mi vida desde fuera, somo si fuera un huracán en cámara lenta.

Entro y lo veo: un papel sobre mi almohada.

Maldito Jack Hale, pienso con amargura.

Una carta.

Terry, que ha aparecido detrás de mí, da un paso hacia atrás, como si entendiera que ese papel es sagrado.

—Sky…

No escucho, solo cojo la carta y, con temblor en mis manos, empiezo a leer línea por línea.

Sus palabras me rasgan, pero me cosen también al mismo tiempo.

Me rompen y me pegan.

Me hieren y me curan.

Lloro en silencio, incluso siento gratitud, porque nunca nadie había escrito sobre mí con esa verdad, nadie había visto partes de mí que yo no sabía cómo enseñar y nadie había pensado que merecía paz.

Doblo la carta despacio.

Terry está allí, en el marco de la puerta, con lágrimas que no esperaba ver en ella.

—Sky… ¿qué dice?

—Dice que me salvó —respondo, con voz rota—. Y que a él también lo salvé yo.

Ella asiente con la cabeza muy despacio.

—Y también dice… que vaya al árbol.

—Pues vamos, hija —dice Terry, limpiándose las mejillas con el delantal—. Tiene que ser una cosa que no puede esperar.

—No sé qué hacer, solo quiero que vuelva.

Se ha ido porque me quiere y ese tipo de amor no se mendiga, se lucha y yo voy a luchar.

Porque a veces una casa no es un lugar, sino una persona, y yo no pienso dejar mi casa sola.

45
Jack

Pearl camina a mi lado con cara de tragedia.

La azafata de billetes en el aeropuerto nos mira como si quisiera regalarnos un abrazo.

Pues gracias, seguramente lo necesite.

—Lo siento, señor Hale —dice, con esa voz suave típica de quien no quiere empeorar la situación—. Pero no queda ni un solo vuelo hacia Los Ángeles hasta después de Navidad.

Ni hoy… ni mañana… ni pasado.

Yo cierro los ojos un segundo, como si eso borrara la realidad.

Lo sabía.

Lo sabía en cuanto Sky tocó la última nota en la plaza.

En cuanto la vi brillar.

En cuanto la sentí libre.

En cuanto supe que yo ya no era necesario.

Pero haberlo sabido no lo hace menos devastador.

Abro los ojos.

—Entiendo —respondo.

La mujer teclea algo más, como si buscara un milagro escondido entre pantallas.

—Podría ponerle en lista de espera —sugiere—. Pero… sinceramente, no puedo prometerle nada. La gente vuelve a casa por Navidad.

La ironía es tanta que me gustaría reír.

La gente vuelve a casa por Navidad, dice, y yo acabo de abandonar la única casa que he encontrado de verdad en mi vida desde que me marché de casa de mis padres, en Londres.

—Póngame en la lista —digo finalmente.

Ella asiente.

—Tiene dónde pasar la noche, ¿no? —pregunta, mirándome como quien mira a un hombre recién divorciado.

—Sí… —respondo.

No tengo, pero la mentira es más fácil, no me apetece reconocer que seguramente duerma en el aeropuerto con la perra.

Pearl apoya su cabeza contra mi pierna y suelta un gemido largo, uno que casi parece una queja verbal.

La señorita sonríe.

—Ella no quiere irse —dice.

Yo la miro.

Yo tampoco, pero no le digo eso, solo acaricio a Pearl, que me mira como si quisiera decir: "hemos cometido un error".

Y quizá lo hemos hecho, porque pensé que irme era lo correcto, que dejarla libre era noble.

Pero ahora miro la puerta de salida del aeropuerto y siento que estoy huyendo de algo que ya no quiero huir.

Me siento en un banco.

Pearl se tumba y mete el hocico debajo de mi cinturón, como si quisiera pegarse más todavía.

—Sé que crees que cometí un error —susurro.

Ella me mira como diciendo "Pues claro, idiota".

—Pero ella… no me necesita.

Pearl parpadea dos veces.

Sacrificio no significa felicidad.

A veces sacrificas y te rompes.

A veces te quedas y sanas.

A veces no debes salvar a alguien.

A veces debes permitir que te salven.

El pensamiento me perfora: Yo también la necesito.

Y me odio por darme cuenta ahora, cuando seguramente ya esté pasándolo mal por haberme ido así…

La he cagado.

46
Sky

24 de diciembre de 2025

No paro de caminar.

Voy del sofá a la ventana, de la ventana a la chimenea, de la chimenea a la cocina y vuelta al sofá.

Me siento como una Roomba emocional sin batería.

—Por favor, ¿puedes parar de pasearte? —dice Terry, con cara de penitencia—. Me estás mareando. Si me caigo al suelo, no va a venir Santa Claus a levantarme, te lo digo.

—No puedo parar —respondo, apretándome las manos—. Es que… no puedo.

Terry está sentada en su sillón con un gorro navideño que dice "HO HO HO, PERO CON CAFÉ".

Maggie está en la butaca acolchada, bordando un calcetín con precisión quirúrgica.

Hopper está recalentando un plato en el microondas.

El plato hace ping y Hopper dice:

—Ha estallado el puré de patata. Otra vez.

—Hopper, que tú estés enfadado no significa que…

—Ese guardaespaldas es un sinvergüenza… ¡Se ha llevado mi camioneta! Ahora hemos de avisar a Jim y Jim me tendrá que llevar a Missoula y…

Terry suspira.

—A ver, repaso rápido: Jack ha ido a Missoula, no ha vuelto, así que habrá cogido un avión… No sabemos dónde está, tú no has dormido, yo estoy a punto de arrancarte las piernas de tanto verte pasar y Hopper se ha cargado el puré de patata.

—¡No me he cargado nada! —grita Hopper desde la cocina—. ¡Ha sido el microondas!

Maggie levanta la vista por encima de sus gafas.

—La ciencia confirma que ese electrodoméstico no explota sin ayuda, Hopper.

Él cruza los brazos, ofendido.

—Es la tercera vez que me juzgáis hoy y aún no es mediodía.

Yo me dejo caer en el sofá como un fardo de nervios.

—Sky —dice Maggie suavemente—. ¿Has pensado que quizá… deberías ir a buscarlo?

—¿Ir yo? —respondo—. ¿Yo ir al aeropuerto? ¿YO?

—Hija, ya no te vas a encontrar con hordas de gente con cámaras —dice Terry—. Están comprando pavos, no persiguiendo estrellas del pop.

—Sí, pero…

—Además —interrumpe Maggie—, solo hay un aeropuerto cerca. Si está, está ahí.

Hopper come puré directo desde el envase.

—Y si está, pues nada, lo traes a la fuerza. Yo te acompaño.

—No —respondo.

—¿No al aeropuerto o no a traerlo? —pregunta Hopper.

—No a… —respondo—. Mira, no lo sé.

Terry se inclina hacia mí.

—Sky, cariño… no puedes esperar aquí sentada. Estás hecha una chispa nerviosa.

—Y tú estás mareada —respondo.

—Mucho —asiente ella—. Y haces que Maggie cosa torcido. Mira eso, parece el calcetín de un payaso triste.

Maggie mira su labor, horrorizada.

—¡Esto no se arregla! —exclama.

Yo suelto un suspiro que me sale desde el alma.

—Podría llamar a Marc —digo sin pensarlo demasiado.

Los tres me miran.

Terry se inclina:

—¿Para qué?

—Para… preguntarle si sabe dónde está.

Silencio incómodo.

Maggie deja el bordado en su regazo.

Hopper baja los ojos al puré, reflexivo como gente que piensa cosas profundas sobre comida.

Terry suspira.

—A lo mejor sabe algo…

—A lo mejor no —respondo—. Y si le digo que Jack se ha ido… Marc pensará que ha fallado. Y entonces esto será peor.

Nadie dice nada, no porque no tengan opinión, sino porque saben que tengo razón.

—Está bien —respondo finalmente, levantándome—. No llamaré a Marc.

—Perfecto —dice Terry.

—Pero tampoco me quedaré quieta —añado.

—Perfecto, también —dice Terry.

Yo camino hacia la puerta, agarro mi abrigo, y digo:

—No he dormido en toda la noche pensando en si volvería.

Maggie asiente con esa calma sabia suya.

—El corazón sabe antes que el cerebro, Sky.

Maggie dice algo bajito, como si lo susurrara para no romper nada:

—Ve al árbol, Sky.

Me detenido y la miro.

—¿Qué?

—Él dijo que había algo para ti allí… ¿no?

Yo asiento.

La carta sigue guardada en el bolsillo de mi abrigo.

—Sí.

—Pues ve —dice Terry—. A veces el amor no está donde creemos. Está donde dejamos cosas pendientes.

Y con esa frase, me pongo el abrigo, busco la carta en el bolsillo y la aprieto en mi puño cerrado.

Hopper levanta el puré.

—¿Quieres que vayamos contigo?

—No —respondo—. Necesito hacerlo sola.

Camino hacia la puerta y salgo al exterior con mi corazón lleno de esperanzas rotas y reconstruidas a la vez.

47
Jack

He dormido en una butaca del aeropuerto, tal y como auguré anoche cuando me dijeron que no había billetes disponibles.

Bueno, dormir es un verbo muy generoso, porque apenas cerré los ojos y mantuve la mano apoyada en el lomo de Pearl todo el tiempo, como si ella fuera mi ancla al mundo.

Ella apenas durmió, cada vez que alguien pasaba cerca, levantaba el hocico y olfateaba.

Es primera hora de la mañana y me levanto del asiento rígido para salir a tomar aire y pensar qué hacer.

Saco un café de la máquina y *Pearl* me sigue pegada a la pierna.

El frío del exterior me despierta más que el café, es tan cortante que hasta el asfalto parece que se ha congelado.

Me meto las manos en los bolsillos, camino despacio, pensando en nada y pensando en todo.

Pearl olfatea el aire, con su nariz fina como una flecha y de repente…

Corre.

Como si hubiera visto un fantasma.

Como si hubiera oído una orden divina.

Como si supiera dónde ir.

—¡*Pearl*! —grito— ¡*PEARL, VEN AQUÍ!*

No me escucha.

No puedo dejarla perderse, la nieve es alta, el viento duro.

Corro tras ella, pero ella corre más rápido que yo.

Llego al final del estacionamiento de los coches, donde aparqué la camioneta anoche, pero ella ya no está.

La he perdido de vista.

Y entonces… veo la camioneta de Hopper.

Por instinto, por desesperación, por amor, me meto en ella, arranco el motor y no pienso, ni planeo ni razono, solo quiero

recuperar a Pearl, no puedo perderla a ella también.

Sigo la dirección donde Pearl ha desaparecido.

No necesito GPS ni tampoco señales, porque empiezo a hacerme una idea sobre el sitio al que va.

Como si ella lo hubiera sabido desde siempre.

Al árbol.

A ese árbol donde dejé mi secreto.

A ese árbol donde puse su nombre.

A ese árbol que me quema el pecho de solo imaginarlo.

Y yo la sigo, porque ya no tengo el valor ni la estupidez de dejarlas solas.

*

Conduzco por la carretera a toda velocidad a riesgo de que los neumáticos resbalen, pero me aferro al volante con más fuerza que a cualquier pensamiento coherente que intentara frenarme.

Aparco a la entrada del pueblo y corro hacia la Plaza, donde está él árbol, rezando para que Pearl esté allí.

Las luces del árbol parpadean con ese brillo tembloroso que parece respirar.

La veo buscar entre los mensajes y mi corazón trota como nunca me imaginé.

Seguro que tiene las manos frías y los labios temblando.

Pearl la observa desde una esquina, no parece haberse dado cuenta de que está ahí.

Maldita perra traidora, pienso.

Encuentra el secreto amable que dejé para ella con su nombre escrito con letra firma justo cuando me acerco a ella por detrás.

SKY HARPER

La respiración se le corta, aunque todavía no le digo nada.

Es entonces cuando abre el papelito y lee en voz alta: Ojalá pudieras verte con los mismos ojos…

Ella para de leer porque está llorando, así que comprendo que es mi momento para terminar la frase y hacerle ver que, aunque me he equivocado al irme, acabo de volver.

—Con los que te miro yo —digo en un susurro.

Ella se gira y me mira con la sorpresa reflejada en los ojos.

Está clavada en el suelo, congelada y ardiendo a la vez.

—Has vuelto —susurra.

Trago saliva, como si las palabras fueran demasiado grandes.

—Debía irme —dice—, quería cumplir mi parte del pacto…

—¿Te crees que lo que más me importa es ese absurdo pacto? —me pregunta con los ojos llenos de lágrimas.

—No llores, por favor… —le pido temblando.

—Eres idiota, Jack Hale —me dice lanzándose a mis brazos.

Yo no puedo hacer otra cosa que abrazarla, y es en este momento cuando me doy cuenta de que nunca me sentiré tan lleno entre unos brazos, como cuando ella me abraza.

—Yo nunca necesité un guardaespaldas —me dice—. Marc y sus estúpidas ideas.

—¿Pero?

—Pero supongo que debo darle las gracias por haberte conocido. Por favor, quédate, es Nochebuena.

—¿Quieres cenar en Nochebuena con tu guardaespaldas? —pregunto, jocoso—. ¿Está segura, señorita Harper?

Ella me da un manotazo, se ríe y sus ojos brillan por las lágrimas.

—Tú eres… mi lugar seguro.

—Sky…

—No quiero que me protejas —me interrumpe—. Quiero que te quedes.

—No vas a estar sola nunca —susurro sobre sus labios.

—Lo sé —respondo.

Y entonces nuestras bocas se juntan, Sky me coge la cara entre sus manos y de nuestros labios nace un beso natural, como si siempre hubiera estado escondido entre nosotros.

Cuando nos separamos, apoyo mi frente contra la suya.

—No me iré —le prometo—. No esta vez.

Y Sky sonríe.

Sky Harper no es solo alguien a quien proteger.

Sky Harper es mi hogar.

Epílogo

Yo sabía que iban a terminar juntos.

Terry nunca falla.

O mejor dicho, Terry casi nunca falla.

Bueno, está bien… Terry a veces falla, pero hoy NO.

Hoy estoy segura porque lo estoy viendo con mis propios ojos: Sky y Jack sentados uno al lado del otro en la mesa más grande que jamás vio esta cabaña en Nochebuena.

Esto es Snowpine Ridge en estado puro, con olor a canela y puré de patata.

Hopper está tallando el pavo como si participara en MasterChef versión senior.

Maggie decora la mesa con ramitas de abeto, mientras Daisy canta villancicos un cuarto de tono más arriba de lo humanamente posible.

La mesa tiembla de tazas, platos y fuentes.

Hay pan de plátano, chocolate caliente con malvaviscos flotantes, galletas de jengibre con cara de muñeco que dan miedo (las he hecho yo JEJEJE) y una lasaña navideña de dos pisos porque me dio la gana ponerla.

Pearl lleva un jersey navideño que dice "ELF SECURITY" y no, no se lo he confeccionado yo, ¿por quién me tomas?

Sky y Jack están riéndose bajito, en ese tono de "te amo pero no podemos decirlo porque Tía Terry lo gritaría por la ventana a todo el pueblo".

No se equivocan.

Yo observo y digo muy bajito:

—Sabía que esto iba a pasar.

Hopper me escucha, el muy cotilla:

—¡No sabías nada! —protesta—. Tú creías que Jack era un psicópata en secreto.

—Bueno —respondo, dándome aire con una servilleta—. Nunca se sabe con un hombre tan callado. Pero ahora le tengo fe.

Sky se inclina hacia mí y dice:

—Tía Terry…

—Sky, no me pidas que no haga comentarios indiscretos. Es Navidad, hija.

Jack sonríe.

Ese hombre no sonreía nada pero NADA ¿eh?, cuando llegó y ahora sonríe con todo el cuerpo.

Yo derrito a cualquiera, ya lo sé.

Entonces Maggie levanta su copa de sidra y grita:

—¡Por los reencuentros!

—¡Por las segundas oportunidades! —añade Hopper.

—¡Por los enamorados que no sabían que estaban enamorados! —dice Daisy.

—¡Por el guardaespaldas más sexy que ha tocado esta cabaña!

Jack casi se atraganta y Sky me mira con cara de "TERRY, POR EL AMOR DE DIOS".

Yo me rio.

Tengo derecho, soy la tía.

Mi trabajo es incomodar y bendecir.

Entonces yo siento un calorcito precioso en el pecho, porque cuando miro a mi niña junto a Jack, soy consciente de algo: Sky ya no está sola.

Y tampoco Jack.

Ni nadie en esta mesa.

Termino la noche levantando mi copa por última vez:

—Brindo —declaro—por todo lo bueno que nos espera a todos a partir de ahora.

No sé si estarán juntos toda la vida estos dos, pero lo que sí sé es que gracias al portento de Jack Hale, mi pajarillo calvo ha vuelto a nacer.

Ahora se acaban de apartar, así que voy a acercarme un poco para ver si puedo escuchar algo JIJIJIJI

—¿Eres feliz? —le pregunta Jack a Sky.

Ella sonríe, posa su mirada en la copa que lleva en la mano y después pierde la vista a través de la ventana.

—Claro. Un guardaespaldas para Navidad era todo lo que quería —le dice y luego le guiña un ojo.

Es entonces cuando, con el corazón latiendo de amor, me retiro y los dejo a solas.

Y me muerdo el labio para no llorar, porque esta Navidad todo ha vuelto a su lugar, como en los anuncios españoles de Navidad que tanto me gustan.

Espera, espera, espera… Pearl me está ladrando porque ella también quiere decir unas palabras para el final de esta historia.

—¿Qué dices, chica? —le pregunto acercándome a ella y tocándole la cabeza.

Ladra un par de veces y tras un par de saltos, juega a perseguir su propia cola.

—En estas Navidades, turrón de chocolate… —canturreo.

FIN

GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ, SI TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA PUEDES SEGUIRME EN MI RED SOCIAL PARA MÁS CONTENIDO LITERARIO Y ESTAR AL TANTO DE MIS PRÓXIMOS TRABAJOS.

IG: @natalia_escribe